

*Irrupciones*. ¿Qué es *Irrupciones*? Nada menos, nada *menos* que un sueño.

«Justo frente a mí hay algunas palomas en un pretil de azotea de ese mismo edificio de la araña. No hacen nada; están allí paradas. Una se revisa las plumas. Las otras parecen dormir, o simplemente descansar. Me pregunto si las palomas comerán arañas. Creo que no. Las palomas no sirven para nada», escribió en *Irrupciones*. Quien haya leído las impactantes y conmovedoras páginas que Levretero dedica a las palomas en *La novela luminosa* sabe que Levretero supo para qué servían. Sabe que el soñador vio (o el escritor soñó) que las palomas eran una manifestación del amor, del Espíritu, en un mundo en descomposición. Algunos dirán que no fue nada más que un sueño. Mario diría que no fue nada menos, nada *menos* que un sueño. Salí, maestro.

Felipe Polleri

Montevideo, agosto de 2013.

Prólogo a *Irrupciones* I, II, III y IV<sup>1</sup>

Estas *Irrupciones* nacieron de una invitación de Lucía Calamaro, en ese entonces responsable de las páginas de Cultura de la revista *Posdata*. Le pedí tiempo para prepararme, y acepté cuando hube logrado reunir cierto número de *columnas* (no sé por qué se llaman así) satisfactorias. No estaba acostumbrado a escribir *cosas literarias* a plazo fijo, y temía tanto no poder cumplir, por falta de inspiración, que desde el momento de aceptar me vi preso de una especie de obsesión: siempre debía tener acumulados materiales por lo menos con un mes de anticipación, y podría decir que prácticamente vivía para la columna, todo el tiempo en estado de alerta para captar a mi alrededor situaciones susceptibles de ser transformadas en columnas. No dejaba de ser una obsesión divertida y productiva —pero obsesión al fin. Y así fue durante todo el tiempo que duró esta experiencia, que no fue poco. Me ayudó la flexibilidad que me permitieron darle, ya desde el título: las *Irrupciones* podían surgir de cualquier fuente, y así fue como pude mezclar pasajes autobiográficos (los más) con reflexiones con invenciones con sueños con apuntes

<sup>1</sup> Prólogo a la primera edición de las *Irrupciones* en formato libro. La recopilación de columnas escritas para *Posdata* se publicó en dos tomos, como primera y última entrega (*Irrupciones* 1 a 40 e *Irrupciones* 41 a 70, respectivamente) de la colección *De los flexes terpinos*, dirigida por Mario Levretero en editorial Cauce (2001).

periodísticos y aun con colaboraciones de lectores (y aun con poemas! y con dibujos!).

Al poco tiempo me surgió la idea de que todo esto podía muy bien formar un hipertexto, que sería a la vez un mapa a todo nivel de mi propio ser. Y pensé seriamente, más de una vez, en realizar ese hipertexto, pero me desalentó, por un lado, el mucho trabajo que significaría y, por otro, el poco gusto que me da leer en pantalla. De todos modos, es un hipertexto; en cualquier orden que se lean estos fragmentos, se notará, creo, que todo está ligado y forma parte de lo mismo, como en un holograma.

Desde luego, una revista no es un libro, y el lector de este libro puede sentirse lícitamente defraudado. El libro crea un espacio de intimidad entre el autor y el lector; cuando uno escribe una novela o un relato y sabe que de ser publicado lo será en forma de libro, o al menos irá a parar a una publicación especializada en literatura, puede trabajar más libremente en su creación porque, de alguna manera, se siente como en familia. Cuando uno sabe que ese texto será publicado en una revista, automáticamente y sin ninguna clase de presión visible exterior, le pone al texto sus límites, porque sabe que ojos no familiares recorrerán esas líneas. Uno escribe como si se pusiera traje y corbata para salir a la calle o, al menos, evitara mostrarse en calzoncillos; en todo caso, es lo que a mí me sucede. Creo que por ese motivo el lector notará sin duda que hay ciertos abismos a los que no se desciende y ciertas alturas que no se alcanzan.

Para mantener la unidad de estilo suprimí en este libro, no sin pena, las colaboraciones de los lectores; en la revista funcionaban, por estar la columna inmersa en gran diversidad de temas y autores. Por lo demás, conservé la numeración original y resistí a la tentación de reordenar todos

estos materiales con mayor coherencia; lo preferí así, en esa forma de picadillo variado y con ese aire, todavía, de publicación periódica.

Suprimí las dedicatorias al comienzo de unas cuantas columnas, y preferí dar la lista al final de este prólogo, porque rara vez salieron publicadas oportunamente; se repetían de un número a otro, o se omitían, en los apuros de los cierres del taller gráfico. Estos errores o desprolijidades dieron pie a una columna, que se conserva en este libro; llevaba la siguiente dedicatoria: «A los que hacen *Posdata*, sin ironía» (y realmente no quise ser irónico).

También conservé, por no saltar ningún número pero también porque me parece divertida, una columna que es solo el prefacio de algo que no existe en este libro: un suplemento con las colaboraciones y fragmentos de mails personales de lectores. Y se incluyen dos curiosas columnas hechas por encargo, una sobre el año 2000, la otra en oportunidad de una feria del libro en Buenos Aires —temas globales de esos números.

Cuando la sección Cultura se independizó parcialmente como el suplemento *Insomnia*, el espacio de mi columna se redujo bastante y empecé a sentirme apretado. Me pagaban lo mismo por mucho menos trabajo, pero no me sentía tan cómodo como antes. Poco a poco mi obsesión me fue resultando menos divertida, y por último renuncié cuando se me ocurrió que esa obsesión me impedía escribir una novela que creía tener adentro. Alrededor de dos años más tarde, sin haber escrito ninguna novela, se me ocurrió volver. Tanto con estos como con otros muchos caprichos de autor siempre tuve en *Posdata* el mejor recibimiento y el mejor trato. Nunca pusieron reparos a nada de lo que escribí, ni me censuraron, ni aun en los casos en que yo pedía

que lo hicieran porque no estaba seguro de que ciertos contenidos no trajeran problemas. Y algunos los trajeron (para la revista) pero yo solo me enteré por chismes. De modo que el lector ya sabe a quién debe atribuir los defectos que encuentre en este libro.

La columna *Irrupciones* se publicó entre el 16 de febrero de 1996 (*Posdata* N° 75) y el 5 de junio de 1998 (*Posdata* N° 193); y entre el 25 de febrero (*Posdata* N° 282) y el 16 de junio de 2000 (*Posdata* N° 297).

Y estas son las dedicatorias originales, más algunas que agregó ahora:

A (la memoria de) Elizabeth Appeltauer  
A Alinda Núñez  
A Carla Varlotta  
A Juan Ignacio Fernández  
A Helena Corbellini  
A María Helena Rovira, «Maruja»  
A Leo Maslíah  
A Sylvia Korotky  
A Jorge Calífra  
A Gabriela Onetto  
A Pablo Casacuberta  
A la mujer de mis sueños  
A Raquel Garrido, mi maestra de quinto y de sexto.  
A Lucia Calamaro  
A Eduardo Darnauchans  
A Fernando Cabrera  
A (la memoria de) Ruben Gindel  
A Ida Decia de Gindel  
A Mónica Suárez  
Al Dr. Mario Pacheco  
A mi primo Pocho

«A Alicia Hoppe, crítica minuciosa e implacable de los borradores

A Aldo Mazzuchelli

A los lectores-colaboradores y corresponsales asiduos de *e-mail*. Y entre ellos, especialmente:

A Gladys Afamado

A Silvia Bartram, la primera en escribirme

A Katia Engler

A Rodolfo Fonseca

A Verónica Latourrette

A Mariana Percovich

A Mariana Urri

Y a la memoria de Jorge Gimenes, mi querido amigo invisible.

M.L., 09/10/2001

—El Lobo, ¿viene?

La niña desconocida irrumpió con esa pregunta en mi vida y en la serenidad de la noche. Yo quise estar a la altura de las circunstancias y respondí con tranquilidad y aplomo:

—No, no viene.

Y en seguida fui más allá de lo que se esperaba de mí:

—No hay lobos —añadí. Eso la hizo desconfiar, porque ella no había hablado de lobos en general, sino de un lobo concreto y específico: *el Lobo*. Mi respuesta chocaba con sus expectativas, con lo que le habían enseñado y, casi diría, con su experiencia de vida. La pregunta era si el Lobo iba a venir o no iba a venir esa noche; su existencia no era algo que estuviera en cuestión. En seguida me di cuenta de mi error, pero no tuve tiempo de corregirlo.

—¿No existe el Lobo? —preguntó.

Yo no podía permitir que su mundo tambaleara. Alguien de su confianza, tal vez su abuela, le había incorporado la figura necesaria del Lobo, y la niña ya probablemente ponía en tela de juicio la existencia de los Reyes Magos y trasladaba ahora la duda al Lobo y quizás a todas las cosas. Traté de componer, de conciliar, de frenar el caos que comenzaba a desatarse.

—Antes —dije, subrayando la palabra—, antes existía. Ahora no está más. Se murió.

La felicidad de haber encontrado esta elegante solución me duró poco. La niña abrió muy grandes los ojos, gritó algo que no entendí, y se tapó los oídos con las manos y empezó a dar alaridos, y se alejó corriendo.

Mi mujer había contemplado la escena. Me explicó:

—Antes de empezar con los gritos, lo que dijo fue: «¡Viene igual!».

La niña tenía razón. El Lobo, claro, es un arquetipo, y no puede morir. Si lo matan, viene igual, como en ciertas películas de terror; viene un Lobo mucho más espantoso, más terrible, un Lobo muerto. Un Lobo al que no se puede detener, porque no se puede matar, porque está muerto. Y viene igual.

\*\*\*

Cuando se llega a determinado punto de la vida, pienso que toda persona se encuentra, desde luego que sin imaginárselo, con una evidencia de que el mundo se ha terminado. Hay algo que aparece y que dice, más o menos: «Todo está perdido. Ya nada será igual. Has vivido en vano», todo lo cual, bien mirado, es cierto —aunque no necesariamente dramático—. Todo depende de la idea de la propia importancia que haya tenido hasta ese momento la persona. Pero siempre es una experiencia dura.

Hay quienes sintieron eso que trato de decir cuando se enteraron de la caída del muro de Berlín. La experiencia de mi abuelo fue menos espectacular, aunque no por ello menos atroz. Era en tiempos de la Segunda Guerra Mundial. Las cajas de fósforos eran cuadradas y chatas, con una vistosa envoltura rígida de cartón, y en su interior tenían la caja propiamente dicha, que contenía fósforos de cabeza

roja con un cabito de papel encerado de color marrón, una especie de rollito que resultaba muy placentero desenrollar. Ahora bien: esa caja propiamente dicha estaba ligada a la envoltura vistosa mediante una gomita, o banda elástica, de color rojo. La gomita permitía tirar de la caja interior, haciendo uso de una saliente en forma de uña, sin riesgo de que uno tirara demasiado fuerte y la caja se soltara de la envoltura; se podía hacer, pero había que hacerlo con intención. Esa gomita permitía además que la caja se metiera sola en la envoltura una vez que uno había retirado el fósforo.

Una mañana, mi abuelo inauguró una caja de fósforos nueva y descubrió que no traía la gomita roja. Se dio cuenta de que no era un defecto de fábrica; muchas cosas habían bajado de calidad, según se decía por causa de la guerra, como por ejemplo los suplementos de historietas de los diarios, que dejaron de venir en colores. Quedó desconcertado, estupefacto, desconsolado.

—¿Y ahora? —dijo, mirándose las manos, cada una con una parte de la caja de fósforos, la envoltura en la izquierda, la caja propiamente dicha en la derecha—. ¿Cómo vamos a hacer?

Vivió unos cuantos años más, pero ya no fue el mismo. Aquel desánimo, aquella perplejidad, son de esa clase de cosas que no tienen retorno.

\*\*\*

Parece que el futuro, al menos el futuro inmediato, y cierta zona del suceder que está próxima a ciertos afectos nuestros —parece que el futuro, decía, nos resulta accesible anticipadamente, tal vez no como experiencia directa pero sí, y esto sin la menor duda, a través de los pensamien-

tos o, más exactamente, de los proyectos, de otras personas. Por ejemplo: yo hablo una tarde con x y me dice que va a venir a mi casa dentro de dos días y me va a traer ciertos papeles, cuyo contenido específico yo desconozco; sé que son papeles escritos por otra persona, un familiar de x —pero no tiene sentido este relato. No quiero dar los nombres exactos ni las circunstancias exactas, y sin embargo solo las circunstancias exactas ejemplifican lo que yo quiero decir; hay un juego onírico entre el apellido de una persona y un lugar geográfico, y hay toda una historia tras este y otros personajes que intervienen en la trama; son historias penosas, o pasajes penosos de esas historias, que me sabría mal revelar en detalle.

De cualquier manera, ya hace tiempo que no intento convencer a nadie de la existencia de los fenómenos parapsicológicos, pues por ahora es un tema al que la humanidad ha cerrado los oídos, aunque los abra como pantallas gigantes para temas menos verdaderos, menos trascendentes o más claramente inverosímiles.

2.

Aparece sobre mi escritorio un pequeño bloc de apuntes; la primera hoja visible está escrita, indudablemente, por mi mano. Es una lista, o mejor dicho, son dos listas, puestas una frente a otra, como para cotejarlas. Me impresiona el hecho de no recordar haber escrito esas listas, no entiendo cómo apareció allí ese bloc y, lo peor de todo, no entiendo el significado de los elementos de las listas:

B ————— B  
HBI ————— HBI  
ADA 1 — ADA 1  
C.LP ————— ?  
? ————— HB2  
? ————— HB3  
OF ————— OF  
ADA 2 — ADA 2  
CS ————— CS  
DTG ————— DTG  
JP ————— JP  
FG ————— FG  
AFB ————— AFB

Le di vueltas durante todo un día al problema. No encontré asociación lógica de ningún tipo entre los componentes; si uno podía corresponder a las iniciales de una persona conocida, otros (como HBI, HB2 Y HB3) me desbarataban la solución; si uno sonaba a archivo de programa de computa-

ción, los otros no. Y lo más molesto era el hecho de deducir que en algún momento, quién sabe cuándo, yo había cotejado las listas y había encontrado diferencias entre una y otra: en la primera columna faltaban HB2 y HB3, y en la segunda nada menos que C.LP; y justamente era ese punto entre C y LP lo más irritante (después, hacia la medianoche, cuando súbitamente se me develó el enigma, descubrí que hacía bien en sentirme irritado por ese punto de C.LP: no correspondía con la forma de anotación elegida para las listas; era un punto ocioso, de esos que uno pone distraídamente, porque sí).

A veces encuentro papeles viejos con anotaciones más de hechos que había olvidado, o que había olvidado que los había anotado, y me ataca una sensación parecida, cercana al desconocimiento de mí mismo, pero suele durar apenas unos instantes, hasta que se abren los canales de la memoria y el apunte cobra cierta vigencia: recuerdo, o creo recordar, haberlo escrito, o por lo menos haber vivido los sucesos que describe. Pero ahora pienso que ese abrirse de los canales de la memoria puede ser un truco de la mente, una falsedad para salir del paso. Al ir leyendo el papel viejo, la mente va creando la impresión de que recuerda, me va tranquilizando con una coloración antigua que imprime a las imágenes sucesivamente evocadas por la lectura. Y cuando se encuentra con esas claves que no puede descifrar, a las que no les puede adjudicar ninguna coloración antigua porque no hay imágenes evocadas, fracasa en el intento de engañarme y no tiene más remedio que dejarme abandonado a la confusión, al sentimiento de ajenez y al miedo.

\*\*\*

Una esfera vacía asciende desde el fondo del mar. Nadie sabe cómo se originó; es una esfera de apariencia metálica,

perfecta, que difícilmente podría ser un producto natural aparecido en los abismos oceánicos. Es lo suficientemente resistente como para haber soportado sin deformarse las enormes presiones de los abismos y, sin embargo, cuando se la intenta analizar, cede fácilmente al instrumento de investigación. Como se ha dicho, la esfera es hueca y está vacía; se busca entonces examinar a fondo la delgada materia que la forma. Se encuentra que no es metálica, como parecía a primera vista; tiene una consistencia porosa, como el corcho, pero son poros más apretados, que no dejan pasar ningún elemento. La materia porosa es laminada y con vetas, como la madera, pero más que madera parecería tratarse de una especie de plástico.

Se piensa que la función de la esfera es ascender a la superficie, ya que está vacía y no hay en la materia que la compone nada que permita pensar en alguna clase de función, ni siquiera en ninguna clase de actividad, una vez que la esfera ha llegado a la superficie. Solo ascender, y tal vez flotar. Pero se preguntan para qué ascender y flotar, y la respuesta es una sola: se trata de un mensaje. El mensaje es su sola presencia, haciendo saber que hay algo allí en los abismos oceánicos capaz de crear una esfera tal, mensaje cuya importancia justificaría la creación de la esfera.

\*\*\*

La mejor forma de contemplar a la gente que trabaja es desde cierta distancia y con ambas manos en los bolsillos —aunque no me atrevería a discutir con quienes afirman que hay otra forma mejor, que es desde cierta distancia y comiendo un sándwich, especialmente si el sándwich se sostiene y se lleva a la boca con ambas manos.

Conocí a una mujer que me dejó con la desagradable impresión de haber tomado contacto con una forma de vida *completamente* ajena, como de otro planeta o de otra galaxia. A su físico no le cabían reproches, aunque no puede decirse que fuera bonita. En realidad no había en ella nada que llamara particularmente la atención, salvo unas caravanas de forma circular, plateadas, demasiado grandes para sus orejas. En cambio, desde el punto de vista psíquico, me sentí todo el tiempo como en presencia de un monstruo, o en el serpentario del zoológico, observando a un ejemplar extraño detrás de un vidrio. Había, en realidad, un vidrio: su extrema frialdad, su lejanía de lo humano. Hablaba con una determinación que no llegaba a la vehemencia, pero que llevaba el tono de su voz, no exactamente en altura de sonido... (no sé decirlo: había algo así como la producción de una frecuencia de sonido especial). No era vehementemente sino tremendamente segura de sí misma, del producto que intentaba venderme y, sobre todo, del resultado favorable para ella, de su intento. En ningún momento tuvo presentes mis necesidades; yo le tracé en pocas palabras un cuadro muy preciso de lo que quería saber y de lo que creía necesitar, pero ella, por su parte, solo deseaba vender su mercadería y en ningún momento apartó esa idea de su mente para calibrar mis palabras y tratar de ajustarse, o por lo menos de hacerme creer que se estaba ajustando a lo

que yo le había señalado. Simplemente desarrolló su plan de ventas como si yo no hubiera dicho nada y, por el contenido emocional de su mirada, como si yo no estuviera allí. Era una máquina de vender. El mal efecto que me produjo no se diluyó cuando se fue; durante horas quedé disgustado, con la clara impresión de haber vivido una mala experiencia.

\*\*\*

Uno va armandose el mundo en que quiere, puede o acepta vivir, a partir de datos que va recibiendo desde que nace. Va armando un rompecabezas infinito, al que siempre se le puede agregar, y de hecho se le agregan, nuevas piezas, incluso entre dos piezas que parecían perfectamente ajustadas: parece que allí, justo allí, la imagen, o trozo de imagen, estaba completa; pero viene otra pieza y calza entre esas otras dos tan ajustadas, calza y cambia la significación de ese trozo de mundo, tal vez del mundo entero —de ese mundo que nos hemos creado o nos vamos creando mientras vivimos.

Fuera de ese mundo creado, está todo lo demás. Lo que no conocemos, lo que no soportamos, lo que nos disgusta más allá del disgusto que podemos tolerar. Fuera de ese mundo que nos hemos creado para poder vivir, se halla el mundo real, incognoscible; el mundo que no era para nosotros.

La mujer que vino el otro día a casa a tratar de vender su mercadería había formado parte, hasta entonces, de ese mundo ajeno. Algo se alteró en mi mundo para que ella pudiera entrar. No es que nunca hubiera podido cruzarme con ella en la calle, o estar ambos sentados en sillas de un mismo bar (aunque en mesas distintas); hablo de una entrada en mi mundo como pieza de mi rompecabezas, forzando un dibujo.



No me gusta vivir en un mundo que cobija también a esa mujer, pero de algún modo se coló, y tengo que aceptarlo.

\*\*\*

En la cocina hay una hormiga, negra, de buen tamaño, que va cargando con un pétalo muy rojo, posiblemente de malvón, que tiene gran parecido con una uña de mujer pintada con esmalte rojo. Me parece que la hormiga lleva una carga demasiado pesada para ella, y al mismo tiempo me llama la atención su recorrido por lugares insólitos para una hormiga: va por encima de la mesa, en parte del recorrido por una pared, y también por la mesada. Lleva buena velocidad y se mueve más como un cuadrúpedo que como un insecto. Ella me ve, o me oye; nota que he reparado en ella, y corre a esconderse, ahora como una cucaracha. Yo le digo a Alicia que mire, pero ella está ocupada en algo de la cocina y no me atiende; cuando mira, la hormiga ya ha desaparecido. Antes de desaparecer, la hormiga tuvo tiempo de cargar, además del pétalo, con una enorme esponja amarilla, una de esas esponjas sintéticas, cuadradas, muy delgadas y absorbentes.

Me desperté y pensé que era solo un sueño. Después pensé: «Todo el mundo dice "solo un sueño"; deberíamos decir: "nada menos que un sueño"».

4

—¿Cómo se escribe un libro? —El hombre volvía siempre a la misma pregunta. Yo no podía contestarle, no como él quería.

—No sé —digo, confundido—. Es algo que no se puede explicar.

Me miraba con rencor, y con lástima de sí mismo. Creo que la palabra exacta es: *resentimiento*. Y en el fondo él tenía razón: yo no había sabido comprenderlo. Pero en esa época yo no pensaba mucho en la escritura; el escribir venía solo, desde lo profundo, y yo no me preguntaba mayormente cómo se hacían las cosas. De modo que yo también tenía razón. Ahora que no escribo, por lo menos no como antes, sigo sin poder explicar cómo se escribe, pero podría explicar fácilmente cómo escribir un libro.

Yo no había sabido comprender la diferencia entre escribir y escribir un libro; escribía lo que surgía, y eso podía ser un relato, o una novela corta, o una novela un poco más larga, o un artículo humorístico, o un poema que jamás habría de mostrar a nadie. Y otras cosas, que salían sin otra finalidad que la de nacer, como por ejemplo dibujitos. Con el tiempo se juntaban unos cuantos relatos, y cada tanto (generalmente cada tantos años), cuando venía alguien a preguntarme si tenía algo para publicar, podía ofrecerle un libro con esos relatos que se habían ido acumulando, o alguna de esas novelas que quedaban inéditas durante años.

Pero hoy sé muy bien que hay gente que necesita publicar un libro, aunque no lo tenga escrito; de hecho, la mayoría de la gente que quiere publicar un libro no lo tiene escrito; algunos no lo escribirán jamás. Unos cuantos sí, lo han escrito, con sudor y lágrimas y quizás hasta con sangre, y han publicado su libro, y harán esfuerzos para escribir otro que les costará, todavía, un poco más.

Aquel hombre necesitaba imperiosamente escribir un libro. Tenía mucho dinero. Vivía en Europa, y allá había un grupo de amigos intelectuales que lo urgían, porque era inteligente, porque era sensible, y porque esos amigos estaban en situación de poder ayudarlo en el medio editorial y en los medios periodísticos; prácticamente, las críticas elogiosas ya estaban escritas. Y seguramente el libro habría merecido esas críticas elogiosas, porque el hombre era brillante. Lo traté unas pocas horas, llegué a sentirlo como a un amigo, a quererlo casi y, sin duda, a admirarlo.

Creo que el problema principal para que yo pudiera comprenderlo surgía del hecho de que él era muy rico y yo era muy pobre. Supo admirar mi pobreza como a una obra de arte: cuando llegó a la cocina de casa y vio el primus apoyado sobre un cajón vacío, entre muchas otras cosas que llamaban la atención por su presencia o por su ausencia, se puso muy serio, y con una especie de envidia que no llegué a entender hasta más tarde, dijo:

—Esto es la obra de una vida.

Hoy soy un viejo cínico. Hoy probablemente le diría que sí, que puedo enseñarle a escribir un libro, porque realmente hoy sé cómo se puede escribir un libro —aunque sigo sin saber cómo se hace para escribir— y sé que la ambición de publicar un libro es una ambición tan válida como muchas otras que a mí no me van ni me vienen (no es que no tenga

ambiciones; es que soy un excéntrico y mis ambiciones no siempre son compartibles).

Después conocí, en los talleres literarios, a mucha gente que quiere escribir. Curiosamente, la mayoría no piensa en escribir libros; más bien hay que empujarlos un poco para que lo intenten. Incluso hay quien, o quienes, tienen libros escritos y no se animan a publicarlos. Pero en aquella época, hace más de veinte años, yo no tenía toda esta experiencia. Y el hombre se volvió a Europa sin que yo le dijera lo que él creía que era un secreto mío, la clave del arte de escribir, pensando sin duda que yo era muy egoísta y, si no me equivooco, pensando al mismo tiempo que yo tenía razón en ser egoísta, porque él también lo era, y él sabía bien cuánto había luchado para ocupar el lugar que ocupaba. Yo, sin duda, quedé pensando que un poco del dinero de aquel hombre no me habría venido mal, y que algunos tienen mucho y otros no tienen nada.

Pocos meses después me enteré de que ese hombre había muerto. Estoy seguro de que murió de eso, de un libro no escrito. También estoy seguro de que si yo le hubiera dicho cómo escribir su libro no habría muerto, al menos no habría muerto tan pronto, tan joven.

En una reunión aparece el tema de los lentes que usamos. Un amigo agarra los míos y examina los cristales; comenta con asombro la gran diferencia que hay entre uno y otro (soy miope de un ojo, hipermetrope del otro). Al devolver los lentes, comenta:

—Ahora se explica todo.

No tuve valor para preguntarle qué quiso decir.

*Me desperté y pensé que era solo un sueño. Después pensé: «Todo el mundo dice "solo un sueño"; deberíamos decir: "nada más que un sueño"».*

Esta críptica reflexión apareció al final de un texto mío en la revista *Posdata*. Tal vez algún lector, si es que tengo algún lector, se haya quedado pensando en la diferencia entre «solo un sueño» y «nada más que un sueño», para concluir seguramente que, si hay alguna diferencia, no es demasiado perceptible, y que el autor de semejante reflexión debe ser un imbécil.

En realidad, yo había escrito algo diferente, que quería decir todo lo contrario de lo que al fin apareció diciendo:

*Me desperté y pensé que era solo un sueño. Después pensé: «Todo el mundo dice "solo un sueño"; deberíamos decir: "nada menos que un sueño"».*

*Nada menos que un sueño; nada menos.*

Pero la errata viene bien. Nada de atribuirla al azar o aquel viejo duende de las imprentas, ni siquiera a la distracción de un tipógrafo. Salta a la vista que el responsable es el mismo Diabolo, el eterno acusador de los seres humanos, que cuando hace algo no lo hace por azar, sino que sabe bien lo que está haciendo.

Los sueños son la única prueba que tenemos los humanos de que somos algo más de lo que somos; sin los sueños pareceríamos ser exclusivamente una raza maldita de ladrones,

estafadores, asesinos y predadores, nacida para arrasar al planeta. Los sueños muestran una actividad superior, una forma de pensar y de sentir a la que difícilmente tendríamos acceso en estado vigíl. Los sueños que soñamos están fabricados por algo o alguien que no es exactamente nosotros, porque despiertos no podemos fabricarlos —a veces imitarlos, y pocas de esas veces, bien.

Los sueños son la materia prima del arte y de la ciencia y están en la raíz del instinto religioso. Los sueños invitan y muchas veces conminan al hombre a mirarse a sí mismo desde una altura moral que no siempre es la del yo de las vigílias, y a preguntarse si está bien lo que hace con su vida y con la vida de los otros. Dormir sin soñar se parece a estar muerto.

Cuando uno piensa «es nada más que un sueño», no es uno que piensa, sino el Diabolo que se lo susurra a uno en el oído, para que siga desentendiéndose de sus sueños, es decir, de su alma, y condenándose sin apelación.

A menudo el sueño me reprende con cierta dosis de humor. Había soñado con un mono que dormía en mi cuarto, sobre un colchón en el suelo, entre unas frazadas. De inmediato la mente precisó el recuerdo: no era un mono, sino una mona. En el sueño soñaba que yo estaba durmiendo, y que al despertar y encontrarme con ese animal me sentía muy extrañado. Al despertar del sueño, me sentí muy extrañado nuevamente.

¿Qué estaría representando esa mona? Descarté a mi mujer, que suele aparecer en mis sueños bajo múltiples apariencias; la de esa mona no le sentaba. Me olvidé del asunto hasta horas más tarde, cuando decidí afeitarme. (Los varones tenemos permiso para mirarnos al espejo casi exclusivamente cuando nos afeitamos, y a veces este reencuentro

6

con la propia imagen trae insospechados beneficios —por lo general en forma de ideas, recuerdos o descubrimientos—, como si el mirarse al espejo distraídamente lo despertara a uno por un momento de ese olvido de sí, de ese sueño tan profundo que es la vigilia.) Mientras me afeitaba, reapareció el recuerdo de la mona del sueño, ahora con una interpretación que buscaba salir a la superficie. «Qué extraño eso de la mona», pensé. «¿Por qué en mi cuarto habría una mona durmiendo?»

Las últimas palabras de la frase fueron las palabras mágicas que me abrieron a la comprensión: la noche anterior me había acostado muy tarde, ya de madrugada, hipnotizado por la pantalla de la computadora en una serie de operaciones innecesarias. Me había ido a acostar sintiéndome culpable, y el sueño graficaba ese autorreproche: me había emborrachado con la pantalla, y ahora la mona estaba durmiendo, es decir, ahora, yo, estaba *durmiendo la mona*.

Pensé que era solo un sueño. Después pensé: «Todo el mundo dice "solo un sueño"; deberíamos decir: "nada menos que un sueño"».

NADA MENOS QUE UN SUEÑO, Diablo. NADA MENOS QUE UN SUEÑO.

Unas piernas muy atractivas, enfundadas en medias de nailon color carne. La falda, muy corta. La muchacha, joven y bonita, con cara despabilada. Junto a ella, el novio —también joven, pero no bonito ni despabilado. Los dos en un banco largo con respaldo. Yo, en otro banco largo con respaldo, sentado exactamente frente a la muchacha.

Yo tenía el estado de ánimo que puede tener un tipo a cuya madre en ese momento están a punto de operar, o ya estarán operando, a pocos pasos de allí, en el sanatorio de la mutualista. En ese preciso estado de ánimo —detalles, hasta donde es posible: depresión, impotencia, dolor, miedo, angustia, aburrimiento, impaciencia, odio— la percepción que yo podía tener de la muchacha la hacía asemejarle a un insecto. Con todo, ese foco perverso que uno lleva adentro nunca se apaga del todo, y sé que había una zona de alerta, una especie de distraída inspección de lo que podría considerarse una zona prohibida. La zona prohibida era una masa de sombras sugestivas bajo la falda, una penumbra que no dejaba ver pero que tampoco decididamente ocultaba. Sugería. Creaba un campo apropiado para la ensoñación.

Después, la muchacha empezó el juego de las piernas. Comenzó lentamente, mientras el novio todavía estaba despierto; cruza y descruza, junta y traslada, abre y cierra; muestra la zona prohibida un poco más, la sugestión es casi

exhibición, pero siempre se detiene en un límite impreciso —como imprecisa era también la impresión de un olor a medias de nailon calentadas por piernas bronceadas al sol, de la que no puedo decir que haya habido una base real.

Pero ya no tiene sentido describir la escena, porque un tiempo después de estos hechos se filmó *Bajos instintos*, aquella película donde Sharon Stone practica un idéntico juego de piernas para un grupo de policías. Si la película hubiera existido en ese entonces, yo habría pensado con maldad que la chica estaba imitando a Sharon Stone, y me habría reído mentalmente de su estúpida osadía. Pero como la chica fue primero, aun reconociendo que Sharon Stone realizó el juego de piernas con un arte magistral, me queda la idea de que la chica aquella lo hacía mejor. Sin duda, lo hacía mejor.

Mantuve todo el tiempo una expresión distante y digna, especialmente en beneficio del novio. Mi vista vagaba por todos los rincones del pasillo pintado de colores burdos y se entretenía con cualquier trocito de pintura descascarada o con algún terrible diseño de baldosa. De vez en cuando, como al azar, inspeccionaba el terreno prohibido, y debo decir que la chica con su perseverancia y su arte fue logrando que me distrajera bastante de mis ideas lúgubres. El azar me fue llevando cada vez con mayor frecuencia por los dominios de la zona prohibida, y la sugestión del olor a nailon calentado por pierna se hizo todavía más íntima y sutil.

Después el novio se quedó dormido y de inmediato la chica se desinhibió por completo; siempre fingiendo movimientos casuales y distraídos, como si el asiento le resultara muy incómodo, iba abriendo y cerrando las piernas en distintas posiciones, como para que yo eligiera; fue extremando el juego a tal punto que veces parecía que me quisiera

mostrar el alma. Ahora yo podía mirarla a los ojos para tratar de ver qué me decían, pero ella no entró en ese otro juego que, aunque no se crea, es más peligroso. Nunca me miró directamente, aunque sé que controlaba segundo a segundo el grado de mi atención con su visión periférica. Mantenía la cara impávida, con ese gesto medio humorístico que saben tener algunas mujeres cuando quieren aparecer distraídas pero al mismo tiempo quieren que uno advierta que la distracción es fingida. Su mirada pasaba por encima y a derecha o izquierda de mi cabeza, y se perdía en un romántico infinito escondido en la pared descascarada a mis espaldas.

Más tarde, el novio se despertó, se levantó y se fue. Ella se quedó, pero terminó el juego en ese preciso instante. Permaneció sentada quietita, con las piernas bien juntas, la falda lo más baja posible y la mirada clavada en el piso, como una buena monja.

Entendí que yo había recibido todo lo que me era dado recibir, agradecí mentalmente a la chica y a Dios y, ya con otro estado de ánimo, me fui para la cantina del sanatorio en busca de un sándwich.

Hay una novela de Waldo Frank que no leí, cuyo título en español es *Nunca acabará el verano*, una de las frases más desalentadoras que conozco ————— y que recuerdo año tras año cuando llega febrero y después viene marzo y el calor sigue allí, empecinado, empeñado en disolverme las neuronas.

En uno de esos días empecé a leer una novela de Carson McCullers donde se habla de este tiempo de canícula y se hace una referencia a los días «de perros». Me llamó la atención el juego de palabras y me pregunté si el traductor no habría metido la cuchara, porque sonaba extraño que también en inglés se estableciera una relación entre el tiempo caluroso y los perros. La curiosidad me llevó a investigar en el diccionario y averigüé que no era casualidad ni falsía del traductor: lo que en español es *canícula*, y que efectivamente deriva de *can*, en inglés se dice *dog-star*, literalmente, *estrella del perro*.

En el origen está la estrella Sirio, de la constelación del Can Mayor, que antiguamente, cuando la configuración celeste era distinta de la actual, nació y se ponía con el sol durante la parte más calurosa del año, y esa notoriedad la hacía aparecer responsable del fenómeno. Es curioso que entre nosotros se use la expresión *tiempo de perros* cuando hay lluvia, viento y sobre todo, frío, no sé si porque nos encontramos en otro hemisferio. De cualquier manera, la expresión, que siempre me pareció injusta para con los perros, no se originó en ellos sino en una estrella.

La autora del libro se refiere además a una superstición relacionada con la canícula: lo que empieza durante ese tiempo, no se terminará mientras ese tiempo no se termine. Cuando uno está sufriendo, la expresión «Nunca acabará el verano» adquiere, asociada con esa superstición, una dimensión de un infierno: este sufrimiento será eterno.

\*\*\*

Lo más irritante del mosquito no es la picadura, sino verlo cuando pica, cómo lo hace con un aire profesional, de fría eficiencia. Lo mismo sucede con algunas rosas, ese tipo de rosa que abunda en las florerías; irrita su belleza eficiente, sería, autoconsciente —en definitiva, profesional.

A veces se preferiría una cierta falta de prolijidad.

\*\*\*

Me llevó casi cincuenta años descubrir que las siglas de la Compañía Uruguaya de Transporte Colectivo Sociedad Anónima, o sea CUTCSA, siglas que vemos y padecemos diariamente los montevideanos desde que el mundo es mundo, son un anagrama perfecto de CACTUS. No lo descubrí por mérito de un razonamiento, sino por una súbita revelación; y es en casos como este cuando me da por pensar cosas extrañas. ¿Dónde estaba ese parte mía que se ocupa de anagramar palabras en todos los viajes anteriores? ¿Qué significa exactamente la expresión *dar se cuenta*? ¿Por qué nos gusta creer que somos algo sencillo y fácil de explicar?

\*\*\*

Suena el teléfono. Atiendo. Oigo la voz de un señor que me pregunta si tal es el número, y en efecto, es mi número. Le digo, amablemente, que sí. Él, entonces, dice:

—¡Ah! Buenas tardes —también amablemente y con cierta alegría. Hace una breve pausa, como el tipo de pausa que suele hacerse para situarse, apoyarse, presentarse y dar el mensaje. Y en ese momento corta la comunicación. Corta, o se corta; pero lo cierto es que el señor no volvió a llamar.

Me quedé con la idea de que era un hombre muy amable, que se pasaba llamando a todos los teléfonos nada más que por las ganas de saludar.

\*\*\*

Encuentro la frase más inquietante que puede encontrar un escritor, y más inquietante aún por provenir de quien proviene:

«Se encomienda a la palabra aquello que no puede lograrse por medios honrados».

(Carl Gustav Jung, *Paracélsica*.)

Entre la hoja de papel sobre la que estoy escribiendo y la superficie del escritorio, he puesto una revista para que la acción del bolígrafo no estropee la madera, o la imitación de madera. He colocado la revista con la tapa hacia abajo, y la hoja de papel se apoya en la contratapa. Como este procedimiento lo vengo repitiendo diariamente desde hace un tiempo, y siempre con la misma revista, he terminado por advertir que en la contratapa hay un aviso.

El aviso contiene una foto en colores de tres seres humanos, o al menos de sus cabezas y, en un caso, parte del cuerpo. Son tres caras sonrientes que intentan parecer una familia feliz, y el aviso insinúa que esa familia es feliz gracias al producto que publicita. La mujer, a la izquierda, es más bien feúcha, poco atractiva; es un acierto del aviso, porque después esposas por lo general no se parecen a actrices de cine; parece un aviso destinado más bien a los hombres porque el hombre, sí, tiene algo de actor de cine, rasgos proporcionados y agradables y unos dientes perfectos, aunque como actor no es muy bueno porque se nota que la sonrisa es forzada. La sonrisa de ella es más auténtica, como si la hubieran fotografiado por sorpresa en medio de una broma, y este rasgo la hace simpática y más atractiva que si estuviera seria. Pero al parecer sus dientes no eran perfectos como los del hombre, porque los dos delanteros del maxilar superior han sido retocados, o cambiados por otros en la fotografía, ya que

aparecen más grandes y más blancos que el resto. Y los dientes del maxilar inferior son bastante desaparejos.

Entre la cabeza de la mujer y la del hombre, está la cabeza de una niña de cuatro o cinco años. Tiene el cabello mucho más claro que los otros dos actores, de modo que no impresiona como la hija, si es que esa era la intención del aviso. La sonrisa de la niña es decididamente falsa, con algo de desdén hacia toda esa representación; eso la salva: una sonrisa falsa que no intenta parecer verdadera.

\*\*\*

Desde un automóvil en marcha veo, allá adelante, a casi cien metros, una extraña escena. Ya es de noche y la calle no está demasiado bien iluminada; con todo, se ve lo suficiente. El auto anda sin apuro, alargando el suspenso.

(La escena es así: dos hombres, que luego serán tres, están parados en la calle, próximos al cordón de la vereda, entre un camión y un coche estacionados; no están exactamente quietos, sino que realizan pequeños movimientos, especialmente con los brazos pero también con los pies. Guardan entre sí una distancia rigurosa, y los movimientos, muy lentos y breves, parecen cuidadosamente calculados. Lo más extraño es la posición de los brazos: cada uno de ellos tiene un brazo en la posición de pedir limosna, y el otro levantado, rígido, más en una posición de hacer adiós con la mano que de un saludo nazi. Pero también resulta alucinante esa especie de simetría en los movimientos, como si —primero los dos, luego los tres hombres— tuvieran entre sí una fatídica dependencia.

Mi hipótesis inmediata: son unos individuos un tanto especiales, ensayando una coreografía. Objeción: no allí, en

un lugar tan incómodo. Segunda hipótesis: se trata de un rito religioso. La misma objeción.

Lo extraño, lo que da a la escena su carácter onírico, más que ese tipo de movimientos mínimos, rebuscados y tan bien medidos, es el lugar; en un teatro o una iglesia no me habrían llamado la atención.

El auto en el que viajó se acerca lo suficiente y, no sin temor, me pego al parabrisas para no perderme un solo detalle. No hacia falta; ya desde unos diez o quince metros pude ver perfectamente —aunque esos vidrios no se ven directamente, sino que se ven sus reflejos y las distorsiones que imprimen al paisaje— pude ver, decía, el enorme vidrio que los operarios trataban de disponer para cargarlo en el camión estacionado.

\*\*\*

Encontré en el procesador de textos un botón que, al oprimirlo, permite tachando todo lo que se escribe. Lo interesante de este procedimiento es que permite tachando al mismo tiempo que se escribe. Me siento tentado de seguir escribiendo así, siempre:



Sobre el fin del verano, todavía hace un calor excesivo, el tiempo es tormentoso, y salgo al balcón buscando un poco de aire. Ya cayó la noche, pero el cielo aún está claro. Unas nubes muy cargadas pasan a toda velocidad allá arriba, rumbo al oeste, o a lo que yo creo que es el oeste. Allá arriba parece haber mucho viento, y aquí abajo hay una leve brisa que a medida que pasan los minutos se va haciendo más fresca.

Es un balcón ubicado a los fondos del apartamento, y no hay construcciones inmediatas que me obstruyan la visión; a lo lejos, recién como a una cuadra, se ve el frente de un edificio de apartamentos. Casi todas las ventanas están iluminadas; algunas tienen balcón. Muchas tienen cortinas corridas, o cortinas de tipo veneciano bajas; algunas de estas tienen las tablas en posición horizontal, de modo que se puede ver perfectamente hacia adentro (una escena cortada en rodajas). Lo de «perfectamente» es una forma de decir; estoy sin lentes, y aunque los tuviera puestos sería poca cosa lo que podría ver a esta distancia.

Me llama la atención la actividad de una mujer que está en una gran habitación, a la altura de mis ojos. Está de pie, haciendo algo, con la cabeza inclinada, bastante inclinada hacia abajo, y mueve los brazos y las manos de una forma tal que me hace pensar que le está cortando el pelo a alguien, al parecer sentado en una silla. Este alguien sentado

no está completo; asoma sobre la izquierda de la escena, a medias cubierto por una cortina y aun por la pared donde se abre la ventana. Está quieto; en realidad, está demasiado quieto, pero es razonable que esté quieta una persona a la que cortan el pelo.

Luego irrumpe en el balcón —un balcón amplio y con algunas plantas altas en grandes macetas— una figurita de dos o de cuatro patas; si tiene cuatro patas es un perro, porque para gato es demasiado grande. Luego resulta ser un niño, un niño muy pequeño. La distancia lo hace pequeño, y la manera de caminar muestra que todavía no sabe caminar bien, de modo que debe de ser muy pequeño. Después da unos gritos y vuelve a meterse en la casa.

Sobre ese balcón hay otro balcón, exactamente un piso más arriba; se ve, en contraluz, a un hombre fumando, cómo damente instalado en uno de esos sillones de lona donde uno queda embutido; o al menos así lo imagino, por la comodidad que expresan sus voluptuosos movimientos al acercar y alejar el cigarrillo a los labios. Después de unos minutos, llego a la conclusión de que los movimientos no son del brazo, sino de una escena pintada en un cuadro muy grande que está contra la pared en el interior de la habitación; no es que la escena se mueva, sino que en el ventanal se mueve una cortina de tul, apenas mecida por la brisa, y hace ondular la escena del cuadro, o de lo que yo creo que es un cuadro. Reparo entonces en que la cabeza del fumador es demasiado redonda, demasiado perfectamente redonda. Es posible que tampoco esté en el balcón, sino dentro de la pieza, y que no sea una cabeza humana sino algo que está sobre la mesa, como por ejemplo una gran bola de cristal, de las que usan las adivinas, cubierta con una tela, lo que la vuelve opaca a contraluz. También podría ser otra cosa esférica, aunque no imagino qué.

La peluquera pasó ahora detrás de su cliente, y no la veo; realmente ya no creo que sea una peluquera, ni siquiera que esté cortándole el pelo a alguien. El cliente sigue muy quieto, tanto como podría estarlo un jarrón con flores, unas flores que no alcanzo a ver. Los movimientos de la mujer podrían haber sido los de ordenar algunas flores sobre un florero. Tampoco sé si está allí, detrás del supuesto cliente; por momentos me da la impresión de que en esa pieza ya no hay nadie.

Bastante a la derecha hay una ventana con una de esas persianas que dejan ver hacia adentro; es una ventana pequeña, como la ventana de un baño, y es posible ver la figura de una mujer duchándose, frotándose sensualmente los pechos. La escena tiene algo monstruoso, hay algo en las proporciones que no me convence; hago unos rápidos cálculos en base a comparaciones y deducciones, y concluyo que, para verse realmente lo que yo estaba creyendo ver, la mujer debería tener el tamaño aproximado de una ballena. Después la ilusión se desvanece con algunos movimientos en la pieza; no era un baño sino un comedor, porque se ve al fondo un gran aparador con puertas corredizas de vidrio, y hay un hombre sumamente obeso, o una mujer, con ropas claras que podían haberme dado la impresión de carne. Pero esa obesidad está lejos de ser la de una ballena. Todo en la vida parece ser juegos de luz y sombras.

Las nubes siguen pasando allá arriba a toda velocidad; ahora son más escasas, no cubren todo el cielo, y están formadas por jirones que se van deshilachando. Ha refrescado bastante, aunque eso no me compensa del calor que paso durante el día, durante todos los días de este largo y penoso verano. Se me tapa la nariz. Me estoy resfriando. Cierro la ventana. Bajo la persiana. Ya no me podrán ver.

Hacía mucho tiempo que no veía una mirada de amor intenso en los ojos de una muchacha. Hace poco vi una, y lamentablemente no estaba dirigida a mí, sino a la muchacha que caminaba a su lado por la vereda.

Dije «lamentablemente», y no es verdad. Me alegró ver esa mirada de amor; me alegró por el amor, y por las muchachas.

Y también me alegró por mí, por el hecho de que no me estuviera destinada. Me habría asustado. Para soportar esa intensidad hay que tener catorce años.

\*\*\*

Por momentos recupero la mirada salvaje de mis años más jóvenes. Me pregunto dónde he estado en todo este tiempo.

Vuelvo a descubrir los ojos de los demás, ojos en su mayoría abiertos al miedo, por el miedo. Caras que parecen fijadas en un susto antiguo. Ojos redondos y fijos (esa mujer achatada y gorda, como si la hubieran aplastado con el taco de un inmenso zapato) (los ojos miran hacia arriba con terror, como esperando que la vuelvan a aplastar). Ojos con la mirada revertida hacia adentro, sin brillo, ojos de hombres delgados que podrían llegar a matar con indiferencia. Solo algunos niños pequeños muestran en los ojos

alegría y curiosidad, asombro de vivir, como si a partir de cierta edad la vida, sea un don o un castigo, se aceptara sin preguntarse, sin extrañarse.

Casi llego a visualizar una máquina monstruosa, de alguna manera real: una máquina de fijar a la gente en un gesto (incluso la mirada de picardía de algunas mujeres es demasiado estable para creer en su actualidad).

Vamos pasando por la máquina y recibiendo el sello, la impresión, la marca, y después todos los años son falsos; solo puede repetirse una actitud, un gesto, realizarse mecánicamente un trabajo.

Caras de haber sido asustados por un grito, o por un objeto muy grande, o por un movimiento detrás de la espalda, o por algo que amenazara desde arriba, o por un susurro casi inaudible desde un costado (y hacia ese costado vuelven continuamente la mirada, disimuladamente, con el rabllo del ojo); caras de haber perdido toda esperanza, o toda condición humana. Caras, en fin, de gente que maduró.

\*\*\*

La mirada de amor de una chica a otra chica me trajo otro momento: una tarde probablemente de domingo, en una de esas horas perdidas de las tardes de domingo, cuando no hay nadie por las calles y todo rezuma aburrimiento, aun en París. La entrada desierta del metro, donde habitualmente hay multitudes; esta entrada era en forma de túnel, bastante sombría, ya no recuerdo en qué zona.

Adelante van dos chicas, dos sólidas chicas con sólidos cuerpos bien desarrollados. Los pantalones vaqueros ayudan a exhibir, o a producir, las formas. En un recodo del túnel como embudo, cuando todavía el túnel no es propia-

mente túnel sino la parte ancha del embudo, conectada con el mundo exterior —es decir, antes de que uno se interne en la parte angustiante—, las jóvenes se detienen en seco, se abrazan y se besan apasionadamente en la boca. Después giran la cabeza y miran hacia atrás, entre culpables y desafiantes, esperando que no haya nadie o tal vez deseando que haya alguien, porque el amor a veces necesita ser publicitado. Es tan maravilloso e increíble...

Sea como fuere, ahí estoy yo, a pocos pasos. Todavía no soy viejo —estoy hablando de algo que sucedió hace muchos años—, pero sí soy esa rara especie de *voyeur* más bien piadoso que he sido siempre, y con una sonrisa cómplice les hago saber que el espectáculo fue bueno. Ellas también sonríen.

No sé exactamente qué quieren decir con la sonrisa, pero todo está bien.

No estaba exactamente dormido, porque unos minutos antes me había llamado un amigo para decirme que eran las 11:10 y que era una vergüenza que yo estuviera durmiendo a esa hora; pero sí estaba en un estado parecido al del sueño, tratando de rescatar las imágenes de algunos ensueños que el ruido del teléfono había interrumpido.

En eso, el teléfono volvió a sonar; pensé que era mi amigo para decirme que eran las 11:16, pero no: una voz de mujer me preguntó si el número de mi teléfono era el mismo que ella había discado. Le dije que sí. Luego profirió mi nombre de pila entre signos de interrogación, a lo cual también respondí afirmativamente, mientras me esforzaba por reconocer la voz.

—¿Te desperté? —preguntó en seguida, y volví a responder que sí, mientras ella tomaba aliento para añadir con entusiasmo: ¡Habla tu tía Mery! —lo pronunció así, pero tal vez se escriba *Mary*.

Me invadió una gran alegría; por fin, después de tanto, tanto tiempo, mi vieja y querida tía Mery había conseguido ubicarme. Busqué en el archivo de mi memoria a toda velocidad, tratando de encontrar una imagen que correspondiera con ese nombre y esa calidad de tía, mientras se me mezclaban las imágenes del ensueño reciente: algo con forma totémica, una especie de vehículo con el motor debajo, algo parecido a una aspiradora o a una cortadora de césped

pero que funcionaba gracias a una serie de jaulas para pájaros colocadas una encima de otra. Esa especie de tronco estaba pintado de vivos colores. La escena transcurría en una piecita similar a un garaje, y había algunos pajaritos amarillos picoteando sobre el piso de tierra, pues al parecer podían entrar y salir a su antojo de aquella colección de jaulas apiladas, aunque la mayoría de ellos estaba dentro de las jaulas y por algún motivo todos piaban con angustia. En cierto momento la máquina se ponía en marcha y pasaba por encima de algunos pajaritos, pero no les hacía daño pues había un espacio calculado entre la máquina y el piso para poder pasar sin tocarlos.

En cambio, la imagen de tía Mery o Mary no aparecía por ningún lado. Para ganar tiempo, le dije que no oía bien, lo cual además era cierto. Ella volvió a tomar impulso y exclamó con la misma energía de siempre:

—¡Habla tu tía Mery!

Pensé en pastelitos rellenos de dulce de membrillo; la voz y el entusiasmo sugerían ese tipo de tía. También pensé en alguna herencia. El nombre podría ser también Tía América, porque la voz no se oía muy bien y había algunas descargas e interferencias, y pensar en América me hizo pensar en dólares. Una herencia en dólares. Pastelitos de dulce de membrillo. Recordé a mi tía Amelia, una de las hermanas de mi padre; pero Amelia jamás se había acercado a un teléfono, y no hubiera sido capaz de llamarme ni en la más desesperada emergencia. Tampoco hubiera sido capaz de hablar con tal despliegue de energía.

Muy a mi pesar, y mientras la voz insistía, me vi obligado a darme por vencido y reconocer que nunca había tenido una tía Mery o Mary, ni siquiera una tía América. No sabía cómo decirse lo, y al mismo tiempo no estaba seguro de mí

mismo y seguía buscando en la memoria, entre las imágenes del sueño. Tenía miedo de recordarla más tarde, después de haberla ofendido diciéndole que no la conocía y de haber sido desheredado.

Traté, una vez más, de ganar tiempo diciendo alguna incoherencia que ya no recuerdo. Ella sospechó. Repitió mi número y volvió a preguntar si ese era mi número. Le dije que sí, y añadí claramente mi nombre de pila. Por las dudas, añadí tímidamente también el apellido. Este último detalle pareció no resultarle significativo, pues de inmediato preguntó si mi mujer se llamaba Susana.

Lo pensé un poco; me parecía que no. No, seguramente no. Por lo menos, nunca me había casado con una mujer de ese nombre. ¿Pero yo no había convivido alguna vez con una mujer llamada Susana? Es terrible que se me exijan tales esfuerzos tan temprano por la mañana, y más en domingo. Mientras buscaba en la memoria, pajaritos amarillos desfilaban piando angustiados. No, ninguna Susana. Se lo tuve que decir.

—Entonces tengo mal el número —concluyó tía Mery—. Disculpe.

Y colgó. Adiós pastelitos, adiós herencia en dólares, adiós querida, vieja y tan, tan, tan fugaz tía Mery.

Vuelvo sobre el tema, y no creo que por última vez.

Pienso que hay pequeños trozos de mundo que, a lo largo de nuestra vida y a fuerza de recorrerlos, vamos incorporando como algo conocido, aunque en realidad no lo son. Solo hemos aprendido a movernos por ciertos lugares con mayor facilidad que por otros; somos como murciélagos que chillan en la noche permanente de su ceguera y solo reciben del mundo el rebote de esos chillidos.

Los trozos incorporados de mundo pueden ser contiguos o no. Y cuando esos trozos no son contiguos, lo son en nuestra aprehensión de ellos; tenemos cierta consciencia de una distancia física que separa unos trozos de otros, pero de todos modos en nuestro interior se agrupan como piezas contiguas del rompecabezas y configuran un todo homogéneo —el todo que es el conjunto de nuestras percepciones, o de la memoria de nuestras percepciones.

Por mayor que sea la distancia entre dos de esos fragmentos, esa distancia está representada en nuestra percepción globalizante por una delgada línea, como una resquebrajadura en el cuadro de un paisaje, y no puede ser de otra manera, porque ignoramos la forma exacta de lo que nos falta, y que es aquello que ocupa esa distancia. Un trozo de mundo situado entre dos puntos geográficamente muy distantes puede ser representado en nuestro rompecabezas perceptivo por la experiencia de un viaje en avión: tantas

horas, algunas imágenes, el interior del avión, unas nubes que a veces se ven por la ventanilla, el cuerpo y el rostro de una azafata o de una compañera de asiento.

Cuando se inserta una nueva pieza, cuya existencia no parecía posible o no se sospechaba, entre dos piezas contiguas de ese rompecabezas que es nuestra representación del mundo, algo parece ponerse a punto de estallar —la mente se resiste a incorporar de buenas a primeras esa nueva pieza imprevista, y por lo general no sabe cómo hacerlo; para la mente, la aparición de esa nueva pieza es como la irrupción de una nueva dimensión en la realidad, y no sabe como manejarla. Después, la persistencia de esa pieza, la tangibilidad manifiesta de su presencia, hace que la mente vaya comprendiendo que el dibujo anterior que se formaba sobre la superficie del rompecabezas era un dibujo de aspecto coherente pero falso, y que ese dibujo debe ser cambiado por el otro que propone la superficie de esa nueva pieza.

Pero no es algo tan sencillo como esta forma de expresión que he imaginado, ya que pieza y dibujo y superficie son una misma y única cosa que no puedo representar de un modo más fiel. No se trata simplemente de cambiar una pieza por otra, de hacer un espacio entre las piezas contiguas para injertar la nueva; es una operación que consta de una mayor cantidad de elementos, porque implica la remoción de antiguos hábitos de percepción e incluso de vida, y la habilitación de sentimientos que reaparecen modificados, y es todo el aparato psíquico lo que resulta conmovido, ya que este sentimiento invade la totalidad del ser, que es uno e indivisible: no se puede alterar un fragmento sin que se altere todo el conjunto.

\*\*\*

Una gripe me dejó como secuela, entre otras cosas, una completa sordera del oído derecho y una semisordera del izquierdo. Descubrí que la sordera incide directamente sobre el humor; me he vuelto irritable, fácilmente exasperable, a menudo intolerante, incluso intolerante conmigo mismo.

Recordando ciertos sordos beatíficos que vi o conocí, pienso que deben de existir dos clases de sordos: los asumi-dos, beatíficos porque ya no les importa oír, refugiados en un mundo propio que han sabido construirse amorosamente; y los sordos que no se aceptan en su limitación, los que, como yo, viven ladeando la cabeza, buscando la orientación que les permita captar la mayor cantidad posible de ondas sonoras, en una fastidiada espera de la normalización, ansiosos, nerviosos, incluso furiosos.

Conclusión: no hay peor sordo que el que quiere oír.

\*\*\*

A veces me sucede percibir al mundo como un gran gallinero. En cambio, cuando estoy deprimido, lo percibo como un gallinero pequeño.

Hablar del tiempo no me parece algo tan trivial como han querido hacernos creer. De una manera bastante generalizada y más o menos secreta o explícitamente, los seres humanos nos sentimos víctimas de, entre otras muchas cosas, una especie de enorme injusticia básica, no localizada. Es una actitud irracional, pero quién puede afirmar que en ella no subyace una verdad oculta: ¿qué podemos saber, en definitiva, de los entretelones de la creación, si la hubo, o del surgimiento espontáneo, si lo hubo, de lo que llamamos *Universo*?

Pero estos son temas prohibidos, porque si uno se pone a pensar en lo que está más allá de la experiencia, pierde el tiempo y se distrae del propósito fundamental de la vida, que es el ennegrecimiento del cielo con el humo de las chimeneas. Mientras tanto, a pesar de la prohibición de pensar, el sentimiento sigue allí, y lo expresamos como podemos, hablando, por ejemplo, del tiempo. El tiempo es algo que no podemos controlar, que siempre sorprende y maravilla por su caprichosa manera de comportarse. Si lo referimos al tiempo, a ese ente inmanejable que nos empareja a todos bajo la arbitrariedad de sus dictados, el sentimiento tiene permiso para expresarse libremente. «Qué calor, ¿eh?» «Qué tiempo, ¿eh?» «¿Qué me dice del temporal de anoche?» «Qué frío, ¿eh?», lo que podría traducirse más o menos así: «Pensar que la vida humana en particular, y la vida en general, puede existir solo en condiciones muy especiales de temperatura, en un

segmento relativamente muy pequeño de la escala que mide el termómetro. A veces recibimos un buen susto, como anoche. Ignoro qué fuerza oscura nos habrá creado, pero podría tratarnos un poco mejor, ¿no cree?».

\*\*\*

Leyendo un periódico (LUP), me empecé a molestar en cierto momento (CM) la proliferación de siglas (PDS), que continuamente remitía a otros lugares (OL) del artículo, en busca del significado (BDS). Esta forma de lectura interrumpida (LI) se vuelve a menudo engorrosa, y si uno sigue de largo (SDL) sin tratar de refrescar el significado de las siglas, termina por no entender y abandonar la lectura (ALL). Traté de pensar para qué usarían ese sistema de siglas (SDS), y llegué a la conclusión de que lo hacen buscando aliviar las repeticiones fatigosas para el lector (RFPEL); me di cuenta de que, ciertamente, en esos artículos a veces se repiten muchas veces nombres de agrupaciones (A), partidos políticos (PP) o instituciones (I), y entonces me pregunté por qué se repetían tantas veces los mismos grupos de palabras (MGDP) y por fin comprendí: la forma reiterativa (FR) de construir los artículos (CLA) está dirigida a una suprema claridad de exposición (SCDE). Mediante la FR se logra que los artículos queden al alcance (QAA) de todo tipo de público (RTDP), incluyendo a los débiles mentales (DM), con lo cual la llamada *prensa escrita* (PE) se pone en condiciones de competir con la televisión (T).

\*\*\*

Decía el hombre en el bar:

—¿Por qué voy a esa peluquería y no a otra? Le explico:

en primer lugar, el peluquero es un verdadero artista. En segundo lugar, la peluquería queda a la vuelta de mi casa. En tercer lugar, y es esta la principal razón, porque la conversación con el peluquero es más o menos textualmente así:

»—¿Largo? —pregunta.

»—Sí, pero no tanto —respondo.

»Él dice que sí con la cabeza. Corta el pelo. Me muestra el resultado en un espejo que sostiene detrás de mi cabeza.

»—Muy amable —dice cuando le pago.

»—Gracias —le digo yo, y me quedo pensando: ¿por qué le dije "gracias"?

El hombre del bar hace una pausa dramática.

—Después me di cuenta —concluye al fin—. Le había dado las gracias por el silencio.

## 14.

Entro a una carnicería como parte de mi engorrosa exploración del barrio, porque ya es inútil que intente una vez más en los supermercados: llego hasta la puerta y allí mismo la publicidad estúpida y machacona vociferada por los parlantes me pone una mano en el pecho y me empuja hacia la calle. Como muchos otros comercios, en los últimos tiempos los supermercados se han transformado inexplicablemente en una máquina de picar cerebros, y todo lo que en mi vida se había simplificado ahora se complica: comprar el queso en la panadería, la pasta de dientes en la farmacia, el café en el almacén. Y la carne en la carnicería, aunque la carne del supermercado era de gran calidad.

El local de esta carnicería es amplio, y en su interior trabaja una cantidad de personas. Aunque, mirando bien, no puede decirse que trabajen; están allí, con sus delantales blancos, en alguna clase de amable reunión.

Una señora se aproxima, por detrás del largo mostrador, y me pregunta qué deseo. Yo señalo una vitrina con carne.

—Pulpa para churrascos —digo—. Nalga de ternera.

Ella se azora y va en busca de uno de los carniceros ociosos. No lo llama en voz alta, sino que va hasta la rueda de carniceros y le habla. Lo trae casi de la mano. El joven se acerca y me mira inquisitivamente.

—Quiere pulpa de ternera —le dice la mujer, solícita, mirándome a mí.



—No hay —responde el joven, dirigiéndose a ella; después me mira fugazmente—. Ternera no hay.

Yo señalo un trozo de pulpa que se ve en la vitrina. No es gran cosa, pero parece que se puede comer.

—Ah —dice el joven, dándole vuelta con la punta de una larga cuchilla—. Es pulpa de ternera. Nalga.

—Bueno —digo, y me quedo esperando.

El joven se queda esperando también. La mujer mira a uno y a otro, un poco anhelante.

—¿La va a llevar? —pregunta al fin el joven, con impaciencia.

—¿Cuánto? —pregunto.

Señala un cartelito con la punta de la cuchilla.

—Ahí tiene el precio —dice.

El cartelito decía «24.90», y yo ya lo había visto. Me impaciento, a mi vez.

—¿Pero cuánto pesa? —pregunto.

Toma en las manos el trozo de carne y lo lleva hasta una balanza. La balanza indica algo así como un quilo y trescientos gramos. Me quedo esperando. El carnicero se queda esperando. La mujer nos mira, anhelante.

—¿La va a llevar? —pregunta al fin el carnicero.

—¿Pero cuánto es? —casi grito.

Señala el visor de la balanza electrónica.

—Ahí dice —dice—. Un kilo trescientos.

Ya me cuesta hablar. Siento la boca reseca.

—¿Cuánto cuesta ese pedazo de carne? —pregunto, subrayando cada palabra.

Escribe el precio en la balanza electrónica, y aparece en el visor la cuenta hecha: «31.75».

—Treinta y dos pesos —dice.

—Está bien —digo yo, alerta, pensando que me va a tirar

la carne a las manos. Pero ni siquiera hace falta pedir que la envuelva; en un arranque de inspiración va y consigue una bolsita. La mujer me mira con una expresión azorada, como el que fue pescado en falta, o trata de ocultar algo.

—Si puede, pague justo —dice.

—Tengo que cambiar doscientos pesos —digo.

Ella hace una pausa; ha llegado el momento que tanto temía. Después confiesa:

—La cajera no está. Tiene que esperar un momento, que ahora viene.

Yo ya había notado que desde hacía rato, casi desde un principio, echaba nerviosas miradas hacia un sector del local ocupado por una gran estantería. Ahora mira francamente hacia allí; casi señala con un dedo.

Pasa el tiempo. Yo tengo en mis manos la bolsita con la carne, y pienso más de una vez en dejarla sobre el mostrador e irme; es lo que hago habitualmente cuando me maltratan. Pero ahora estoy paralizado, subyugado, porque el transcurrir de las cosas tiene un atractivo casi artístico, una extraña coloración, una atmósfera irreal de la que no me puedo sustraer.

La cajera no viene. Después veo que está ahí, a dos pasos, hablando por teléfono, y la situación me fascina todavía más. Veo trozos de cajera detrás de la estantería. Se balancea mientras habla por teléfono. No puede dejar de hablar por teléfono ni de balancearse.

Me paseo por el local, mirando aquí y allá, pero mis ojos siempre vuelven a los trozos de cajera. Se acerca otra mujer y me pregunta si quiero comprar algo.

—Solo quiero pagar —digo—. Pagar e irme.

Me acerco a la mujer anhelante, que se ve muy perturbada por la situación. Siento una auténtica curiosidad.

—¿Ustedes suelen atender al público? —le pregunto.  
Ella contesta seriamente:

—Sí —dice—. La cajera ya viene. Lo que pasa es que ahora está hablando por teléfono.

—No lo decía solo por la cajera —insisto—. Lo decía también por el carnicero.

—Ah, sí —dice ella, siempre seria—. Vio cómo es...

Echa miradas nerviosas hacia la estantería que le impide ver a la cajera. Por algún motivo, esta mujer es la única persona que parece preocuparse. Y no parece que fuera la dueña.

La cajera no vino; siguió hablando por teléfono. El que vino fue otro carnicero, corpulento, de ojos protuberantes y gesto adusto, y con un manotazo me sacó el billete de la mano. Manipuló la caja. Siempre en silencio y con ademanes bruscos, me entregó el vuelto, mientras la mujer lo miraba preocupada, anhelante.

Mi amigo el biólogo llegó desde Estados Unidos, donde vive hace años, y de paso hacia Buenos Aires vino a visitarnos con su familia —cuando nosotros vivíamos en Colonia. A los pocos minutos de estar en casa mi amigo el biólogo salió al jardín del fondo, le pidió a su hijo que llevara la filmadora de video y cuando todo estuvo pronto y el hijo ya había gatillado el disparador de la máquina, mi amigo el biólogo, con el grácil movimiento de un prestidigitador que accionara una varita mágica, metió un palito en un agujero que había en la pared de ladrillos, y de allí salió inmediatamente una araña negra de considerable tamaño, que se movía de un lado a otro buscando pelea.

—Todas las paredes de ladrillos del Uruguay están llenas de estas arañas —comentó mi amigo el biólogo, con aire entre didáctico y satisfecho.

Yo nunca volví a ser el mismo.

\*\*\*

Después repetí algunas veces la experiencia en la pared de ladrillos, y era infalible. Había cientos de ladrillos, y cientos de agujeros, y cientos de arañas. Pero hay otras cosas más sutilmente inquietantes, como, por ejemplo, los microbios. Muchas personas toman consciencia de que estamos llenos de microbios, por dentro y por fuera, y se quedan

fijadas a la idea y no pueden escapar. Se pasan el día lavándose. Por alguna razón, los microorganismos de adentro no preocupan tanto como los de afuera; será porque, si están adentro y uno está vivo, es porque los domesticó, o fue domesticado por ellos. En cambio afuera puede haber cualquier cosa, caminando y arrastrándose por la piel, buscando un agujerito por donde colarse. Sí, es una idea preocupante, y por eso no pensamos a menudo en ello.

\*\*\*

Hay algo que no llega a preocuparme, pero sí me produce una impresión de infinito desasosiego, una especie de malestar no localizado pero que puede volverse intolerable: la visión de los finísimos hilos de araña que tapizan la pinocha en los bosques y que pueden verse especialmente cuando el sol está bajo. Por extrapolación, se llega rápidamente a la certeza de que toda la superficie del planeta está cubierta por hilos de araña; kilómetros y kilómetros, y cientos y miles y millones de kilómetros y kilómetros de finos hilos tejidos por millones y millones de pequeñísimas arañas. No sé qué es lo que me desanima de esto, si la calidad o la cantidad. Lo que siento, a la caída del sol cuando estoy en un bosque, se parece muchísimo a la tristeza.

\*\*\*

En el jardín del fondo de la casa en Colonia, durante un verano signado por la Lucha Contra la Hormiga, descubrí, tirado de panza sobre las baldosas, que las hormigas pequeñas no son las más pequeñas; hay otras mucho más pequeñas, casi invisibles a simple vista. Yo las pude ver más

bien como un movimiento, con el ojo miope, que me permite acercarme mucho a los objetos; pero después confirmé su existencia con una lupa. ¿Por qué nadie habla de esas hormigas tan pequeñas? ¿Habrá hormigas microscópicas, así como hay ácaros microscópicos? (Poca gente se comporta como si supiera que los ácaros microscópicos, parientes de las arañas, duermen con nosotros y se alimentan de las escamas de piel que se nos caen.) (También los respiramos.)

\*\*\*

¿Y las partículas de polvo que flotan en el aire, con ese suave movimiento *browniano*, y que se ven especialmente cuando el sol entra a la pieza a través de las tablitas de la persiana?

Me pasaba de niño, pero me sigue pasando todavía: no puedo respirar mientras las veo —como si al no verlas ni pensar en ellas, las partículas de polvo desaparecieran.

Necesito escribir para desordenar los pensamientos, buscando una mayor coincidencia con la realidad. No es que la realidad sea en sí decididamente desordenada (ignoro cómo es), pero sí es que el orden de los pensamientos le queda siempre estrecho, y eso es molesto para quien vive y los padece.

\*\*\*

Durante una gripe, me quedé en cama y decidí esperar a ver cómo evolucionaban las cosas antes de tomar alguna medida, porque considero que las enfermedades suelen ser una forma de expresión que no conviene reprimir de modo radical.

Por la tarde, la fiebre había subido mucho y me llevó algunas horas encontrar la fuerza de voluntad necesaria para levantarme y dar algunos pasos hasta el botiquín donde guardaba, entre otras cosas, un medicamento apropiado. Mi cuerpo estaba apaciblemente relajado e insensible; la mente, por su parte, después de algunos ensueños reiterativos y bastante abstractos, en los que al parecer buscaba aferrarse de alguna estructura sólida, o por lo menos rígida, había comenzado a dispersarse, como fragmentada en pequeñas planetas que se alejaban vertiginosamente de ese centro que suele ser el yo. En algunos embates de lucidez, el

yo procuraba volver a organizarse, pero solo le era permitiendo el papel de espectador. Pensaba: «así es la muerte».

El yo se fugaba, se dispersaba, y era muy fácil comprender que esa construcción era muy precaria, muy frágil, y no demasiado real; de un momento a otro podía desbaratarse, como ahora, y yo desaparecer, como casi había desaparecido en esos momentos.

Todos esos sentimientos y percepciones de mí mismo no connotaban ningún drama. Lo que me sucedía era algo que no tenía importancia. «Esta es una clase de muerte que puedo aceptar», pensé sin angustia, y después, cuando todo hubo pasado, pensé que mi estado gripal había sido como un curso acelerado de budismo Zen. También después, junto con el yo volvieron las aprensiones y las preocupaciones por cosas nimias.

\*\*\*

La luz crepuscular disuelve la irrealidad de los viejos muros y atenúa el ridículo desafío de los más nuevos. Los árboles recobran su dignidad vital y se recuerdan a sí mismos como dueños de una sabiduría decisiva. Todo transcurrir, en general, se vuelve misterioso y por lo tanto, cierto; es todo el mundo, desvelado de contrastes agresivos, quien se recuerda en todas sus dimensiones.

La luz roja de un semáforo, en una esquina cualquiera, brota como por primera vez, como naciendo maravillada, y su mensaje es una explosión de amor que me toca y me despierta, también a mí, en esa esquina donde no esperaba ya absolutamente nada de la vida. Entre esos edificios insensatos que lo invaden todo hay, todavía, un lugar que hace elevar los ojos y mirar algunas nubes rosadas, heridas por

los rayos de un sol que ya no podemos ver. Alguien, dentro de mí, se expande y respira —nace, como la luz roja, en una onda explosiva de amor, en la dimensión del espíritu que había quedado sepultada por alguna clase de locura.

Hasta el estruendo de los automóviles y de las maquinarias que destruyen y construyen sin ninguna razón valedera la ciudad, parece cesar, o atenuarse hasta una casi amabilidad, y los hombres que manejan toda esa maquinaria cobran sin saberlo una inocencia primitiva. Es un minuto fugaz. La luz roja se borra y estalla una luz verde; más tarde, brota con el mismo ímpetu de recién nacida una amarilla; en seguida, retorna la roja, pero ya pasó el misterio, ya está cayendo, así, tan pronto, la noche; ya la gente advierte que yo no trato de cruzar la calle, y comienzo a sentir el ridículo y el frío.

17.

Llamaron a la puerta, y fui a ver quién era; en aquella época yo todavía hacía ese tipo de cosas.

Se trataba de una muchacha, de aspecto muy agradable, que se anunció como vendedora de libros.

—No quiero hacerte perder el tiempo —le dije—. Por una cuestión de principios no compro nada a los vendedores ambulantes. Tampoco compro libros nuevos. Me gustan las librerías de viejo, el olor de los libros que...

No estaba escuchando, y dejé morir la frase.

—No importa —dijo—. Déjeme que se los muestre.

—Entonces entré —respondí, y me hice a un lado para hacerla pasar.

Tuvo una pequeña duda, pero el empecinamiento de vendedora se impuso al miedo de muchacha. Entró, pasó a mi escritorio, se sentó en un sillón que le indiqué mientras yo me sentaba frente a ella, poniendo un escritorio de por medio para ahuyentar sus temores.

—Pero vas a perder el tiempo, porque no compro nada, y menos libros —insistí. Ella sonrió, abrió la bolsa que llevaba a cuestas y empezó a sacar volúmenes.

De cada uno de ellos hizo un breve comentario. Yo más o menos sabía de qué se trataban, porque en aquel tiempo aquella ciudad había sido muy castigada por vendedores de libros, y si bien yo no les compraba, ni los atendía con la misma gentileza que a esta graciosa niña, mucha gente

amiga o conocida si había comprado y me los habían mostrado o me los comentaban.

Finalmente, a la chica se le terminaron los libros y quedó en suspenso.

—¿No hay más? —pregunté. Ella sacudió la cabeza—. Bueno —agregué, después de una pausa larga—. No voy a comprar nada, como te había dicho.

Se le pintó en la cara algo que parecía desaliento pero que tal vez era algo más.

—No vendí nada en toda la mañana —dijo—. Y todavía tengo que recorrer como veinte cuadras.

La miré con simpatía. Podía ser mi hija. No; mi nieta.

—¿Quieres un café? —ofrecí.

Sacudió la cabeza.

—¿Té?

No.

—¿Un refresco?

Tampoco, desde luego.

—¿Un sándwich? Puede ser de pan blanco o de pan negro. Con jamón y gruesos trozos de queso.

No, no quería nada. Por algún oscuro motivo, solo quería hacer una venta. Tal vez el error había sido hacerla entrar; eso le habría abierto todo un camino ilusorio, falsas esperanzas.

Seguramente más tarde iba a llorar; cuando nadie la viera. Ahora se la notaba conteniendo las lágrimas. Yo deseaba tomarla en mis brazos y acunarla.

—¿Estás segura de que no quieres un sándwich?

Sacudió otra vez la cabeza, sin advertir que de ese modo me estaba diciendo que no, que no estaba segura. Empezó a meter los libros en la bolsa. Quién sabe cuántas veces más iba a fracasar, en cuántas cosas más, antes de darse por ven-

cida. Y cuando se diera por vencida, ¿qué? ¿Casarse, prostituirse, emigrar? Y después, ¿qué?

La acompañé hasta la puerta, y la miré alejarse como si la carga que llevaba fuera demasiado pesada para ella. Cuando se perdió de vista, el sentimiento de piedad comenzó a trasladarse lentamente, muy lentamente, y hacia el fin de la tarde, cuando las sombras se alargaban anticipando la noche, encontré que se había depositado completamente en mí.

«¿Y yo?», pensé.

Mi vista se posó en un objeto peculiar, muy llamativo. Yo estaba en la larga fila de espera para pagar una cuota en la caja de un banco, y en esas circunstancias cualquier hecho mínimo se vuelve una fiesta para la imaginación. En este caso se trataba de una caja pequeña, de tapa rectangular, blanca, ubicada junto a la puerta, a la altura de una llave de luz y más o menos de similar tamaño, aunque sobresalía dos o tres centímetros de la pared. Tenía un dibujo rojo.

Pensaba en el misterio de las filas de espera en los bancos. La población del país no se ha incrementado de modo notorio, al menos que yo sepa, y las instituciones bancarias se han multiplicado, como antaño los bares; los trabajos engorrosos se han automatizado y las computadoras realizan en segundos las operaciones que antes podían insularse en semanas; hay cajeros automáticos por todas partes, hay máquinas que cuentan el dinero, muchos pagos se pueden hacer en cambios y agencias de quiniela e incluso en supermercados —y sin embargo las demoras en los bancos siguen siendo idénticas a como eran hace quince o veinte años, o tal vez peores.

Pensaba en eso y en la clase de persona que hay que ser para ganar dinero, cuando mi vista cayó sobre ese objeto en la pared y ya no pude olvidarme de él, aunque en otra fila, a pocos metros, había una señora bonaerense muy llamativa y elegante que no miraba con malos ojos a los ojos

masculinos que se posaban en ella. Pero la cajita tenía una fuerza de atracción de orden superior. Cuando la fila me fue acercando un poco, vi que el dibujo rojo era la imagen de una fogata, y que arriba, o abajo, decía INCENDIO con letras rojas, y de inmediato me vinieron unas ganas muy intensas de oprimir ese botón, porque por influencia de tantos años de ver dibujos animados lo primero que imaginé fue que, al apretar el botón, instantáneamente se prendía fuego todo el edificio, y en dos o tres segundos quedaba reducido a una masa negra de escombros humeantes.

Después pensé que más bien debía de servir para apagar los incendios, y no para provocarlos, pero aun así me llamó la atención que el botón estuviera tan al alcance de la mano, que incluso un niño —o alguien con las pulsiones de un niño— podría sentirse tentado a apretarlo. El dibujo de la fogata era como una mano de dedos rojos, abierta, con un dedo más grande que los otros y en forma de rulo levantado, como el copete de Woody Woodpecker. Para cualquiera que tuviese un mínimo de sensibilidad, ese botón gritaba «oprímeme».

Cuando estuve más cerca, pude ver que no se trataba simplemente de apretar el botón; la cajita blanca tenía una ranura en la parte inferior, como una gruesa línea con un ensanche redondo en un extremo, seguramente algo donde colocar alguna llave especial. En caso de emergencia, la persona encargada de la llave estaría en el baño, o habría salido a hacer un mandado, como sucede siempre.

Después imaginé que esa llave había sido instalada por fuerzas equilibrantes del universo, y, al ser oprimida por un chico travieso o en alguna emergencia, su verdadero efecto consistía en que, estuvieran donde estuviesen, los ignotos dueños de ese banco (necesariamente feos y obesos, muy

obesos) se hundían en el piso, desaparecían por una puerta-trampa y caían después de algunos siglos en el fuego del Infierno, como castigo por hacer esperar a la gente en colas interminables para ahorrarse el sueldo de los diez o doce empleados que hacían falta.

Después, como pasa siempre, estaba por llegar mi turno y tuve que pararme nervioso frente a la caja, esperando que me llamara el cajero, mientras buscaba en los bolsillos el dinero y los papeles que, siempre, en esos momentos finales tienden a desaparecer o a entretenerse en los bolsillos con otros papeles cuya existencia se ignoraba, y toda esa actividad deshizo los juegos de la imaginación, así como un promisorio romance con la sólida turista que, en la otra fila, iba también avanzando, aunque más lentamente, rumbo a ese trivial destino de la caja de un banco.

\*\*\*

**Posdata.** Bastante tiempo después de escrito lo que antecede, debí volver al mismo banco, donde se generaron nuevas historias que algún día irrumperán, tal vez, en mi memoria. Ese día, mientras volvía a mirar la cajita blanca, llegó un hombre al que no sería capaz de describir —solo recuerdo un traje marrón y unos bigotes, y una edad que podría andar por los treinta y cinco años—, miró a un lado y a otro como para ubicarse en la cola que le correspondía, vio la cajita blanca con la llamita roja y sin pensarlo mucho se acercó y la apretó con el grueso pulgar de la mano izquierda. De inmediato levantó la cabeza y miró hacia todos lados, como para ver surgir las llamas, o el agua, o los bomberos, y cuando después de unos segundos vio que no sucedía nada tuvo un ligero encogimiento de hombros. Me

miró, como buscando complicidad, o consuelo, y yo hice un gesto ambiguo elevando las cejas, que debía entenderse como: «qué le vamos a hacer», o «así va el mundo».



En la calle, sentí que alguien estaba a punto de agredirme; me hice a un costado, y por mi izquierda pasó un hombre alto, delgado, razonablemente vestido, que trataba de disimular para que nadie se diera cuenta de que un momento antes era un ser repulsivo, inhumano.

Caminaba mucho más ligero que yo, pero siguió disimulando hasta que lo perdí de vista.

\*\*\*

Los observo desde el ómnibus detenido por la luz roja: la muchacha, entre el cine y el quiosco de revistas, mirando hacia el quiosco; el joven, invisible para mí la mayor parte del tiempo, tapado por el quiosco. De pronto el joven aparece y besa a la muchacha en la boca; se separan, él vuelve a desaparecer, y pronto aparece de nuevo, la besa, se vuelven a separar. No con la gracia de un baile o de un *sketch* humorístico, sino gravemente.

Ella no ha variado su postura ni su actitud, absorba en las revistas del quiosco. No rechaza el beso pero tampoco parece participar. Está allí como si cumpliera una función útil y necesaria, pero no pone nada de sí.

Pienso: «tal vez ella se esté ganando la vida con esa nueva actividad, posar como una estatua, y el joven aproveche

su inmovilidad para besarla». Pero el ómnibus sigue viaje, a mí me están esperando y ya estoy llegando tarde, y de todos modos no sé si la curiosidad era en ese momento tan fuerte como para hacerme bajar y observar la situación con mayor cuidado.

En ese momento la curiosidad no era muy fuerte, pero sí lo es en este momento, al evocar la escena, y ya no estoy en aquel ómnibus para poder bajarme y saber.

\*\*\*

Hay moscas que son solo moscas; de acuerdo. Me consta y hasta puedo dar fe de ello. Pero lo que quiero decir es que no estoy muy seguro de que todas las moscas sean solo moscas; creo que hay algunas moscas que son algo más que moscas, o quizás algo menos que moscas —depende del punto de vista.

Por ejemplo ese moscón que entra por la ventana que da a la calle y se mete en todas y cada una de las piezas de la casa para salir por otra ventana que hay al fondo; tiene todo el aire de un inspector, y tal vez lo sea. ¿Cómo puedo saber si no es un espía electrónico con una cámara de video? Por ejemplo esa mosca de aire estúpido, que revolotea apaciblemente cerca del dulce de membrillo, hasta que me ve venir con un matamoscas en la mano, y se esconde. ¿Cómo sabe, con una experiencia de vida supuestamente breve y con un escaso cerebro, que ese aparato que traigo es para matar moscas? Se esconde y ya no vuelve a aparecer.

Y luego estarán esos mosquitos que esperan pacientemente a que me duerma, para tomarme muestras de sangre.

\*\*\*

—El otro día iba por la calle y me encontré con un amigo —le digo a Juan (Juan también es un amigo, de catorce años)—. Me contó que...

—¿Quién era? ¿Yo lo conozco? —interrumpe.

—No importa quién era —respondo, levantando presión—. Para lo que yo quiero contar, no importa en absoluto si lo conocés o no lo conocés —respiro hondo y trato de retomar el impulso inicial del relato—. Me contó que, mientras estaba leyendo una novela...

—¿Qué novela? —vuelve a interrumpir.

Me saca de quicio.

—¿No importa qué novela! —grito—. ¡No sé qué novela!

—Bueno, dale, seguí —murmura, cabizbajo; sabe lo que viene a continuación.

—Ahora se me fueron las ganas de hablar —digo. Este muchacho, no tengo dudas, será un brillante crítico literario.

—Leí *Hamlet* —me dijo un amigo, con el tono con que podría haber dicho «encontré un tesoro en el jardín». Los ojos le brillaban. Es un gran lector y tiene una enorme biblioteca, pero su formación académica es más o menos como la mía: prácticamente nula.

Después hablamos de las sorpresas que siempre dan los clásicos. Uno espera encontrarse con la cosa tediosa que le ofrecieron en el liceo los profesores de literatura, y sin embargo una y otra vez la experiencia dice lo contrario: los clásicos son frescos, son actuales, son fáciles, son divertidos. A causa de los profesores de literatura, descubrí el Quijote recién a los treinta años. Y hay una enormidad de clásicos que nunca leí, pensando que son tan malos y tan retorcidos como quienes los enseñan creen, o hacen creer, que son.

\*\*\*

En Buenos Aires, estaba una tarde en una esquina esperando el cambio de luces para cruzar una gran avenida. Hacía calor, como casi siempre en Buenos Aires, aunque fuera otoño, y no me sorprendió ver que una mujer, parada junto a mí, mientras esperaba el cambio de luces se quitaba un tapado de piel que llevaba. Al quedarse sin el tapado reveló un cuerpo menudo y delgado, nada que fuera especialmente atractivo. Tampoco su perfil me decía mucho; ni

linda ni fea, nada que fuera especialmente memorable. Se encendió casi en seguida la luz verde, y la mujer arrancó a andar con esa velocidad de los porteoños que yo ya no trataba de imitar. Y de un momento a otro me encontré trotando detrás de ella, con una idea fija: «Esa mujer debe ser mía».

No fui el único poseído por esa idea: en la vereda de la cuadra siguiente, del otro lado de la avenida, venían caminando tres hombres, bien trajeados y cada cual con su portafolios, hablando seriamente —sin duda— de trabajo. Se detuvieron en seco y se quedaron contemplando a la joven como a una diosa; quedaron así, detenidos en un gesto, olvidados del mundo, y en cada uno de ellos podía adivinarse el mismo pensamiento: «esa mujer debe ser mía».

Más allá, siempre al rítmico y decidido paso de la dama, seguían produciéndose pequeños incidentes: algún muchacho, incluso algún niño, y los parroquianos de una cafetería que tenía mesas en la vereda, todos decían, gritaban o hacían algo para expresar su estupefacción. Yo tuve un instante de lucidez y me detuve a pensar que allí estaba sucediendo algo extraño. Aquella mujer no tenía ninguna cualidad ostensible que pudiera despertar en mí ni en aquellos otros hombres un deseo de tal magnitud. Fue después de que se hubo quitado el tapado de piel y se hubo puesto en movimiento que yo fui golpeado por aquella idea como por un rayo...

Y me acordé de las feromonas, sustancia que no tiene olor pero se percibe con el olfato, y es una nítida señal hormonal de la mujer hacia el hombre. Por suerte, había leído hacía poco que esa sustancia fue sintetizada en laboratorios, embotellada y puesta a la venta. En la esquina, cuando ella se quitó el tapado, me había llegado una ola de un perfume curiosamente tenue e inofensivo.

Dejé de trotar y dejé de mirar embobado cómo la dama seguía conquistando admiradores, y seguí el camino que tenía previsto antes del encuentro, pensando que en adelante debería tener mucho, pero mucho cuidado.

canales de violencia que todo el tiempo se van desplazando —normalmente; normalmente— por la calle.

\*\*\*

En Buenos Aires. Sube una chica espléndida al colectivo 70. Yo voy en el primer asiento detrás del chofer; ella se mueve con una infinita gracia y se sienta, pasillo de por medio, un asiento detrás del mío.

A cada rato me acuerdo de la chica y me vuelvo para mirarla; tengo que torcer el pescuezo para verla. En una de esas veces, advierto que lleva en las manos un librito de tapas rosadas, delgado, poco más que un folleto. Ahora me doy vuelta para verla a ella pero también para tratar de leer el título del libro, y a medida que pasa el tiempo me va resultando imperioso conocer ese título, como si el libro contuviera las claves para acceder a la muchacha.

Cuando me levanto para bajarme, consigo por fin leer el título: *Quebrántame, Señor*.

Me muerdo los labios y elevo los ojos al cielo. Se me ocurren mil cosas guarangas para decir, pero por suerte no me atrevo.

\*\*\*

Hay un consejo excelente, que siempre trato de tener en cuenta; lo extraño del caso es que no proviene de un manual de autoayuda, ni de un antiguo libro de sabiduría, sino que lo encontré impreso en la caja de un medicamento:

«Manténgase fuera del alcance de los niños».

No importa cuál sea la circunstancia, ni de cuál hecho se trate: simplemente me ve a mí y se coloca imaginariamente en un ring de box; así comienza una discusión que puede llevar bastante tiempo —exactamente hasta que yo me dé cuenta de cuál es el juego—. Es su forma de comunicarse, por oposición, avanzando penosamente, a los empujones. Cuando me doy cuenta, me alejo, pensando que me ha hecho perder el tiempo.

Por algún motivo, la experiencia no me ayuda, y en algún momento vuelve a crearse la misma situación, y yo vuelvo a tratar de ser lógico y veraz —sin ver el ring.

\*\*\*

—Tú —me dijo una vez el hombre sabio— haces un pozo y lo profundizas más y más, hasta que descubres que no puedes salir. Entonces te asustas y, para tratar de salir, en lugar de pedir a alguien que te dé una mano o que te arroje una cuerda, sigues escarbando hacia abajo.

\*\*\*

Ella era una mujer bastante joven, con un defecto físico. Él era un hombre de apariencia normal. Iban tomados de la mano, o más bien parecía que él la llevaba de la mano a ella; guardaba cierta distancia, y era como si el brazo de ella en vez de brazo fuera una correa, y él la llevara atada a la correa. Él tenía la actitud de quien saca a pasear a un perro o, más exactamente, a un sapo.

Pensar las cosas por uno mismo es una pérdida de tiempo y, más grave aún, una fuente de error. La propia experiencia, llena de subjetividad, pocas veces es un buen punto de partida; y las propias reflexiones sobre ese punto de partida casi siempre están teñidas por los errores cometidos al examinar otras experiencias en el pasado. Es así como se forman muchos prejuicios y se realimenta la cadena de errores, hasta que uno llega a estar equivocado en la mayor parte de las cosas. Por eso conviene prestar atención a la cultura, es decir, a la experiencia colectiva, y tener la flexibilidad suficiente como para comparar esos datos con la propia experiencia y los propios prejuicios, y permitir que el pensamiento fruto de la propia experiencia se modifique hasta donde sea posible, y deseable, en base a esa experiencia colectiva.

En el otro extremo del espectro están aquellos que no saben pensar por sí mismos y que no reflexionan a partir de los datos de la percepción propia y de la experiencia propia. Son los que no pierden tiempo. Son los más eficaces y los más exitosos. Siempre consiguen lo que quieren y lo hacen de la forma más rápida y económica posible. Son los que todo lo aprendieron y los que, *desde cierto punto de vista*, apenas, o nada, vivieron. Forman legión; y así va el mundo.

\*\*\*

gencia del ser humano, al derecho a pensar, una vez que se pierde el respeto ya nadie puede saber dónde termina la cosa. También Hitler empezó gritando por un parlante.

»Y después está esa propaganda de un diario, por la calle, a todo volumen. Un camión cargado de televisores; conté treinta y dos, dieciséis de un lado y dieciséis del otro. Pero la cosa está, nuevamente, en el sonido; televisores que pongan mil, si tienen plata para pagarlos. Uno mira si quieren. Pero el sonido hay que oírlo, te guste o no te guste.

»¿Qué confianza le podés tener a las noticias? Quieren vender de cualquier manera, aunque sea a la fuerza, machacándole el cerebro a la gente. Vender más, ganar más, y que la gente se joda. Y la gente compra, no se dan cuenta de que la están violando en la calle. No piensan.

»Yo, ese diario no lo compro más. Y las salchichas, Dios me libre. Ellos se reirán, qué les importa que yo no compre si ellos hacen su negocio. Pero yo trato de defender mi dignidad; no me respetan, no compro. Ya no tenemos a nadie que nos defienda; el gobierno permite esta violencia por que le conviene. Así la gente no piensa. Le conviene que no piensen en los corruptos y ladrones, así después se olvidan y vuelven a votar. Si la gente pensara... Y así los arrear, después, cuando las elecciones. Con ruido, mucho ruido.

»Pero yo pienso. Y no voto a nadie.

\*\*\*

Tengo un cigarrillo entre los dedos índice y mayor de la mano derecha, lo llevo a menudo a los labios y doy pitadas largas y placenteras, aspirando con profundidad el humo. De pronto me doy cuenta de lo que estaba haciendo, y miro con espanto el cigarrillo, y luego un cenicero repleto de

—Ya no se puede andar por la calle —decía el hombre en el bar—. La violencia aumenta, semana a semana. Ahora apareció una camioneta que encima lleva la propaganda de una salchicha, una cosa enorme, obscena, metida en un pancito. Te revuelve el estómago, pero vomitás y se te pasa. Lo realmente malo del caso, lo violento del caso, es el sonido, un corrido mexicano de hace cincuenta años a todo volumen, o un mambo de Pérez Prado de hace cuarenta y cinco. El sonido te rompe los tímpanos, y te mete el mambo en la cabeza; después te pasás horas tarareándolo mentalmente. Pero la gente no se da cuenta. Aguanta.

El hombre del bar toma un sorbo de café. Nunca lo he visto tomar otra cosa que café negro, en pocillo. Aparentemente habla, desde la mesa a que está sentado, con el dueño del bar, aunque no parece que el dueño le preste mucha atención.

—Si la gente se avivara —dice el hombre— no compraría más de esas salchichas, porque cuando le faltan el respeto en la calle, con ese volumen de sonido, de una manera tal que todos pueden darse cuenta del poco respeto que tienen por la gente, imaginate lo que harán cuando la gente no los ve. Imaginate vos con qué estarán hechas las salchichas. A lo mejor se accidenta un obrero y chau, igual te lo pican y lo meten en un *frankfurter*. Porque una vez que se empieza a perderle el respeto a la gente, al ser humano, a la inteli-

colillas que hay sobre una mesa. «No puede ser», pienso; «no puede ser». Dejé de fumar hace más de dos años, dos años y medio, y a veces me permito una pitada, o dos o tres, cada varios meses. También suelo aspirar las estelas de humo que dejan los fumadores que cruzo en la calle o que por un favor especial del destino vienen de visita a mi casa. Pero ahora miro este cigarrillo que llegó a mis manos en medio de un automatismo completo, y me doy cuenta de que he perdido todo el terreno que había ganado dolorosamente, penosamente, con esos treinta meses de abstinencia; estoy otra vez en las garras de la nicotina, sin saber cómo hacer, ahora, para empezar de nuevo a dejar de fumar. «No sabía que estaba tan tomado por el vicio, no sé cómo pude llegar a esto», sigo pensando, sigo espantado, enfrentado a una fuerza que nunca podré vencer.

Me despierto con el clima de tristeza y derrota que llevaba a cuestras durante el sueño, y no me alivia darme cuenta de que era un sueño. En la pieza hay olor a tabaco. Pienso que me levanté sonámbulo a fumar, pero no hay tabaco en la casa. Tengo la garganta irritada, tengo gusto a tabaco en la boca, y no he perdido la sensación de placer ni la culpa.

En el barrio, y muy especialmente en los callejones, esos callejones estrechos donde las casas de una y otra vereda se encuentran muy próximas, hay muchos espacios públicos que se vuelven de uso privado, o casi privado, como si la calle pasara a ser una especie de patio del fondo de la casa que le crece a un costado. Cuando hay gente observando, a veces apoyada en el marco de una ventana, el que pasa por ese lugar es mal mirado; y muy a menudo yo no atino a darme cuenta de dónde termina el espacio público y dónde comienza el privado, de tal modo se ha ido domesticando ese presunto espacio público. A veces me encuentro, sin querer, invadiendo un jardín, o un auténtico patio, sin haberme dado cuenta claramente de cómo hice para llegar allí; me encuentro entre ropa tendida, o frente a un pequeño plantío de tomates o, peor aún, a una persona tomando sol en una silla de lona o en un perezoso. Demás está decir que me apresuro, en cualquiera de los casos, a salirme de esos espacios, pero no siempre lo consigo con facilidad. A veces me ha sucedido querer salir y darme cuenta, no sin espanto, de que estoy internándome más y más, enredado entre latas de basura, cuerdas tendidas, tejidos de alambre o arbustos, y a veces llevo incluso a precipitarme dentro de una casa.

Hasta ahora he tenido suerte, porque no me han visto, o si me han visto han hecho de cuenta, por algún motivo, que no me vieron; lo cierto es que no me he encontrado

nunca frente a nadie, por más que más de una vez me ha parecido inevitable el encuentro. Trato de salir de allí adentro; veo, a través de una ventana abierta, la calle a un paso de donde estoy. Si me atreviera a salir por la ventana, sería muy sencillo; pero temo que al verme salir piensen que estoy entrando, o incluso, aunque adviertan que estoy saliendo, la forma de hacerlo, pienso, los llevaría a creer que del mismo modo he entrado, y solo alguien con torcidas intenciones puede colarse por una ventana; en cambio, pienso, si me encuentran adentro, aunque no les parezca agradable ni correcto, puedo al menos tratar de crearles una duda razonable acerca de mis intenciones, y seguramente mis palabras serán mejor aceptadas si las digo desde una posición que, aunque confusa, como en la que realmente me encuentro en esos casos, no tiene sin embargo el agravante de la culpa; tendría que explicar solamente por qué estoy metido en una casa ajena, y no explicar también por qué estoy saliendo, o entrando, como ellos podrían creer, por la ventana.

Lo cierto es que busco una salida, prescindiendo de la tentación de la calle tan próxima, y me voy adentrando sin querer, cada vez más; la casa se muestra más complicada, menos simple de lo que parecía vista desde la calle, con algunos corredores que tuercen y se enroscan, o con puertas que al abrirse hacia otras habitaciones me van alejando más de la salida, y me introducen en una profundidad no prevista. A veces oigo voces tras una puerta, y no quiero detenerme a escuchar el diálogo; solo quiero salir de allí; pero no puedo evitar recoger algunas palabras, que me dicen algo acerca de la gente que habita la casa, y me siento como un ladrón de intimidad, y más inseguro todavía que al principio, porque si esa gente se entera de que yo he recogido alguno de sus secretos, por más inocente que sea, será difícil

escapar de su reacción de furia; nada estaría más justificado que una agresión violenta en ese caso. Me apresuro, siempre en puntas de pie, siempre tratando de ser liviano como el aire, silencioso como el aire, si fuera posible, invisible como el aire, y las habitaciones y los corredores se multiplican, aparecen nuevas complicaciones, como escaleras que suben o que bajan, escaleras de muchos escalones, escaleras que no me dejan alternativa porque no hay otra abertura, y por donde vine ya sé que no hay salida; bajo por la escalera, o subo, y encuentro más habitaciones o, a veces, corredores ahora de aspecto oficial, como de una repartición pública, como de oficinas públicas, con ese algo entre majestuoso y grotesco de las construcciones oficiales o destinadas a finalidades oficiales, porque tienen cierto tipo de grandeza, cierto tipo de pintura descuidada, cierto tipo de deterioro, ciertas formas de fría neutralidad; allí me siento un poco más seguro, porque es más probable que yo tenga mayor derecho a encontrarme en un edificio público que en una casa privada, pero recuerdo que no he salido de la casa privada en la que entré, a menos que en ese barrio las casas estén de tal forma comunicadas que el interior de una abra al interior de otra, o acaso me he equivocado, cuando por descuido me encontré en el interior de la casa, al pensar que se trataba de una casa privada y no de un edificio público, y me llama la atención esa dificultad que encuentro en el barrio para diferenciar los lugares públicos de los privados.

Por lo general, encuentro la salida cuando ya es de noche, y en alguna pieza se oye el ronquido de alguien que duerme, y el silencio en la casa es tremendo, y estoy muy cansado, aunque ya me he habituado a moverme a toda velocidad sin perder el sigilo; ya me muevo sin dudar, como si el lugar me fuese conocido de muchos años, y sin embargo todo



es nuevo y extraño, pero me nuevo sin dificultad porque de tanto andar por lugares desconocidos me he acostumbrado a hacerlo con seguridad, aunque esté siempre atento, siempre temeroso de un encuentro indeseado. Cuando llego a la calle, casi siempre emergiendo de algún sótano, casi siempre es ya de noche, y la aventura me deja un raro sabor en la garganta, me deja un sentimiento muy complejo comprimido en el pecho y un raro sabor en la garganta, un sabor como de yodo o de algas marinas, pero más sutil, más impreciso.

25

### Montevideo, año 2000

En la calle, se acercan unos adolescentes de aspecto agresivo. Vienen pegando porquerías en los parabrisas de los coches estacionados. El más alto, un flaco con ojos vivarachos, sucio y despeinado, me señala con el dedo y pregunta:

—¿Uruguayo?

—¡Claro! —respondo de inmediato, extendiendo los brazos como me explicaron una vez que había que hacer para ser convincente—. ¡Uso yerba El Papagayo! —sonríe, tal vez en forma demasiado débil.

El joven estudia la sinceridad de la sonrisa mientras los otros, unos enanos de bigotes que lo secundan, me pegan autoadhesivos en la espalda. Ya al salir de casa me había encontrado con el vecino del mismo piso. Me saludó:

—¡Qué día para un Francisquito!

Por suerte, previendo que había de salir, fatalmente, a la calle, anoche me había quedado hasta tarde estudiando las tandas de la televisión.

—¡Fresquito, fresquito! —respondí, con una sonrisa, mientras me lo imaginaba cocinándose en una olla llena de agua hirviendo.

Ya me había tenido que mudar por haberme vuelto sospechoso en el edificio donde alquilaba antes; estaban a punto de denunciarme. Acá es igual, pero ya la dictadura es más desembozada que en el 96 y he aprendido a disimular.

El adolescente alto decide aceptar mi sonrisa y a una seña suya los otros dos abren la marcha, siempre pegando autoadhesivos en los parabrisas. Con todo, antes de llegar a la esquina oigo que me gritan:

—¡Qué jabón, eh!

—¡Jabón y medio, Pompititas! —respondo con energía. Doy vuelta a la esquina y me alejo a toda la velocidad de que mis piernas son capaces. «Tal vez hubiera debido tomar aquel ómnibus», me digo. Lo había esperado, y cuando llegó y se abrió la puerta me atacó la timidez, la dignidad, o algo así, y dejé pasar primero a una mujer embarazada y a dos o tres viejas.

—¿Adónde la llevo? —preguntó el chofer, medio canturreando con voz engolada.

Mientras se impulsaba hacia arriba, la embarazada respondió a viva voz:

—¡A Pastas PuroHuevo!

Imitó tan bien a la locutora de la televisión, que en el interior del ómnibus sonaron algunos aplausos. Detrás intentó subir una de las viejas. El chofer repitió la pregunta, pero la respuesta casi no se oyó. Se cerró bruscamente la puerta; la mujer cayó hacia atrás. Pude agarrarla a tiempo y sacarla del escalón; el ómnibus arrancó, y yo empecé a caminar en seguida, rápidamente, para no dar oportunidad de que se me introdujera en una conversación con la gente que no había podido subir. Por lo general, la gente comienza a murmurar y rezongar, y a veces eso genera una denuncia. Justamente, los titulares de un diario en el quiosco junto a la parada del ómnibus decían: «ATENTADO A LA LIBERTAD DE EXPRESIÓN», «La democracia liberal en peligro». O sea, nuevamente alguien que se había manifestado en contra del abuso en la publicidad.

O que simplemente había arrancado un autoadhesivo del coche, o de la ropa.

Volví a la calle principal; de todos modos, ya no había seguridad en ningún lado, y ningún lugar era mejor que otro; salvo que la calle principal tiene más altoparlantes que las otras, y después de unos minutos ya no se puede soportar la repetición de *slogans*, órdenes, amenazas y *jingles*.

Decido tomar un taxi. Es un lujo que no puedo permitirme a menudo, pero esta salida a pagar el alquiler es solo una vez al mes.

—¡Qué día para un Francisquito! —saluda el taxista.

Yo asiento alegremente:

—¡Fresquito, fresquito! —respondo. Luego digo una di-rección y el auto arranca. La publicidad fluye ininterrumpidamente de la radio. Apoyo la cabeza en el respaldo y cierro los ojos.

Quiero aflojar por un momento la tensión de estar buscando la palabra justa, no exacta pero justa, esa despiadada desviación casi diña profesional, si lo mío fuera una profesión; la palabra justa y la coherencia del discurso, un conjunto armonioso que el lector debe recibir sin darse cuenta del esfuerzo que lo sustenta. Estoy tratando de escribir mal, de permitirme incoherencias y faltas de ortografía, pero solo he conseguido torpezas de tipiado que me he apresurado a corregir, porque no es lo que pretendía.

No consigo ser incoherente, y este mal es mucho más grave de lo que se piensa.

\*\*\*

Me detengo de pronto en una calle arbolada, fresca, a contemplar el extraño espectáculo que dan los árboles. No sé si es en esa calle en especial, o si es así en todas las calles arboladas y yo no me doy cuenta porque voy pensando en otras cosas, pero ahora, en esta calle en particular, me llaman la atención los árboles por lo distinto de los otros que es cada uno, a pesar de ser todos de la misma especie. Los hay deformes, los hay que parecen enfermos, con hinchazones en las piernas o enormes barrigas; los hay inexplicablemente torcidos, los hay llenos de formaciones como forúnculos o tumores, los hay con caras terribles y, en definitiva,

no hay ningún árbol que sea el prototipo de árbol, ningún árbol del manual que enseñe cómo ser árbol.

Pienso con qué facilidad aceptamos a esos árboles, y con qué mayor facilidad todavía parecen aceptarse entre ellos. Con los seres humanos las cosas se dan de otro modo.

\*\*\*

Durante años, en la época en que escribía en las paredes y permitía que las visitas también escribieran, tuve anotada una frase que ahora me volvió de golpe a la memoria. La habíamos oído, si no recuerdo mal, en un boliche, con Ruben Kanalenstein. Decía:

«Nadie sabe el lugar donde están las cosas». \*

Nos había parecido cargada de sentido.

\*\*\*

Otra frase de la pared de mi casa,

«Zara shura muveni»,

la había encontrado yo en un libro; provenía de un dialecto indígena, y el autor del libro la explicaba como el producto de la gran admiración que ese pueblo profesaba por los extranjeros, los que para ellos eran como unos dioses que habrían de llevarles la prosperidad.

Yo creo que eso fue un cuento que los nativos le hicieron creer al autor, para salir del paso, cuando el autor averiguó que la frase significaba «solo la llegada de un extranjero podrá calmar mi enorme hambre».

\*\*\*

En el interior del ómnibus hay poca gente y un clima familiar, como suele darse en las líneas de recorridos largos —porque hay quienes viajan hasta los últimos tramos y esos se conocen, son vecinos, y aun el guarda termina saludándolos por su nombre y preguntándoles por la salud de los suyos.

En la calle se ve una fila impresionante de personas esperando el momento de entrar a una sala donde va a actuar un famoso cantante. El guarda y el conductor hacen algunos comentarios, lo mismo que un par de personas sentadas cerca del guarda. Por fin llega el comentario infaltable:

—La gente se queja de que no hay plata, pero habría que ver cuánto vale la entrada —dice el guarda.

Una de las mujeres responde de inmediato:

—Ah, no. Se paga con tarjeta —en el tono de quien dice: es gratis.

—¡Ah, se paga con tarjeta! —exclama el guarda, exactamente con la misma significación en el tono.

Y de inmediato todos pierden interés en el tema, y en todos los temas. El conductor enciende la radio, yo me voy a un asiento del fondo. Me pregunto por qué creará la gente que es gratis algo que termina pagando su costo inicial multiplicado por tres, cuatro, o quién sabe cuánto más.

\*\*\*

Tuve que escribir lo que antecede para darme cuenta, muchos días después de los sucesos, de por qué se piensa que la tarjeta “no se paga”, aunque mes tras mes se tenga la evidencia de que sí se paga, y mucho. La explicación que encontré me sorprende: se cree que la pobreza o la miseria son transitorias, que son de hoy, de esta semana, de

este mes. Es una pobreza no asumida, no creída, porque la idea es intolerable. No queremos saber que nunca vamos a alcanzar otra cosa. Pasamos las deudas al mes que viene, porque ahí, sí, vamos a andar bien. La vida no puede ser esto. Nuestra pobreza es un accidente momentáneo; no ha sido creada por la voracidad de unos enfermos; no es mantenida generación tras generación mediante pactos abominables. Hay justicia. Somos libres. La esclavitud ya fue.

Se habla con horror de los niños asesinos, como de una excrecencia maligna que le hubiera brotado recientemente a la humanidad. También se presenta a esos niños como habiendo perdido la inocencia que caracteriza a la infancia. Pienso que esa actitud es equivocada y que se corresponde con una falla de la memoria de sí mismo.

Cuando niño yo era perfectamente inocente, y en muchos aspectos lo sigo siendo, y sin embargo estaba repleto de impulsos asesinos, y los ejercitaba con insectos e incluso con algún animalito de mayor tamaño, aunque la mayoría de las veces sin éxito: pasé meses tirándoles piedras a los pájaros con una honda, aunque nunca le pude dar a ninguno. Si lo hubiera logrado y hubiera visto al pájaro muerto —como vi, después, infinidad, en las calles del Centro cuando fui un poco mayor— habría sentido una culpa tremenda. Porque uno no quiere eso. Uno, el asesino, no busca un cadáver lastimoso y sangrante. Uno quiere practicar su puntería en un tiro difícil, uno quiere vengarse de ese ser que vuela mejor que uno, uno quiere experimentar su poder. No piensa en resultados; obedece impulsos.

Ya he contado en otro lugar que a los tres años intenté matar a una recién nacida, con un diario enrollado, como probablemente había visto que hacía mi abuelo con las moscas. Si no hay algún adulto responsable cerca, se puede clavar un clavo en la cabeza de un bebé para ver qué pasa, sin por eso perder la inocencia. Pero los adultos responsa-

bles, hombres y mujeres, se dedican cada vez más al trabajo productivo y cada vez menos a los hijos; quienes perdieron la inocencia fueron ellos.

\*\*\*

Hace unos cuantos años salí una mañana temprano a caminar por la rambla. Probablemente no había madrugado; todavía estaría por acostarme. No recuerdo. Recuerdo, sí, que estaba muy preocupado, aunque no el motivo, y que llevaba puesto un sobretodo, y que era un día soleado.

En la rambla no había nadie a la vista, salvo tres chicos muy excitados que miraban el agua. Cuando pasé cerca de donde estaban, me llamaron.

—¡Señor, señor! ¡Venga! ¡Mire! —como seguí caminando, sin prestarles atención, uno vino corriendo y me agarró del brazo.

—¿Qué pasa?

—¡Venga a ver!

Fui a ver, algo que me lastima hasta el día de hoy. Un gatito, muy pequeño, nadando, ya casi exhausto, tratando infructuosamente de llegar a las rocas de la costa.

—¡Él lo tiró! —acusaron a coro dos de ellos al tercero, que tenía un aspecto entre compungido y cínico.

Eran chicos de la calle, desarrapados, sucios, groseros; ahora se les veía dignificados por la presencia de la Muerte. El asesino pugnaba por hacerse el hombre valiente, y quería adoptar una actitud desafiante y decir alguna grosería, pero no pudo. En cambio dijo:

—¿Qué podemos hacer para salvarlo?

El hijo de puta me cargaba con todo el peso de mi impotencia.

—Nada —dije, terminante. Evalué, en un segundo, mil acciones posibles, pero ninguna era realmente posible, y el gatito que remaba valerosamente ya estaba agotado, remando cada vez con mayor lentitud, cada vez más lejos de la orilla, hundándose—. No se puede hacer nada.

Los otros chicos, que seguramente compartían con el asesino la culpa de haberlo desafiado a que lo hiciera, tenían tan poco consuelo como él. Y como yo.

En ese momento yo los odiaba. Los habría tirado al agua a los tres. Me di vuelta y seguí mi camino, sin más palabras.

—¡Señor, señor! —vinieron corriendo detrás, después de haber deliberado unos instantes; los otros dos arrastraban al asesino—. ¿No es cierto que Dios lo va a castigar?

El asesino ya no tenía el menor rastro de cinismo y era todo compunción. Estaba evidentemente arrepentido. Mal que me pesara, merecía el perdón. Vacilé, porque sabía que al perdonarlo estaba asumiendo la culpa. ¿Y si el perdón lo llevaba a seguir matando?

Pero ellos también eran, son, víctimas. Miré un instante al cielo con los ojos cerrados, desde una oración sin palabras, y dije:

—No. Dios no lo va a castigar. Dios sabe que no lo va a hacer otra vez.

Hace algún tiempo, yo había escrito esto:

Dejan en casa un papel impreso del Sindicato Médico del Uruguay. Dice, entre otras cosas, textualmente incluso el subrayado:

«El cobrador estará de guardia con sus recibos en nuestras oficinas todos los viernes de 15:30 a 16:30, de ser feriado el primer día hábil siguiente».

Cuanto más trato de entender qué quiere decir, más confundido me siento. ¿Por qué de guardia los viernes solo si es feriado el primer día hábil siguiente? ¿El primer día hábil siguiente a qué? Y fuera como fuese, ya no serían todos los viernes sino algunos viernes, muy pocos, porque los feriados no son tantos. Si el primer día hábil siguiente es el primer día hábil después del viernes, o sea el lunes, en primer lugar, por qué no decir *lunes*, y en segundo lugar le di un vistazo al almanaque y los lunes feriados son tres o cuatro en el año, de modo que lo de «todos los viernes» se hace bastante remoto. Por último, no se ve qué relación puede tener un día hábil siguiente, feriado o no, con la guardia del cobrador los viernes de 15:30 a 16:30. ¿Y qué pasa con el cobrador cuando no está de guardia los viernes esos que no anteceden a un día hábil feriado?

hablar de «todos los viernes» cuando solamente se trata de tres viernes al año.

—¿Cómo tres viernes al año?

—Claro. Dice que el cobrador va a estar «todos los viernes» siempre que sea feriado el día hábil siguiente, o sea el lunes; como lunes feriados en el año hay tres...

—Pero no dice eso —dijo, mirándome con espanto, como cayendo súbitamente en la cuenta de que yo era un monstruo. Después pensó un instante, y me concedió—: Tal vez le falte una coma, pero se entiende igual. Dice que el cobrador va a estar todos los viernes, y que si el viernes es feriado, va a estar de guardia el día hábil siguiente.

Entonces entendí que debía leerse de este modo:

«El cobrador estará de guardia con sus recibos en nu-  
tras oficinas todos los viernes de 15:30 a 16:30, de ser feria-  
do [aquí vendría una coma] el primer día hábil siguiente».

Claro que yo lo habría redactado así:

«El cobrador estará de guardia con sus recibos en nu-  
tras oficinas todos los viernes de 15:30 a 16:30. De ser fe-  
riado un viernes, la guardia se trasladará al primer día hábil  
siguiente».

\*\*\*

Sí, mi mujer tiene razón. Como en esas figuras ambiguas, que muestran un jarrón pero en las que después de un rato uno puede ver una pareja besándose, tal vez después de un siglo yo hubiera llegado a entender lo que se quiso decir. Es que las mujeres son prácticas. A mí estas cosas ambiguas me

\*\*\*

Había escrito lo que antecede, decía, y no me conformaba porque me parecía muy embarullado, además de obvio. Entonces le quité todos mis comentarios y lo presenté como una simple irrupción exterior, dejando para el lector las complejidades y complicaciones. Pasó entonces a leerse así:

Dejan en casa un papel impreso del Sindicato Médico del Uruguay. Dice, entre otras cosas, textualmente incluso el subrayado:

«El cobrador estará de guardia con sus recibos en nu-  
tras oficinas todos los viernes de 15:30 a 16:30, de ser feria-  
do el primer día hábil siguiente».

\*\*\*

Ahora me parecía un tanto exiguo. De cualquier manera, busqué algunos otros textos breves y con apelaciones al ingenio del lector, y preparé esto que llaman una *columna*. Como hago a menudo, le pedí a mi mujer que me diera su opinión; ella es una lectora muy inteligente y con un agudo sentido crítico —siempre que el tema no sea otra mujer—, y por lo general todo lo que me dice resulta muy atendi-ble. Esta vez fue inusualmente dura. Le pareció muy floja toda la página, y esa versión depurada del comunicado del Sindicato Médico, sencillamente no la entendió.

—¿Para qué pusiste ese comunicado? —dijo—. No se comprende qué querés decir.

—Bueno... —traté de explicarle—. Fijate que es absurdo

paralizan y quedo dando vueltas en el mismo sitio. Ella, en cambio, debe de haber probado automáticamente y a gran velocidad todas las variantes lógicas posibles que ofrecía el mensaje, y se quedó con la que le pareció más útil y sensata. Lo que yo trataba de hacer, también inconscientemente, era comprender la estructura psíquica de la persona que redactó el comunicado, y no el comunicado en sí.

Me vendría bien, le vendría bien a mi magullado orgullo viril, enterarme de que ese comunicado lo redactó una mujer. «Entre ellas se entienden, por supuesto», pensaría yo, y —aunque sin mucha lógica— quedaría más conforme conmigo mismo.

\*\*\*

Tal vez no quedó claro que la línea que aparece antes de la firma es mi dirección en el correo electrónico, y que los lectores pueden escribirme cuando quieran, lo que quieran por este medio. Yo contestaría, en la medida de mis posibilidades, a todos. Tal vez sí quedó claro, pero no hay nadie que tenga interés en escribirme. O tal vez ninguno de mis lectores tiene acceso a un correo electrónico. O tal vez lo que llamo *mis lectores* no existe. Eso podría ser para mí un alivio, y aumentaría al infinito mi libertad para escribir lo que se me antoje \_\_\_\_\_ siempre que no se entere la dirección de la revista.

Es un poco tarde, a la noche. Después de mucho esperar apareció un ómnibus como por casualidad. Lo tomé. Iba casi vacío. Al subir, por poco me tumbó el olor de un desodorante barato que habían echado a baldes dentro del coche. Mala cosa; pero a esa hora no había mucho para elegir. Me senté en uno de los asientos que quedan por la mitad del ómnibus, sin preocuparme, como suelo hacer, de verificar que hubiera una puerta cercana para bajar (no había).

Ya había recorrido más de la mitad del trayecto hasta mi casa, cuando en una parada comienza a subir gente. Sube mucha gente. En su mayoría, mujeres. Noto que son mujeres feas, algunas sumamente robustas, casi cuadradas, muchas de cara achinada, con bigotitos sobre las comisuras de los labios. A pesar de todo, el conductor pone boleros en la radio, cantados por un español gomebundo que se suma al olor del desodorante (¿por qué llamarán *desodorante* a una cosa que apesta de tal forma?); pone boleros en la radio y echa a funcionar unas luces psicodélicas dentro del coche, cerca del techo, próximas a la puerta delantera. Son unos chorros largos de luz, fulminantes, de color rojo unos, violeta otros, que van girando y llegan con un fuerte impacto hasta la retina, tratando de desprenderla. Ya me estoy sintiendo realmente mal; quisiera ponerme a gemir como el español del bolero, pero me da vergüenza.



No me explico cómo se juntaron tantas mujeres feas en una esquina, a esa hora de la noche. ¿Algún baile de beneficencia? El guarda las azuzaba para que pasaran al fondo; mentalmente yo hacía lo mismo, porque me volví, presa del pánico, y vi que efectivamente no había puerta en la mitad del coche. La puerta del fondo era inalcanzable. Si existía una salida, era hacia adelante, y todo dependía de que el guarda pudiera comprimir bastante a esas mujeres contra el fondo.

El ómnibus arrancó y sentí cierto alivio; algún hueco se veía por donde pasar, aunque no sin esfuerzo. Pero en la parada siguiente, lo imposible: la escena se repite, ahora de un modo terrorífico. Suben mujeres y más mujeres, siempre del mismo tipo, y no dejan de subir; suben muchas más de las que había, que eran muchas. El ómnibus sigue detenido, porque ellas siguen subiendo.

Es una masa de carne compacta la que se aglutina en el fondo, y sin que nadie haya bajado del ómnibus en el que ya no cabía nadie, siguen subiendo mujeres por la puerta del frente. Me ataca el pánico. Me pica la espalda. Todas las ventanillas están cerradas porque hace frío, pero yo estoy sudando. Lo único que deseo es bajarme, pero el terror no me permite mover un músculo. Espero. Cuando el ómnibus vuelve a arrancar, hago cálculos acerca del tiempo que falta para la parada siguiente y del tiempo que puede tardar el guarda en acomodar contra las mujeres del fondo a las mujeres que subieron recién, y crear aunque sea un mínimo espacio entre aquella masa, por donde filtrarme hacia la puerta delantera. Los cálculos son pesimistas; el ómnibus, aunque enlentecido por el peso y un tanto tambaleante, va de todos modos más rápido que el guarda.

Por fin me parece ver un resquicio; me levanto del asiento. Con la nueva altura a que se encuentran mis ojos, los

impactos de las luces violetas son más eficaces, duelen más. Empiezo a luchar. Me siento como una trucha, o un salmón, no recuerdo cuáles son esos peces que van saltando contra la corriente. Pasar entre esas mujeres es como subir una cuesta muy empinada. El guarda me grita que «también» puedo descender por la puerta trasera. Me doy vuelta. La puerta trasera es tan lejana e inalcanzable como la mujer de mis sueños. La delantera está un poco más cerca, y en esta dirección las mujeres — que no son precisamente las de mis sueños — parecen un poco menos abigarradas. Sigo abriéndome camino.

Llego a un remanso, detrás del chofer, junto a un anciano bajo y regordete, de pelo blanco, que se aferra con dificultad a una barra que no es un pasamanos; la barra está más bien para sostener la mampara que hay detrás del chofer, pero él por su estatura tiene que conformarse con eso. Se ve que también está asustado — las mujeres grandes y feas, el desodorante, las luces, el cantante español — y se ve, por la manera de estirar el pescuezo para un lado y para otro, que solo piensa en bajar, aunque no sepa cómo hacer. De pronto advierto que el chofer nos está mirando por un sistema de espejos, y puedo verle la cara: tiene ojos brillantes y una barbita en punta. Sonríe malignamente. Eso hace que en un instante calcen todos los datos y se me arme el rompecabezas. Al fin, comprendo: es el Ómnibus al Infierno, y he llegado a él por causa de mis muchos pecados. El olor, la música, el chofer, las luces enfermas, las mujeres, la sensación de irrealidad, todo calza. Sin duda lo merezco.

Comprender, en cierto modo, es un alivio. Uno dice «el Infierno», y eso ya tiene un nombre; de ahora en adelante será cuestión de acostumbrarse. Lo terrible es no saber, es dudar incluso de los propios sentidos y de la propia razón.

Sencillamente, por ley de probabilidades, *era imposible* que todas esas mujeres se hubieran juntado en ese momento de modo casual. Pero también es un alivio pensar que todo podría haber sido peor; sea como fuere, por lo menos son mujeres. Siempre hay un Infierno peor que uno puede imaginar.

El anciano de pelo blanco no aguanta más: de pronto gira sobre sí mismo y se lanza contra la puerta delantera, abriendo con la cabeza un túnel entre varias mujeres apiñadas. Yo sé que es inútil, porque nadie escapa, pero de todos modos el instinto hace que me aproveche y me cuele por la brecha que va abriendo el anciano, hasta que una joven muy ancha y fornida me cierra el paso con toda determinación. Perdido por perdido, decido jugarme. «¿Bajás?», le pregunto, cortante y autoritario, casi en un grito. Me dice que no y meto zapatos y codos, siempre adelante, diciendo cortésmente «permiso» y «perdón». La puerta se abre. El anciano se arroja a la calle. Yo salto tras él.

Desde la calle, veo la cara del chofer que, antes de arrancar el ómnibus y cerrar la puerta, me saluda sonriente, como diciendo: «hasta pronto».

Cerca de casa hay un bar en mitad de cuadra, cuyo local, muy estrecho, siempre está lleno de parroquianos y es por lo tanto muy ruidoso; sea por el ruido o por la falta de espacio, a veces cuando alguien necesita hablar por teléfono el dueño se lo alcanza por la ventanita de un quiosco que pertenece al bar, y la persona habla desde la vereda, con el teléfono apoyado en una saliente de la ventanita.

Así, una tarde, un hombre de aspecto serio hablaba gravemente por teléfono, en la vereda, junto al bar, de espaldas a la calle. Y a unos tres pasos de él, cerca de la parada de ómnibus y junto al cordón de la vereda, había un hombre alto, con aspecto distendido, la mano derecha en el bolsillo del pantalón, que estallaba en sonoras carcajadas mientras sostenía un teléfono celular junto a la oreja izquierda y miraba hacia un hipotético ómnibus que debía llegar desde la misma dirección que yo traía.

Los vi y, claro, la Voz Interior me dijo: «Están hablando entre ellos. El serio le cuenta chistes al flaco». La escena duró apenas el tiempo necesario para que yo la viera y la disfrutara. El del teléfono celular dejó de reír y subió, efectivamente, a un ómnibus. El otro seguía hablando, muy serio, mientras yo continuaba mi camino con un sentimiento de gratitud hacia esa buena gente que hace payasadas para divertirme.

\*\*\*

Enorme letrero frontal de un bar en Rosario, Santa Fe, hace unos cuantos años:

*«Abierto las 24 horas desde las 8 de la mañana».*

\*\*\*

Estoy sentado en un murito, esperando. En la vereda de enfrente hay un cartel muy bien hecho que dice: «SOLUCIONES». Habitualmente, no me interesan los carteles, no les encuentro mayores atractivos; sin embargo, vuelvo una y otra vez a este, aunque podría mirar, y de hecho miro, en otras direcciones.

Por fin me doy cuenta de que algo en mí se divierte con algo en el cartel, y vuelvo a mirarlo, ahora con otro espíritu, más inquisitivo. Bastaba con leerlo al revés.

\*\*\*

Sí, a veces doy vuelta las palabras con resultados sorprendentes, pero nunca tan sorprendentes como el caso que me relató mi amigo Jaime hace unos cuantos años: su descubrimiento súbito, en el espejo del baño en un bar, del significado oculto de la célebre marca de aparatos sanitarios ZENIT RAM. Cuando yo me fui a vivir a Buenos Aires, todavía esta marca señoreaba en los baños de los bares.

Fue tal vez a partir de esta anécdota que, al mudarnos al apartamento que ocupamos actualmente en Montevideo, di vuelta de inmediato la marca de los artefactos de los baños: SANITUR, y pensé: «Qué raro, una marca creada invirtiendo RUTINAS». Claro, no estaba mal, porque el uso de los artefactos sanitarios conforma una rutina, pero me parecía poco comer-

cial, muy traído de los pelos. Si la intención era esa, deberían haberle puesto RUTINAS directamente. ¿Para qué darlo vuelta?

Pero con esa idea me quedé, durante todo este tiempo. Fue recién hace unos días que caí en la cuenta de que probablemente los fabricantes no hayan pensado jamás en la palabra *rutinas*; seguramente han sintetizado dos palabras: Sanitaria Uruguaya —pero eso era tan simple que me llevó un año y medio descubrirlo.

\*\*\*

En Buenos Aires.

Sonó el timbre de la puerta del apartamento; no el del portero eléctrico, sino el de la puerta del apartamento, algo poco frecuente porque en aquel edificio muy próximo al Congreso había una gran preocupación por la seguridad. Casi siempre que sonaba el timbre del apartamento se trataba del portero humano que venía a alcanzar alguna carta o algún recibo o algún aviso. Fui a abrir con despreocupación, y me sorprendió encontrar a un individuo completamente desconocido. Me sorprendió mucho más la pregunta que me hizo:

—¿Usted puede creer que yo sea un enviado de Dios?

Me tomé unos cuantos segundos para estudiarlo de la cabeza a los pies. Era un individuo correctamente vestido, un tanto esmirriado, más bien joven, y no tenía la apariencia que uno espera encontrar en un loco. Aguardaba mi respuesta aparentando firmeza y seguridad, como si tuviera los talones bien afirmados contra el piso, pero advertí que en su mirada la ansiedad trataba de parecer indiferencia.

Moví la cabeza.

—No —dije, y cerré la puerta.

Busco durante toda una mañana en los avisos económicos del diario; la tarea me resulta más agobiante que trasladar bolsas de cemento. Es un lenguaje críptico, casi imposible de descifrar y, al mismo tiempo, lo poco que se puede entender va trazando un panorama demasiado tétrico del mundo, y de mí mismo, como para que yo pueda soportarlo sin violencia. Algo me va royendo por dentro y siento sus efectos bajo la forma de dolores musculares en la espalda, los hombros, la nuca y todo el aparato psíquico. Me va dominando una profunda depresión. Advierto, no por primera vez, que vivo en un mundo distinto del que vive la mayoría de la gente, y eso lo siento como una insuperable inferioridad y, en cualquier caso, como algo que preferiría ignorar, u olvidar.

Por fin, después de repasar y repasar los avisos, señalo con tinta uno, el único que podía comprender e intentar responder; solicitaban a una persona de más o menos mi edad, sin ninguna especificación de especialidad. Había que presentarse y ver.

Por la tarde me visto con traje y corbata, artículos que uso en ocasiones muy especiales. El lugar no quedaba lejos de casa, algo céntrico, posiblemente, si no recuerdo mal en la calle Yaguarón, entre Colonia y Mercedes, o quizás Uruguay. Esperaba encontrar una casa de comercio abierta al público, o al menos algún cartel, y probablemente una

larga fila de postulantes. En la dirección indicada no había nada especial, ni nadie; solo un portal desierto. Altas puertas de madera polvorienta, bien construidas pero mal cuidadas. Una puerta estaba cerrada, la otra abierta. Adentro, tras un breve descanso, comenzaba una escalera empujada hacia el primer piso.

Sigo andando, sin detenerme. Siento la columna vertebral rígida y dolorida, y un espanto que me corroe el alma. Yo no puedo entrar ahí; algo me lo impide. No puedo hacer eso, no debo hacerlo; lo prohíbe algún principio secreto y definitivo. Voy hasta la esquina, después doy vuelta y dirijo nuevamente mis pasos hasta el portal. Debo hacerlo, me digo, debo intentarlo, debo al menos averiguar de qué se trata.

Al llegar al portal no me detengo. La misma fuerza secreta, el principio inaccesible, me guía sin vacilar: no te detengas, no debes hacerlo. Es más fuerte que yo. Y entonces, desde el fondo del alma, me llega mi propia voz diciendo que tiene razón, que eso tiene razón, que no debo entrar allí, que no estoy diseñado para esas cosas, que debo tratar de cumplir con mi destino y dejarme de fantasear con la normalidad.

Aliviado, pero agotado, comienzo el lento retorno a casa. Me quito la corbata por el camino. No varío el paso, pero en la imaginación siento que voy corriendo y saltando por la calle. Dios me va a ayudar, Dios no va a permitir que me quede sin techo ni que pase hambre. Perdón, Dios mío, por haber perdido la fe, en un raptó de locura. Ya no intentaré rehuir de mi deber. Ya no seguiré buscando empleo. Ya no pensaré en dejar de escribir.

\*\*\*

Cerca de la esquina, el hombre se retorció como presa de un ataque. Doblaba el cuerpo como si se fuera a caer, y elevaba el brazo izquierdo doblado, con la mano crispada en forma de garra, como pidiendo ayuda de modo desesperado. De vez en cuando profería un grito ronco. No había mucha gente en la calle, pero los pocos que pasaban cerca de él lo hacían con indiferencia.

Cuando llegué a unos pasos de él pude oír que sus gritos formaban palabras; estaba reprochándole algo a un tal José. Después vi el teléfono celular, apretado con una mano contra el oído izquierdo.

Al parecer, José había metido la pata muy seriamente; cuando me hube alejado más de media cuadra, todavía podía oír los bramidos de aquel hombre.

A veces me pregunto si lo que escribo resultará interesante para algún lector. Después advierto que no sé qué quiere decir la palabra *interesante*. De alguna manera me doy cuenta de que es lo contrario de *aburrido*, pero tampoco tengo claro el sentido del aburrimento.

Recuerdo algo que me explicaron hace tiempo y voy al diccionario, y refresco la noticia de que aburrirse tiene que ver con la historia personal de cada uno, ya que su origen es la expresión latina *ab horrere*, o tener horror. *Aborrerer* tiene el mismo origen. *Aborrezco* lo que me horroriza, y *aburrirme* es otra manera de percibir lo que horroriza. Claro que hay un *me* que hace más interesante la expresión: *me aburro* equivale a *me provoco horror a mí mismo*, o *me aborrezco* —que viene a ser la misma cosa. Los que se aburren, entonces, buscan matar el tiempo (que es una manera de matarse, ya que el tiempo no se puede matar) para no sentir ese horror hacia sí mismos, y de allí provienen las diversiones. *Divertir* es, entre otras cosas, una estrategia de guerra que consiste en llamar la atención hacia un lugar distante del objetivo, para que el enemigo no se percate del objetivo verdadero.

Aburrimento y diversión se relacionan con el odio y con la guerra que cada uno tiene consigo mismo, y no con mi pobre literatura; esto me deja más tranquilo. Pero sigo pensando en la palabra *interesante*. Una de las acepciones

de *interesar* es *afectar*, en el sentido que dan los médicos al término, y que es más o menos el mismo de los partes policiales: las puñaladas interesaron tal o cual región intercostal de la víctima. Aquello que nos interesa, nos afecta para bien o para mal.

*Interesarse* es entonces dejarse afectar, y en general interesa lo llamativo, lo espectacular, lo inusual, es decir, aquello que se impone, que llama la atención hacia sí de un modo contundente. A mí más bien esas cosas me molestan, y trato de dejarme afectar por otras más sencillas y próximas. Hasta que me doy cuenta de que no existen cosas sencillas, y no existen cosas próximas. Existen, sí, cosas humildes que no llaman la atención hacia ellas en forma contundente, pero doy fe de que pueden llegar a ser tan interesantes, es decir, pueden llegar a afectar tanto como las otras, o incluso más.

Como me decía un amigo hace poco, *TODO* es interesante. Absolutamente todo: cada objeto, cada lapso, cada sentimiento, cada idea. Cada fragmento de objeto, cada instante. Lo que se agota es nuestra capacidad de dejarnos afectar, es decir, nuestra capacidad de investigar las novedades que continuamente se producen en el objeto, es decir, nuestra capacidad de relacionarnos con el objeto. De ahí, tal vez, el horror.

\*\*\*

—Dicen —decía el hombre del bar— que la gente viaja menos en ómnibus porque no tiene plata. Yo digo que viaja menos en ómnibus porque está harta de la basura que te hacen escuchar los choferes, y sobre todo de escuchar las tandas de avisos. La gente viaja menos en ómnibus porque

va a pie, o toma un taxi. Las razones para que sucedan o no sucedan las cosas no siempre son económicas, como dicen los políticos. La gente también tiene sentimientos. No somos simplemente carne con ojos.

Revolvió en silencio, una vez más, ese café que ya debía de estar frío en el pocillo. El hombre tiene una voz grave, casi diría ronca, una voz que desartollaban, antes, los viejos caudillos de los partidos políticos.

—El otro día —siguió hablando, sin que uno pueda nunca saber a ciencia cierta a quién le habla— fui a comprar jamón a la panadería. A veces tienen el mejor jamón que se puede conseguir en esta ciudad. Cuando me acerco a la caja a pagar está la dueña hablando a los gritos con una clientela, no porque se estén peleando sino porque ahí también, lo que era una suave música de fondo se convirtió en una tortura para el cerebro. «Dejé de comprar en los supermercados», le digo a la dueña, «porque me atacan los nervios con esos parlantes a todo volumen; y ahora tampoco le voy a poder comprar a usted». «Ah», dice la dueña, «no le gusta la música». «Cómo», digo yo, «cómo no me va a gustar la música, señora», y entro a explicarle mi devoción por la música, desde Canaro a Madonna, pasando por Schubert y por Frescobaldi.

»Y aunque no se pueda creer —prosiguió el hombre del bar, después de torcer el gesto tras probar un sorbo de café—, la señora estiró el brazo y alcanzó una perillita negra y el sonido desapareció. «Cuando lo vea venir», me dice, «voy a bajar el volumen, porque no quiero perderlo de cliente. ¿Le parece que en los supermercados van a hacer lo mismo?» Le reconocí que no. Y, ¿vos sabés?: la señora cumple religiosamente su palabra; me ve llegar y manotea en seguida la perilla de la radio.

No sé cómo estaría planteado el discurso antes de que yo llegara, pero al parecer el hombre del bar volvió al principio del tema para redondearlo:

—Ya ves, entonces, que hay esperanzas; todavía hay esperanzas —dijo, y ya no siguió hablando.

Me bajé del ómnibus, y la vi. Era la mujer de mis sueños.

«Verde que te quiero verde; verde viento, verdes ramas...»<sup>1</sup>

No sé por qué los ojos claros se asociarán con los sueños; esos ojos eran claros, muy claros, de un verde submarino, y ella tenía una pereza sonámbula, de gato.

Yo tenía en la mano un sobre; iba al Correo, creo que por última vez, a despachar una carta. Ella cruzaba 18 de Julio, también como en dirección al Correo, y estaba acompañada por una mujer mayor, bastante mayor; pensé que esa mujer sería la abuela, pero más parecía una tía, o una criada. La muchacha de mis sueños la iba rezongando, con una voz acorde con la pereza sonámbula que mostraban los ojos y todos sus movimientos: ese momento tan fugaz de la pereza al despertarse, cuando todavía no llegó la consciencia del día a encarar, y los ensueños placenteros se prolongan en un comienzo de vigilia que los recuerda o que quiere recrearlos, o asirlos, no dejarlos escapar. La voz era profunda, ronca, tal como lo hacían sospechar los ojos entornados.

No sé cómo fue que se organizaron los movimientos de

<sup>1</sup> Todos los versos citados aquí pertenecen a «Romance sonámbulo», del *Romancero gitano* de Federico García Lorca.

cada uno, pero yo me encontré cruzando la avenida apresuradamente, porque estaba por cambiar la luz, y deteniéndome luego, a salvo, junto al semáforo, para esperarla. No abrigaba ninguna ilusión e imagino que tampoco ningún deseo, porque la mujer de mis sueños está más allá del erotismo, incluso más allá del amor y, vamos a no engañarnos, qué ilusión puede abrigar un viejo ante una niña como aquella.

«El largo viento dejaba  
en la boca un raro gusto  
de hiel, de menta y de albahaca...»

Y además es ley que la mujer de mis sueños deba perderse, para alimentar mis sueños. Pero yo quería seguir mirándola un poco más, y la esperé junto al semáforo, mientras ella cruzaba perezosamente la calle con su acompañante; ni siquiera un ómnibus, de esos todopoderosos señores de la avenida, sería capaz de atropellar a un sueño; de todos modos, a ella esa eventualidad parecía tenerla completamente sin cuidado.

Quisiera creer que me vio, que me comprendió, que quiso corresponder a mi humilde y callada adoración —pero seguramente no fue así. Probablemente no me haya visto, y si me vio no reparó en mí, y si reparó no pensó jamás en corresponder a nada; pero, en estos casos, no hay que dar nada por seguro. Tal vez era una diosa que bajó a la Tierra especialmente para ese momento, porque los dioses me quieren y yo necesitaba ese estímulo —pero esto es todavía mucho más difícil de probar.

El hecho es que se detuvo, sí, se detuvo un instante, en medio de la calle, aun con la amenaza de los ómnibus, y se

llevó una mano a la nuca, y soltó un broche, permitiendo que se expandiera y cayera y ondulara una cascada interminable de pelo completa y absolutamente negro. Glorioso espectáculo para un solo espectador consciente: yo.

El pelo negro y la mirada verde provocaban cortocircuitos en cada una de mis sinapsis, el pelo negro, la mirada verde, los movimientos felinos, perezosos, en medio de la calle, y ese sentimiento estupefacto de que el espectáculo había sido programado exclusivamente para mí.

«¿Pero quién vendrá? ¿Y por dónde? Ella sigue en su baranda.

*Verde carne, pelo verde, soñando en la mar amarga».*

No continuó en la dirección del Correo, sino que ambas, ella y escolta, doblaron y siguieron por 18, hacia Yaguatón. Yo sí fui al Correo, pero un rato más tarde. En ese momento me quedé allí, junto al semáforo, viendo cómo la mujer de mis sueños se perdía entre la gente. Y se perdió casi en seguida, porque la gente era mucha.



Cambió la luz en el semáforo; el auto siguió su camino.

\*\*\*

La tarde se había vuelto gris y fresca. Yo tuve una inspiración y propuse cerrar el negocio y salir a dar una vuelta; más concretamente, una vuelta por el Cementerio. No era un paseo frecuente, pero mi amigo aceptó, aburrido él también de esperar que entrara alguien al negocio. Pasamos primero por mi casa y le presté un pulóver, porque había refrescado bastante más de lo previsible en esos comienzos del otoño; yo no sumé ningún pulóver pero luego, en la calle, tuve que levantarme las solapas del saco. En el cementerio me sentí más protegido porque las altas paredes atajaban el viento.

Había pocos visitantes. Pudimos andar apaciblemente por los caminitos y recorrer con cierta melancolía, subrayada por el color del cielo, esa especie de pequeña ciudad con habitantes ocultos y quietos. Cuando mi amigo se fue quedando ensimismado, me pareció natural que respondiera desganada o tardíamente a mi conversación y respeté esa necesidad de silencio.

De pronto me sorprendí pensando uno de esos pensamientos casi inconscientes, casi parásitos, casi subliminales, que a uno le llegan pocas veces claramente a la consciencia; son pensamientos secundarios, por lo general disparatados, ingenuos y en cierta manera vergonzantes: me sorprendí preguntándome si a los muertos los conservarían en natalina. Ahora me recuerdo descartando esa inquietud rápidamente. Ahora me acuerdo descartando esa inquietud rápidamente, como de un manotazo, y seguramente me habría olvidado por completo del asunto, si un rato más tarde no hubiera aparecido una razón para fijarlo en la memoria.

Mario Levrero

125

En una esquina hay un hombre respirando, entre apoyado y sentado en uno de esos muros bajos que a veces anteceden a las vidrieras de los comercios. Tras él, se ve una cortina metálica baja. Es sábado, o domingo. Yo miro desde un auto que llegó a la esquina y fue detenido por un semáforo en rojo. Es una tarde gris, y pocas cosas me provocan mayor tristeza que las cortinas metálicas bajas, cuando son antiguas y están muy sucias, en una tarde gris. Debía de ser domingo; solo los domingos producen tal sentimiento de desolación en una ciudad.

El hombre estaba totalmente concentrado en respirar, como en un ataque moderado de asma, pero seguramente no era asma, sino cáncer, o alguna otra enfermedad mortal. Estaba muy demacrado; unas ojeras oscuras le rodeaban los ojos casi por completo. Buscaba el aire con la boca entreabierta y lo forzaba a entrar hasta el fondo de los pulmones, dilatando la parte inferior del pecho. Se le notaban las costillas, aunque tenía la camisa puesta. Respiraba y miraba, pero no era mucha la atención que le prestaba a lo que veía; todos sus sentidos parecían concentrados en el esfuerzo para hacer entrar el aire, y en la apreciación del aire que entraba y salía. Ya no le quedaba otra cosa que hacer; solo tratar de seguir respirando, y él lo sabía, y lo aceptaba, y aun lo disfrutaba, mientras muchos otros respirábamos sin darnos cuenta y no sabíamos qué hacer para entretenernos en esa tarde de domingo.

124

Irrupciones

Fue en el camino de vuelta al trabajo. Mi amigo salió abruptamente, de un modo, casi diría, desesperado, de aquel silencio que yo había atribuido a la todopoderosa presencia de la muerte. Con un tono ingenuo, casi perplejo, que no llegó nunca a parecer tan humorístico como él habría deseado, sino genuinamente infantil, se aclaró la garganta y dijo:

—A los muertos —fue lo que dijo—, ¿los conservan en naftalina?

Dudé unos momentos, porque mi mente había quedado paralizada, estupefacta; después noté que se recuperaba y empezaba a trabajar, primero con lentitud, luego más rápidamente, en una serie de cálculos, formulando y descartando hipótesis a un ritmo cada vez más vertiginoso hasta que al fin solté una carcajada.

—No —respondí—. El olor a naftalina viene del pulóver que tenés puesto.

El pulóver que yo le había prestado.

La sala de teatro es subterránea. Yo he dejado un sobre todo marrón y un pañuelo blanco sobre la butaca que me corresponde pero, cuando vuelvo, vacilo en reconocerlos; temo que otra persona pueda decir que le pertenecen, y que esa otra persona tenga razón, porque siempre he sido distraído en cuestión de vestimentas y en algunas otras cuestiones prácticas. Pero no veo a nadie que enfle hacia el lugar donde me encuentro, y decido sentarme.

La función comienza de inmediato. Al levantarse el telón se oye música y aparecen unos actores que cantan. Yo me acomodo mejor, pero el resto del público, en su mayoría, comienza a reírse despreciativamente; hay quienes gritan algunas palabras, y casi todos se levantan y se van. Quedamos pocos espectadores; yo no entiendo qué es lo que está sucediendo y siento una cierta solidaridad con los actores, y aunque no hay en el teatro nada que me resulte especialmente atractivo, resuelvo quedarme, como para acompañarlos. Sin embargo, el escenario pronto queda vacío.

Hay algo en ese escenario, tal vez a causa de la iluminación; algo que, en medio del silencio y de la soledad de la sala, comienza a sugerirme un clima de novela policial o, más exactamente, de misterio. Me siento inbuído de ese espíritu aventurero de las novelas y decido subir al escenario por una escalerita lateral. Mis pasos resuenan al moverme sobre las tablas.

Voy derecho a un armario y allí encuentro lo que necesitaba: un disfraz. Me lo pongo rápidamente, sin poder llegar a saber con certeza si es un disfraz de perro, o de lobo, o de algún animal de tamaño parecido. Puesto el disfraz, comienzo a andar en cuatro patas, con la disposición mental propia de un detective que busca pistas. Atravieso algunas habitaciones vacías. En una de ellas, levanto una colilla de cigarrillo con la pata derecha y la examino detenidamente, acercándola al ojo miope; luego la arrojo otra vez al piso, y me pongo a espiar por el ojo de una cerradura. Se trata de una habitación pequeña. En su interior hay una señora que lava ropa en una pileta.

Sigo recorriendo toda la casa y cuando paso nuevamente por aquella habitación vuelvo a mirar por el ojo de la cerradura; veo que la mujer ya se ha ido. Entonces abro la puerta y entro a esa habitación, y allí otra puerta me permite pasar al exterior. Me encuentro en un jardín, o un trozo de campo. Hay una mesa puesta a la sombra de un árbol frondoso. Me ubico a un costado del árbol como para quedar oculto de las miradas de quienes puedan mirar desde la casa, y me quito el disfraz y lo escondo entre unos matorrales. Me alegro de volver a andar erguido.

Cerca de allí hay un bosque que me recuerda los cuentos infantiles; es un bosque como el de Hansel y Gretel, o como los bosques de Walt Disney. Y, efectivamente, veo pasar entre unos árboles al Pato Donald seguido de sus sobrinos. Me miro las manos y me doy cuenta de que soy el Ratón Mickey; es como si saliera de un prolongado estado de amnesia, y me alegro de haber tomado consciencia de mi identidad. Entonces avanzo hacia un edificio, con la idea de que estoy cumpliendo una misión muy importante; en ese lugar, lo sé, hay cantidad de documentos relativos a ciertos secretos de Estado.

Ya en el interior del edificio, intento subir por una amplia escalera de mármol, pero apenas avanzo unos metros soy detenido por un hombre, mientras a mis espaldas se aglomera una gran cantidad de gente, junto a la puerta de entrada. Hay un clima de intensa sospecha hacia mí, tanto de parte de ese hombre como de la gente que me corta el camino hacia la salida. Vivo momentos de gran confusión, porque no debo revelar mi condición de agente secreto y al mismo tiempo necesito explicar mi presencia en ese lugar. El hombre de la escalera me mira en forma amenazadora, y parece que va a hacer algo que sin duda no me va a gustar. Afortunadamente, alguien me alcanza un raro instrumento, una especie de acordeón, o de bandoneón. Lo tomo en mis manos y de inmediato comienzo a tocar una melodía, que resulta ser simple pero muy profunda, muy sentida. Temo que descubran que no soy músico, pero las notas se van encadenando como por sí solas unas con otras y la melodía se va resolviendo sin ninguna falla. El público aplaude, conmovido, e incluso el hombre que no me dejaba pasar me tiende la mano y me felicita. Por suerte, esta vez todo se resolvió sin mayores contratiempos.

—... y el profesor viene atrás, a toda velocidad, tirando los huevos para arriba...

Claro, nunca sabré de qué se trata. Es una imagen imposible de organizar en mi mente, y al mismo tiempo es graciosa; o me parece graciosa tal vez porque mientras hablaba el gordito me miró, al cruzarnos, con un aire de picardía o de una cierta complicidad —ese aire del artista que trata de calibrar a su público.

Recuerdo una escena de hace muchos años: estoy ante una enorme milanesa, quitándole nerviosa pero prolijamente la cáscara que tiene pan rallado (no podía comer carbohidratos porque estaba haciendo la dieta del Dr. Atkins). Entran dos hombres al bar y buscan una mesa. Tienen el aspecto de dos que se reúnen para hablar de negocios. Al sentarse, no lejos de donde yo me encuentro, veo que ambos miran fascinados la operación, bastante avanzada, de descascaramiento de la milanesa. Uno de ellos, que ahora recuerdo como gordito y de bigotes, se deja caer en la silla y le hace al otro una observación en voz bastante audible:

—Creía haberlo visto todo —dice, y se acomoda en la silla.

El otro sonríe, y luego me mira brevemente, para ver si capto la sutil ironía.

Hay otra pareja similar, pero con signo negativo. Son ambos bastante mayores, hombre y mujer, y hace unos cuantos años lograron que yo desistiera de ir al cine. Estaban en todas las funciones, en cualquier cine y a cualquier hora que fuera, y siempre se sentaban cerca, por lo general en la fila inmediatamente detrás de la mía. Sin verlos se sabía igual de su presencia en la sala por una serie característica de sonidos: papel celofán de los caramelos, masticación de alimentos crocantes, tos y, sobre todo, voces. La mujer no

Hay una pareja de cómicos que existe desde hace muchos años, quizás desde siempre, y desde siempre me los encuentro en el camino —aunque es cierto que hasta ahora nunca me había puesto a pensar deliberadamente en ellos, y los aceptaba como a uno de los tantos dones de la Naturaleza.

Por más que presenten variantes, estos cómicos siempre son esencialmente los mismos, como en la proyección de una película. No envejecen con el paso del tiempo, y si bien a veces las caras parecen distintas, los roles son siempre fijos: uno es el que escucha al otro, o le da el pie al otro con alguna pregunta para que el otro haga el chiste. No sé por qué se me cruzan siempre, pero es así, y me alegro de que sea así; cuando pasa mucho tiempo sin que aparezcan, no solo comienzo a extrañarlos, sino que me da por pensar si no habré ofendido inadvertidamente a los dioses.

Vienen, por ejemplo, dos hombres caminando hacia donde yo estoy. Conversan animadamente. Pasan a mi lado y siguen de largo, así que de la conversación puedo oír solo un fragmento muy pequeño. Los hombres son más bien jóvenes y están trajeados como oficinistas o vendedores a domicilio. Llevan portafolios. El que habla —gordito, de bigotes— usa un tono didáctico y vivaracho mientras se apoya en gestos y ademanes contundentes, como si le estuviera explicando al otro el funcionamiento de algo que, para él, fuera muy importante. Dice:

entendía y le preguntaba al hombre, casi en un susurro; el hombre le explicaba con todo detalle lo que él había entendido, con una voz ligeramente gangosa, de volumen apropiado para los oídos un poco sordos de la mujer. La explicación por lo general era errónea, porque él tampoco había entendido, o en todo caso daba cuenta de los hechos de un modo tal que le quitaba todo vuelo o toda poesía a lo que estábamos viendo.

—Él es el hermano. Fue el que se asustó cuando mataron al sereno, pero ahora está arrepentido y volvió para buscar a la muchacha —decía él, por ejemplo.

Pero ella no quedaba conforme:

—¿Y quién es, entonces, el que había saltado por la ventana? —preguntaba.

Y así seguían, entre ruido de papeles de celofán arrugados. La furia creciente llegaba a un punto tal que yo agotaba los chistidos y, a pesar de mi timidez, me daba vuelta y los miraba fijamente durante un lapso considerable. Ellos se ponían duros, miraban la pantalla haciéndose los desentendidos y quedaban callados por un rato. Pero no por mucho rato.

Y si al terminar la película yo salía corriendo de ese cine y me metía en otro, cosa que en cierta época era capaz de hacer, podía tener la seguridad de que en ese otro cine ya estaban aquellos dos esperándome, con una nueva bolsa de caramelos y un nuevo paquete de maníes.

Nunca conseguí entender, en un sentido general, los prosósitos de las fuerzas que manejan los asuntos del Universo; y menos aun consigo entenderlos en el sentido particular de estas parejas que me hacen llegar, de tanto en tanto, para alegrarme el día o arruinármelo. En el segundo caso, era una cuestión que solo tenía relación con el cine, porque cuando dejé de ir al cine los dos idiotas desaparecieron de mi vida —quiero creer que para siempre. Me quedó el re-

flejo condicionado, ese temor absurdo que me acomete aun en mi casa, cuando me siento a mirar una película en video. Algo en mí está alerta, a la espera del crujido del celofán, o de la voz inconfundible del hombre, diciendo por ejemplo: «Esta ya la vimos; acordate de que al final ella se va con el marido», o «Adentro del paquete está la cabeza de la muchacha».

espantado en todas direcciones y no encuentro a nadie que esté viviendo el mismo espanto, y esto hace que mi espanto se multiplique.

(En tiempos de dictadura, había en las calles miradas cómplices, miradas de entendimiento. Si había un desfile militar —y los había a menudo— uno tenía que marchar por la vereda, tratando de cambiar el paso para no obedecer el ritmo del tambor, pero mirando al frente, la cara seria, sin gestos que pudieran ser interpretados. En esos momentos, nunca faltaba una mirada cómplice, una semisonrisa, una mueca con el costado de la boca. Eso aliviaba el bochorno, porque era compartido, y abría esperanzas. Ahora, nada. En el ómnibus nadie protesta, ni hay miradas cómplices entre los que no nos atrevemos a enfrentar al guarda. Nadie advierte que esté pasando algo terrible, o nadie lo dice. Cuando yo lo digo, no me entienden, y cuando me entienden piensan que estoy loco. Como ellos son más, deben de estar en lo cierto.)

\*\*\*

Hay una novela espléndida, que en español se titula *Soy leyenda*. Si no recuerdo mal, su autor es Richard Matheson. Se trata de un pueblo donde, a causa de una infección, todos se transforman en vampiros, menos el protagonista. Y los vampiros vienen a buscarlo, noche a noche, para que se deje morder y se contagie, y se una alegremente a ellos. Ahora me pregunto: yo, ¿soy leyenda?

Lo sé, ya lo he dicho, que a todo hombre le llega el momento de reconocerse viejo, de reconocer que ya no tiene nuevas oportunidades en el mundo; que ya ha dejado de entender y de compartir el tiempo presente, y se está

No puedo creer que una sociedad entera se entregue así, se deje destruir así, de un momento a otro, sin ofrecer resistencia. Tal vez la gente no se ha dado cuenta del peligro, aunque tendría que darse cuenta de lo que hay en su mente; y lo que hay en su mente es ruido, es música machacona y trivial, es la musiquita de los avisos.

«Es probable que se hayan ido acostumbrando de a poco, en sus casas, con la televisión y con la radio», pienso. Yo nunca pude tolerar la publicidad, y si escucho la radio tengo siempre a mano las perillas para cambiar de estación o para apagarla cuando vienen las tandas.

Tal vez crean que la publicidad es inofensiva; tal vez ignoren que detrás de cada aviso hay minuciosos estudios, que por supuesto incluyen prioritariamente la psicología, todos tendientes a dominar la voluntad. Tal vez crean que eso no es posible, o que ellos son más fuertes, o que las técnicas psicológicas son creencias sin fundamento.

Lo cierto es que en poco tiempo, en pocos meses, hubo una escalada de la publicidad en los lugares públicos. Me refiero a la publicidad sonora, que invade sin remedio la mente, y para la cual no hay defensas. Está presente en los medios de transporte, incluyendo los taxis, en los supermercados, en los *shopping centers*, en los comercios de todo tipo, en las propias calles, y se me hace difícil creer en esto que estoy viviendo, en una situación de tal violencia. Miro

remontando sin prisa y sin pausa cada vez más hacia el pasado, que forzosamente le parecerá mejor porque en ese pasado él se sentía mejor. Siempre llega un momento —como le pasó a mi abuelo cuando las cajas de fósforos dejaron de venir con aquella gomita roja, en tiempos de guerra— en que el hombre se pregunta: «¿Y ahora? ¿Cómo vamos a vivir?»

Yo quisiera saber si ha llegado ese momento para mí; si este problema de no poder convivir con la publicidad sonora significa que he quedado fuera del presente. Quisiera saber si las nuevas generaciones nacieron vacunadas contra la sugestión de la publicidad, o si simplemente ya no importa que el hombre pueda pensar por sí mismo, y sentir por sí mismo, y saber qué desea, qué quiere, por qué va a trabajar, por qué va a luchar, por qué va a vivir.

Quisiera que alguien tuviera el coraje de decirme. Y que tratara de explicarme esta nueva forma de vida; a lo mejor, todavía puedo hacer un esfuerzo más, como con la computadora, y adaptarme a los tiempos que corren.

No llegaba la factura de los impuestos municipales que, según mis cálculos, debería haber llegado el mes anterior. Estaba preocupado, pero de un modo u otro iban pasando los días sin que tuviera tiempo, ganas o disposición para averiguar qué pasaba, y después me acordaba tarde por la noche, o de madrugada, cuando las preocupaciones pesan mucho más y uno ya no tiene posibilidad de hacer nada, salvo preocuparse y desvelarse.

Después de unos cuantos días llamé a un teléfono de informes, que curiosamente pertenece a UTE y no al Municipio. Una joven me atendió con mucho esmero, se fijó en la computadora y me comunicó los datos que había acerca de este inmueble, referidos todos a la contribución anual; de los impuestos, nada. Sugirió que llamara a cierto número de la Intendencia, que tuvo a bien facilitarme. Y nuevamente comencé a pasar los días sin que yo llegara a estar en condiciones de llamar dentro del horario apropiado; como siempre, la disposición para estas tareas prácticas se me des-pertaba a horas inadecuadas, cuando al parecer ya no había nadie en el Municipio que tuviera la obligación o el deseo de atender el teléfono.

Así estaban las cosas cuando, una tarde, volví a mi casa desde la calle. Conmigo entró una vecina, una señora a quien conozco de encuentros similares junto al ascensor. Nos saludamos e intercambiamos algún comentario acerca

del tiempo. En eso aparece el portero y me entrega la correspondencia del día. Entre los papeles veo sobresalir el característico de la Intendencia, con un borde anaranjado. «¡Qué suerte! ¡Llegaron los impuestos!», exclamo en voz alta con alegre entusiasmo, sin que en mi voz pueda detectarse el más mínimo atisbo de ironía.

La vecina y el portero me miran todo el tiempo en silencio, muy serios, casi diría gravemente, con esa mirada entre fascinada y piadosa que uno puede ver en hospitales y en velorios. Yo sigo con los papeles en las manos y no sé qué hacer con ellos; me gustaría no seguirlos exhibiendo, pero no tengo dónde ponerlos. Llego al ascensor. El viaje hasta mi piso me parece muy largo.

\*\*\*

Padece adicción al trabajo. No va a curarse, porque con esa adicción gana mucho dinero y obtiene al mismo tiempo otras satisfacciones lícitas, y porque aun cuando reconociera que lo suyo es una adicción, difícilmente encontraría ayuda para el tratamiento; si uno menciona el tema, el médico mira a lo lejos como si uno fuera transparente, y cambia de conversación —porque la mayoría de los médicos sufre justamente de ese mismo mal.

Era el día de comienzo de las clases, y en la calle apareció una bandada de niños con guardapolvo blanco y moña azul; durante el resto del año no volví a verlos, como si hubieran existido solamente para recordarle al mundo que aquel día se terminaba la libertad irrestricta de la infancia; que los niños comenzarían a perder la capacidad de pintar como Joan Miró y a ganar la capacidad de irse olvidando del niño que fueron.

Es una escena que veo todos los años, y que siempre me deprime de la misma manera. Busco el consuelo de aquella frase inolvidable de César Bruto, para quien los niños con sus túnicas escolares eran

«...como un rasimO de blancaS obejitaS»,

pero ya nada puede impedirme la regresión: me veo en los primeros momentos del primer año, allá en el barrio de mi infancia; yo parecía ser el único nuevo, pues todos, quizás repetidores o simplemente más vivos que yo, conocían y aceptaban las reglas del juego con total naturalidad. Sabían que existía algo llamado *recreo*, sabían que se tocaba una campanilla para anunciar el comienzo y el fin del recreo y la hora de salida; sabían que la hora de salida era a las cinco, sabían dónde estaban las cosas en el salón de clase y en la escuela; sabían todo.



Mi madre me había llevado hasta el salón y depositado en un banco que tenía un asiento libre, junto a una niña cuya imagen o cuyo nombre jamás pude recordar. Yo ignoraba que hubiera algo llamado *recreo*, y no tenía idea de la duración de la clase, ni de ese recreo. Me parecía que no iba a volver a salir de aquel salón. Todo era extremadamente diferente de lo que yo conocía, los niños eran desagradables y olían a leche cortada y a tierra, y parecían muy sucios debajo de unas túnicas limpias, demasiado limpias.

La maestra era una mujerona enorme con voz de hombre y brazos robustos y peludos. No se usaba en aquel tiempo la palabra *travesti*, pero parecía un travesti poco eficaz, y durante mucho tiempo yo tuve la secreta convicción de que se trataba de un hombre vestido de mujer. (A la salida de ese primer día, un gentil varón homosexual, de la comisión pro-fomento, rebosante de satisfacción no sé bien por qué causa, nos ponía en las manos, a cada uno, un helado que él mismo iba sacando de adentro de un carrito de Conaprole, como si le hubieran frustrado una vocación de heladero; ese gesto altruista no atenuó la desconfianza que siempre le había tenido, pues era conocido de mi madre y a menudo lo encontramos por la calle; yo lo veía hacer aquellos gestos y lo oía hablar, y me causaba la misma confusión que la maestra.)

La maestra era una famosa católica militante, según mi abuelo, aunque él lo decía con otras palabras. Mi abuelo contaba, además, cómo en los viernes santos él se juntaba con otros obreros y organizaban un asado en un terreno baldío justo frente a la casa de la maestra. Iban hasta allí en una especie de procesión, llevando como estandarte una cruz hecha de chorizos y morcillas. Esta historia siempre me pareció de mal gusto, aun de niño, pero mi abuelo la contaba con gran fruición. (Nunca supe cuál sería la ideología de

mi abuelo, si es que tenía alguna; pero su vida, al menos en el tiempo en que yo lo conocí, era una constante blasfemia.)

Entre los repetidores, había uno que se destacaba por su aparente constancia: repetía el primer año por cuarta vez. Era un negrito a quien todos le decían *el burro*. Durante muchos años llevé en mi subconsciencia algunas imágenes y algunos conceptos que formaban un todo incoherente e incomprensible como, por ejemplo, la imagen del *burro* pasando al pizarrón y resolviendo un problema en un instante, o haciendo una cuenta a la velocidad del rayo, o leyendo o escribiendo con total solvencia; yo veía estas cosas, y me extrañaban, pero seguía pensando en él como en *el burro*, porque él era repetidor, y todos lo llamaban así, y la maestra lo trataba con un desdén burlón.

En la clase había también un chico con un severo retardo, bastante sordo y que hablaba, cuando hablaba, con una vibración metálica, como de chicharra eléctrica. Cada tanto, surgía una voz emocionada (que quería ser trágica, pero tenía un no sé qué festivo) desde el fondo del salón: «¡Señorita, el niño... se ensució!» Casi no pasaba día sin que el niño... se ensuciara, y en esas ocasiones la maestra no sufría mayores penurias: *el burro* ya sabía qué le esperaba en estos casos, aunque también tenía otros pequeños quehaceres, como conseguir tizas y llevar recados; a una seña de la maestra, allí marchaba a ocuparse del niño que se había ensuciado.

El recreo era una pesadilla, con niños como fieras corriendo de un lado a otro, pegándose y gritándose, tratando de hacerse daño mutuamente de un modo o de otro, y las maestras aparecían de tanto en tanto dando campanillazos de advertencia para tratar, completamente en vano, de imponer el orden; tampoco lo buscaban con mucho entusiasmo, porque para ellas era la hora de intercambiar historias,

y charlaban hasta por los codos en voz lo suficientemente alta como para tapar el ruido de los niños.

Era un patio descubierto, con algunos árboles y pedregullo; yo me refugiaba generalmente junto a algún árbol, como buscando ofrecer menor superficie. Trataba de pasar inadvertido durante aquel tiempo infinito del recreo, que era lo más peligroso de la escuela.

Estaba parado junto a un árbol, durante uno de aquellos recreos interminables que no me recreaban en absoluto. Llegó un chico mayor, tal vez de sexto, muy apurado, y me preguntó: «¿Vos te acordás de cuando estabas adentro de la barriga de tu mamá?». Mi padre me había explicado algo no demasiado interesante acerca de niños dentro de la barriga de su madre, y como no había oído claramente el comienzo de la pregunta de este chico le respondí que sí, porque me había caído más bien simpático y decir que sí daba pie a una conversación más larga.

Pero él estaba poseído por una especie de afán científico y de inmediato empezó a llamar a gritos a un socio que tenía y que al parecer iba también él por el patio interrogando a todo el mundo. «¡Vení, vení! Aquí hay uno que se acuerda», le gritaba el chico. A mí no me gustó nada eso de que ahí había uno; yo había creído que él quería entablar conmigo una conversación de igual a igual, y me decepcionó, y casi diría me sublevó, sentirme objeto de una experiencia, como si fuera un cobayo, aunque no conociera la palabra *cobayo* y probablemente no estuviera tampoco al tanto de la existencia de ensayos de laboratorio.

«Aquí hay uno que se acuerda», repitió el chico cuando el socio estuvo junto a nosotros y, dirigiéndose a mí, me instó a repetir mi respuesta. Yo apreté firmemente los labios. «Date, decile», me instaba. «¿Vos te acordás de cuando es-

tabas adentro de la barriga de tu mamá?» Tanto insistió que al fin consiguió hacerme hablar.

«No», le dije, moviendo la cabeza de un lado a otro. El socio lo miró con desdén. «¡Pero me había dicho que sí!», exclamaba el chico, desesperado, tratando de convencer al socio. «¡Me había dicho que sí!». Yo volví a menear la cabeza gravemente, mirándolo con cierto desprecio, a imitación de su socio. Se fueron; el primer chico con un aire derrotado. «¡Me había dicho que sí!», le seguía diciendo al otro, y el otro no parecía escucharlo y caminaba cada vez más ligero, tratando de desprenderse de aquel embaucador.

Una tarde hice crisis, al llegar nomás a la escuela. No sé cómo me encontré parado junto a tres escalones de mármol que descendían hasta al patio de recreo; todavía no había sonado la campanilla indicando el comienzo de la jornada. Los niños alborotaban como siempre en el patio. Yo me sentí muy extraño, parado allí, con un claro sentimiento de no pertenencia. En adelante, todos los días serían iguales. ¿Qué había pasado con mi libertad, y con mi seguridad? ¿Por qué no podía estar en mi casa, jugando en el jardín del fondo? Me inundó una enorme angustia, como una gran mano que me apretaba la garganta y no me dejaba tragar saliva. Reprimí el llanto. Pero algo debía de estar expresando por que se me acercó una maestra —no aquella bestia dueña del negro, que era mi maestra, sino una mujer sensible— y me preguntó qué me pasaba. «Me duele la garganta», dije, y esas palabras mágicas me depositaron rápidamente en mi casa, no recuerdo por qué medios. Estuve sin ir a la escuela durante mucho tiempo, tal vez durante todo el resto del año. Empleaba el truco de la garganta cada vez que me amenazaban con el regreso. Se me inflamaron las amígdalas, pero me salvé gracias a un pariente que asustó a mi madre

con los peligros de la operación y le recomendó la homeopatía. Tomaba unas grageas dulces, pequeñas. Me hacían bien mientras no se volviera a hablar de la escuela.

Mi madre me conseguía los deberes —que muchas veces traía a casa el único amigo que había hecho en la escuela; se llamaba José Artigas (de nombres de pila, más un apellido con aire catalán)—, y yo hacía los deberes en casa y de alguna manera llegaban a la maestra. Probablemente haya habido algo ilegal en aquellas maniobras. Salvé el año.

\*\*\*

No recuerdo bien los detalles; solo sé que al año siguiente no pude repetir el truco de la garganta, y que después de todo tal vez no hizo falta porque había una maestra distinta, que adoraba a los niños y nos cantaba canciones y nos prestaba libros con personajes de Walt Disney; no duró mucho, porque tenía un embarazo muy avanzado, pero tras ella vino otra; no recuerdo cómo era, aunque sin duda era mucho mejor que aquella bestia esclavista de brazos peludos, la que tenía al negrito repitiendo año tras año para usarlo de sirviente.

\*\*\*

Nos mudamos al Centro y todo fue mejorando; las maestras nunca volvieron a ser temibles, y oh, sorpresa, encontré compañeros más inteligentes que yo. En quinto y sexto, tuve de maestra a la maravillosa señorita Raquel, y la escuela, por fin, cobró sentido.

me hacen reír a carcajadas son los que usan el teléfono para hacerse notar; echan miradas a uno y otro lado, y cuando se cruzan con alguien hacen que dan órdenes a algún subalterno. Casi todos los hombres que he visto con pantalones de fantasía son sumamente delgados y tienen, además de bigotes, unas piernas combadas como si anduvieran mucho a caballo, y también una expresión de desconcierto y desolación, como si los hubieran bajado abruptamente desde un plato volador. Los que dan órdenes a supuestos subalternos, en cambio, son gordos, o muy robustos, tienen anillos muy visibles en varios dedos o una cadenita metálica en la muñeca, y usan campera oscura.

\*\*\*

En Buenos Aires, en la calle Corrientes, hay, o por lo menos había hace pocos años, un viejo café llamado La Giralda —que la mayoría de los porteños, por algún motivo, pronuncia *La Yiralda*. Algunas veces fui a parar a alguna de sus mesas; recuerdo a un mozo viejo que tenía un trato muy agradable, y recuerdo que el café que allí servían no era malo. Pero más a menudo recalaba en otros cafés, en parte porque quedaban más cerca de mi casa. No sabía, y lo supe simultáneamente con la noticia su muerte, que a La Giralda iba todas las noches Homero Expósito, el más grande poeta del tango y, de algún modo inexpresable, un amigo personal al que nunca vi. Sus versos y sentencias me acompañaron durante la mayor parte de la vida y le dieron un color especial a mis aventuras y un abrazo afectuoso a mis fracasos. Me hubiera emocionado saber que estaba allí en esa mesa, a pocos pasos, y tal vez me habría animado a acercarme a él, saludarlo y, sobre todo, darle las gracias por:

Mario Levrero

147

La niña viene hablando, tomada de la mano de la madre; la madre parece estar pensando en cualquier otra cosa. La niña cuenta:

— ... y yo vi la película. En la película había un *gashinero*, y después había una *gashina*, y después venía otra *gashina* más chica.

\*\*\*

Hay dos cosas capaces de hacerme soltar una carcajada en la calle y en las barbas de los propios protagonistas, y eso algún día me puede traer un disgusto. Una, son los pantalones de fantasía que usan algunos hombres, esos pantalones livianos y anchos, llenos de colorinches, que asocia invariablemente con mujeres de *Las mil y una noches*. Otra, son algunos que van hablando por teléfono celular. Los hay recatados, que ocultan parcialmente el teléfono entre la cara y el pecho, o se esconden a un costado de un árbol o una saliente de la pared; esos no me hacen gracia y hasta me dan un poco de lástima, porque me imagino en esa situación y sé que me sentiría ridículo. Los que van abstraídos y gesticulando me provocan una sonrisa, especialmente el señor perfectamente trajeado y ya no muy joven, que va diciendo «sí... eso justamente fue lo que le pasó a mi padre...», con la entonación de quien habla con su psicoanalista. Los que

Irrupciones

146

«Primero hay que saber sufrir, después amar, después partir, y al fin andar sin pensamientos...».

«Ayer pensó que hoy, y hoy no es posible; la vida puede más que la esperanza».

«Nos habían suicidado los errores del pasado, corazón, y latías, rama seca, como late en la muñeca mi reloj».

«Ya da la noche a la cancel su piel de ojera, ya moja el aire su pincel y hace con él la primavera».

«Abre tu vida sin ventanas. Mira lo lindo que está el río».

«Pero nadie vivió sin matar, sin cortar una flor, perfumarse y seguir...».

El mejor, y el más bondadoso de los poetas del tango.

\*\*\*

En el Rosedal, aparece una niña de seis o siete años, que viene paseando con quienes son, presumiblemente, sus padres. El padre dice algo que no oigo, pero que después reconstruyo como «La rosa es la reina de las flores». La niña responde, indignada:

—¡Pero no! ¡Yo soy la reina de las flores!

Y por si no la entienden bien, lo repite, con énfasis:

—¡YO, soy la reina de las flores!

Siempre me pregunté dónde estaría la fuerza de las ideologías (y llamo *ideología* a toda forma de ideología), para convencer a la gente de tantas cosas absurdas y obligarla hasta a dar la vida por ellas. Y nunca había encontrado respuesta hasta que me di cuenta de que esta clase de preguntas solo puedo contestarlas mirando hacia mí mismo.

En algún tiempo yo también profesé algunas de esas lecciones de ideas ajenas, y también yo traté de imponerlas a los demás. Me miro a mí mismo en aquellos tiempos y pienso: ¿por qué lo hacía?

Con este método es muy fácil encontrar una respuesta: lo hacía, descubro, porque para poder vivir en el mundo me parecía más fácil arreglar el mundo que arreglarme a mí mismo.

\*\*\*

Mi familia se fue de viaje, y quedé solo en un apartamento muy grande y de paredes muy sólidas, que no permiten que el oído mantenga ese control automático de las cosas que suceden fuera y dentro de la casa, los movimientos del ascensor, los pasos, las toses y las voces de los vecinos. Solo se oyen los gritos o los ruidos fuertes que vienen de la calle. El silencio puede llegar a hacerse muy incómodo, muy opresivo.

Una tarde estuve un buen rato en la parte de la casa que da al frente, y fue haciéndose de noche y el resto de la casa

finalmente quedó a oscuras. Me dirigí hacia el fondo, donde están el baño y el dormitorio. Ya la oscuridad era total, lo mismo que el silencio. Mientras me iba acercando al fondo por el largo corredor, pude ver de pronto cómo se iluminaba, allá en el dormitorio, la brasa del cigarrillo que un intruso estaba fumando, sentado en la oscuridad.

La brasa de un cigarrillo que un intruso fuma en la oscuridad o, según recordé en seguida, la lucecita roja que se enciende cada vez que el termostato pone en marcha la estufa eléctrica.

\*\*\*

Cada uno de nosotros lleva en su interior, más o menos oculto, un niño imbécil. Es a ese niño que se dirige casi invariablemente la publicidad.

\*\*\*

Llevado por una determinación cuyo origen no era nada claro —según descubrí después, al repensar todo el asunto— levanté la colcha de la cama, tomándola por una punta, y allí estaba —como están siempre las arañas que encuentro— como si hubiera estado siempre allí, y en ese preciso instante me hubiera sido dado percibirla, al caer una venda de mis ojos, como si fuera necesario e imprescindible, dentro de algún plan cósmico, que la araña estuviera allí, precisamente allí, y fuese de ese tamaño preciso.

Luego, al desplazarse levemente, perdió carácter y le pude pegar con una escoba.

Hay un mosquito en la pared, cerca de la cabecera de la cama, y parece distraído. Lo voy a reventar, y la sangre —mi sangre— manchará la pared; eso me satisface, que mi sangre sea vengada. Preparo el manotazo, pero: un momento. Hay algo que no funciona. Algo está fuera de lugar. Algo no corresponde. Ah, sí. Claro. No tengo picaduras. Ni recuerdo haber sentido picaduras durante la noche, a pesar de que me desperté varias veces. ¿Será posible que haya un mosquito que no pique? Dicen que los machos no pican, pero también decían que los mosquitos que cantan, no pican, y yo los he visto, con estos ojos, picarme mientras cantaban, o por lo menos inmediatamente después de cantar, porque se ve que no pueden hacer las dos cosas al mismo tiempo. No sé con qué cantan los mosquitos; de pronto no cantan con la trompa, o lanceta, o lo que sea que tienen para picar, y pueden picar y cantar al mismo tiempo. Con qué cantarán los mosquitos. Dicen que los grillos cantan con las patas, o sea que no cantan, sino que hacen sonar unas púas que tienen en las patas, como quien hace música pasando un dedo por los dientes de un peine. Pero allí está el mosquito macho, o tal vez sea un mosquito hembra no fecundado. Dicen que los mosquitos hembras no fecundados no pican. También dicen que los mosquitos machos se alimentan de jugos de las plantas. Dicen muchas cosas románticas de los mosquitos, pero para mí no tienen nada de bueno. De

cualquier manera, el mosquito que está en la pared, cerca de la cabecera de mi cama, no me picó o, si lo hizo, lo hizo con enorme discreción. No lo puedo matar, no le tengo odio. No es lo mismo que si me hubiera picado, o si hubiera amenazado con picarme, zumbándome en los oídos cuando estaba por dormirme. Odio a los mosquitos, me siento con todo el derecho del mundo a reventarlos y a sentir satisfacción cuando veo la sangre —mi sangre— encharcar las paredes; cuanta mayor cantidad de sangre, tanto mayor es mi derecho a matarlos y mi regocijo. Pero este pobre belinún inofensivo, ahí parado, distraído... Es como las cucarachas, algunas de esas cucarachas mutantes, producto de los insecticidas, que ya no huyen cuando uno enciende la luz; y si la cucaracha no huye, uno no tiene ganas de perseguirla, y aplastarla es imposible. Lo que provoca el deseo de aplastar a la cucaracha es esa especie de confesión de culpa que es la huida vertiginosa. Parece que tuvieran ruedas en lugar de patas. Y uno dice: ¡jal, corrí nomás que ya te alcanzo, y le sacude tranquilamente la escoba en el lomo. Pero estas cucarachas mutantes que se quedan quietas dan tiempo a pensar en lo desagradable que es el crujido que hacen cuando se las aplasta, y después de todo, si están ahí y no corren, tan malas no deben de ser, y uno se deja estar y la cucaracha se va ubicando estratégicamente y de pronto, zas, desapareció. Sin correr. Con este mosquito pasa lo mismo: no lo puedo matar, no tengo motivos. Yo no odio a los mosquitos porque sí, no tengo una manía ni una fobia. Yo odio con razón y con justicia a los mosquitos porque me pican, y los mosquitos son una de las cosas que más odio en este mundo; pero si no me pican... Aunque tal vez este me haya picado. Está muy cerca de la cabecera de la cama, muy cerca del principal lugar de estacionamiento de

los mosquitos que sí me pican, algunos de cuyos cadáveres, enrojecidos por la sangre —mi sangre—, pueden verse destacados contra el fondo amarillito de la pared. Tal vez sí me haya picado, durante el sueño profundo, y yo no me haya dado cuenta. Pero no tengo marcas, ni recuerdos, ni la más mínima sensación de haber sido picado. Aplastarlo es la única forma de averiguar si me picó o no me picó; si me picó, todavía debe de tener mi sangre en el estómago, y al reventarlo, paf, la sangre salta y mancha la pared. Pero si lo mato y no encuentro trazas de sangre, me sentiré muy culpable. Ni siquiera puedo intentarlo. No, no lo mato. Ahí quedará. Puede ser que me pique esta noche. Puede ser una hembra no fecundada y que esta noche sea fecundada y me pique, para darle de comer a sus cachorros. Es posible que esta noche me despierte con las manos hinchadas. Odio que me piquen entre los dedos, en esos lugares donde la piel es tan sensible. Me despierto con las manos hinchadas y con una picazón dolorosa. Enciendo la luz. Me desvelo. No veo nada. Voy a buscar los lentes, paseo lentamente la mirada por el techo y las paredes, pero ya incluso con los lentes puestos me cuesta mucho verlos. A veces los encuentro. A veces los encuentro pero están muy lejos, en el techo, y no los puedo reventar. Tengo que echarles flit, lo cual es desagradable para uno, feo de respirar, y me siento ridículo persiguiendo con chorros de flit a un solo mosquito, solo porque está fuera del alcance de mis manos. O, peor aún, no veo ningún mosquito, y me creo que la picazón en las manos es por alguna grave enfermedad, por algo que comí y me intoxicó, pero no es cierto, siempre son los mosquitos, y finalmente debo echar flit en toda la pieza para tener la seguridad de exterminarlos a todos, estén donde estén, por que no los veo. Sin embargo, a este estúpido que está ahora

aquí, en la pared, con aire distraído, no lo puedo matar, ni siquiera con flit. Nos veremos esta noche. Si me llega a picar, seré implacable, con él y con todos los que vengan después.

Apareció junto a nuestra mesa en el café, sin que pudiéramos decir cómo o en qué momento; simplemente, de pronto nos dimos cuenta de que estaba allí. Era un anciano sonriente, alto, de mejillas sonrosadas y barba larga, blanca, con puntas amarillentas. Parecía menos alto de lo que era porque estaba encorvado, más que por los años, por una actitud extremadamente respetuosa, por el temor a molestar, y para estar más cerca de nuestros oídos. Nos preguntó si podíamos invitarlo a tomar un café con leche. Se asombró cuando le pedimos que se sentara a nuestra mesa, pero no se sintió incómodo; sentado, empezó a hablar, y siguió hablando, a veces coherentemente, a veces no tanto —y a menudo no podíamos saberlo, porque tenía una voz débil, aguda, y hablaba casi susurrando—. Hablaba como para sí, sin mirarnos directamente, sin esperar que asintiéramos. Tal vez se olvidó de que nosotros estábamos allí. No sé qué hizo con la gorra de marino, como de capitán, que traía puesta; ahora, sentado a la mesa, ya no estaba a la vista. Le trajeron el café con leche y alguna medialuna, y empezó a comer con avidez pero dignamente. Seguía farfullando cosas, entre bocado y bocado.

—Estuve en la cárcel —lo oí decir, de pronto, y lo había dicho con naturalidad, como si fuera un comentario sin importancia—, veinte años.

A veces movía la cabeza de arriba abajo, como asintiendo a sus propias palabras, como apoyándolas.



—Yo era muy fuerte —siguió diciendo—, partía ladrillos con las manos —y se echó a reír con una risita menuda, de viejo demente; una risita en *i*.

Masticó y tragó, se llevó otra vez la taza a la boca. Levantó las manos y las mostró; eran enormes. Entonces me di cuenta de que ese hombre era una especie de gigante, un fortachón de brazos robustos, con músculos muy desatrollados.

—Veinte años. Ji, ji, ji —se reía como si aquello hubiera sido una picardía. Se reía, con indulgencia, de sí mismo. Nosotros también nos reíamos; era un hombre simpático, de contagiosa alegría infantil. Farfulló algunas cosas más que no entendimos. Después dejó de reírse.

—Lo maté con las manos —dijo, y se miró las manos unos momentos, y después las miró un poco más, asombrado, tal vez, de que esas manos suyas lo hubieran llevado a la cárcel.

\*\*\*

Una vez me distraje toda una tarde de un dolor de muelas escuchando por radio el relato de un partido de fútbol, con la radio bien fuerte. No podía hacer las dos cosas al mismo tiempo, escuchar el relato y sentir el dolor, de modo que fue una buena solución mientras duró el partido.

Ese ruido que invade la ciudad, cada día con mayor fuerza, esos altoparlantes, esa violencia sonora que hay por todos lados, ¿no obedecerá a razones parecidas? ¿No se estará tratando de tapar algún dolor intolerable?

\*\*\*

Desde una ventana alta, en un edificio de apartamentos, una mujer me hace adiós agitando un pañuelo blanco. No; es una mujer limpiando los vidrios.

Describe en no menos de quinientas palabras y de un modo objetivo la que usted considere la imagen principal de la novela titulada Desplazamientos.

Para este trabajo nos hemos propuesto detener el movimiento, como en una fotografía, y mostrar, como en un corte, el momento de una percepción muy intensa del sujeto irruptor (s), seleccionando para ello un instante del primer encuentro de s con lo que hemos dado en llamar *objeto predominante*, es decir, cuando ambos se reúnen, muy próximos entre sí, en las inmediaciones del punto D —por un desplazamiento del objeto predominante (OP) hacia s, a lo largo del segmento de recta imaginario DE, partiendo del punto E y moviéndose a lo largo de prácticamente todo el segmento.

El OP es en este caso una mujer, percibida por s mientras se desplaza hacia él con la mano derecha ligeramente adelantada, en la que lleva algunos billetes (papel moneda); cuando llega a su lado, s comprueba que el OP se encuentra parcialmente cubierto por ropa interior, que momentos antes podía haberse confundido con una malla de baño de dos piezas. La luz es escasa y no permite una percepción brillante de los detalles. Al detener el movimiento y fijar de este modo la escena, ubicándonos imaginariamente en el punto de vista de s, podemos comprobar que: el campo visual, reducido por el acercamiento del

OP y por la inmovilidad de los ojos de s, a quien hemos detenido en su desplazamiento, abarca en su conjunto una superficie rectangular que la cercanía de las paredes del pasillo y las sombras producto de una iluminación escasa estrechan hasta convertirla en un cuadrado, cuyo lado superior corta el rostro del OP aproximadamente a la altura del labio inferior, mientras que el lado inferior de este cuadrado corta a la figura aproximadamente a la altura del estómago. El foco de atención visual, punto de máxima nitidez perceptiva, debe situarse en la confluencia de una línea vertical difusa, en la instancia en que comienza a bifurcarse o insinúa el comienzo de una bifurcación hacia los márgenes inferior izquierdo e inferior derecho del cuadrado, cortada a su vez por una línea horizontal más aparente, ligeramente curva. El foco de atención está centrado entonces en un pequeño triángulo o, más exactamente, en la insinuación de un pequeño triángulo con un muy rico juego de luces y sombras, y estas líneas son interpretadas como el nacimiento de los pechos que, apartados por el sostén (correspondiente a la línea horizontal más aparente, ligeramente curva) tienden sin embargo al mismo tiempo a separarse (inicio o insinuación de esa bifurcación señalada, frustrada por la línea horizontal) a influjo de su propia naturaleza elástica.

Fuera de este foco principal de atención se observa con dificultad la textura de la tela del sostén, que es de color negro, llena de sugerencias táctiles, dada por el entrecruzamiento, en forma de malla, de gran cantidad de finísimos hilos negros. La calidad de la percepción, deficiente como hemos dicho por virtud de una iluminación poco apropiada, no permite apreciar la exacta distancia entre un hilo y otro, ni si esta distancia habilitaría, en

condiciones más favorables a la observación, la percepción de pequeños trozos de piel por debajo del entramado.

\*\*\*

Estaba, el tipo, parado en una esquina, como buscando un taxi, pero comprendí que su búsqueda era total e infinita, que era alguien que buscaba incluso sin darse cuenta de que estaba buscando, como si buscar fuera para él la única manera de existir que conocía; buscar, no importaba exactamente qué, como si le faltara todo. Andaría más o menos cerca de mi edad, estaba bien trajeado, se le notaba solvente y, casi diría, *exitoso*, y sin embargo...

Cuando vio que me acercaba al lugar donde estaba él, me calibró con un ojo de águila y calculó a toda velocidad si era que yo le podía servir de algo. Llegó muy pronto, desde luego, a la conclusión inevitable de que no yo podría servirle de nada, y de inmediato su mirada me dejó caer, como un envase vacío que le hubiera quedado en la mano, mientras la boca le trazaba un gesto que creí de desprecio, pero que tal vez fuera el vestigio de remotos *pucheros* infantiles.

Y sin transición, al instante, retomó aquella búsqueda infinita.

En un billete de \$100, encuentro escrito con birrome azul este apunte:

«1 Hilda  
1 Salus  
1 Blíster aspirina».

Me desconcierta, porque los elementos no concuerdan. Pregunto a varias personas y nadie cree que «Hilda» pueda ser una marca comercial; y en cualquier caso no es una marca ni remotamente tan popular como la del agua mineral o, menos aún, la del ácido acetilsalicílico.

Entiendo que alguien haga una lista de lo que tiene que comprar, como por ejemplo:

«1 kilo de azúcar  
1 Salus  
1 Blíster aspirina»,

pero en este billete lo que no calza es Hilda. ¿Por qué «1 Hilda»? Me dicen que puede tratarse de la lista de cosas que una persona tiene que hacer, como ir a ver, o llamar, a Hilda, y luego comprar agua mineral, y aspirina. Eso debería escribirse:

«1) Hilda

2) Salus

3) Blíster aspirina»,

y no lo que está escrito en el billete.

Lo que está escrito en el billete podría entenderse casi como un poema surrealista. Dan ganas de continuarlo:

«1 Hilda

1 Salus

1 Blíster aspirina

1 Lagarto

1 Cepillo de dientes

1 Martes de Ceniza

1 Hilo

1 Flauta

1 Ocasión propicia

1 Guante rasgado en el dedo meñique

1 Tarde del Sr. Breton

1 Vacuna».

\*\*\*

Entro en una farmacia a comprar chicles (porque dejé de fumar) (hace mucho que dejé de fumar; ahora el problema es la adicción al chicle). Cuando me retiro de la caja, con los chicles en el bolsillo, se me acerca una hermosa joven, muy elegante y bien arreglada, exhibiendo generosamente un largo y esbelto par de piernas. Tiene todo el aire de una promotora, y efectivamente lo es. Me agradan las promotoras; suelen elegirlas no solo bellas, sino simpáticas y corteses. Esta no era una excepción.

—Señor —dice, sonriendo amablemente—. ¿Usted tiene dificultad para mover el intestino?

Quedo cortado por unos momentos. Me gustaría salir corriendo, pero nunca desprecio la oportunidad de entablar conversación con una joven. Si le digo que no, que no tengo especial dificultad, seguramente perderá interés en mí de inmediato, sin dar lugar a que esta naciente relación prospere.

—Bueno... —digo, mirando hacia los costados con desconfianza, porque me molestaría que hubiera gente escuchando una conversación tan íntima—. Yo no, pero tengo una tía que sufre terriblemente de estreñimiento.

La joven sonrío triunfalmente, y agita un tubo de color negro violáceo que tiene en la mano y que hace juego con sus ropas. También tiene en las manos unos folletos donde predomina el color verde.

—Le voy a obsequiar este producto —me dice, y de inmediato pasa a darme unas instrucciones complejas a toda velocidad—. Si el atraso en las deposiciones es de uno o dos días, basta con una cucharadita de café que se toma por la noche; si es de más días...

Dejo de escuchar y no necesito mirar nerviosamente a los costados para advertir que el estrecho pasillo entre los mostradores y la pared de la farmacia se está llenando de gente, y que hay varios pares de ojos y de oídos muy atentos a nuestro diálogo; ven que están dando muestras gratis de algo, y ellos también quieren. Se acercan más, miran, escuchan.

—Está bien, está bien —le digo a la chica, tratando de interrumpir ese fluir interminable de indicaciones, y especialmente el detalle minucioso de la frecuencia de las deposiciones—; no me digas más, tengo muy mala memoria, me olvido en seguida de los detalles.

—Aquí le doy un folleto donde está todo explicado —dice entonces, y me alcanza el tubo junto unas hojas impresas. Me mira con aire satisfecho, convencida seguramente de que ha hecho una obra de bien, no tanto en la persona de mi tía, en cuya existencia probablemente no cree, sino con la convicción de que yo necesitaba el producto pero no me animaba a confesarlo. Para confirmarme esta impresión, agrega: «Va a ver cómo en seguida se mejora».

Tomo mis obsequios, murmuro «gracias» casi sin mirarla, me abro paso entre la multitud que se ha reunido a nuestro alrededor y salgo apresuradamente de la farmacia, abanicándome con el folleto.

Los gorriones, según creo, no tienen dientes; sin embargo, a este que yo digo le vi una sonrisa con dientes. Una sonrisa taimada, de destructor perverso. Yo estaba en la cama, mirando por la ventana, por debajo de la persiana a medias abierta. La ventana es una puertaventana, o ventana francesa, que da a un balcón largo, en el fondo del edificio. Mirando por debajo de esa persiana, con la cabeza a la altura de la almohada, veía unos malvones altos, muy altos, que buscaban la luz del sol en unas macetas inapropiadas, muy bajas. Eran de troncos altos y gruesos, viejos, toscos y feos, pero se llenaban de flores, y las flores eran jóvenes y hermosas y, sea como fuere, era un ser vivo, que no debió ser mutilado como lo fue más tarde —pero esta es otra historia. Yo estaba hablando del gorrion perverso. Aunque antes del gorrion, y es lo que le da forma a esta historia, fue el moscón. El moscón hembra, según mis cálculos.

Yo tenía, como dije, la cabeza apoyada en la almohada, y miraba el malvón, cuando apareció un moscón, grande, muy grande, y empezó a dar vueltas sobre una de las hojas del malvón, por arriba y por abajo, y después en otra hoja, y en otra, con unos movimientos de apariencia torpe, rápidos y nerviosos pero repetidos, reiterativos, como un borracho que camina en círculos y tropieza con sus propios pies. Según mi experiencia, esta actividad de los moscones significa que están por poner huevos o, directamente, los están poniendo.

Después, si uno recorre el lugar, puede descubrir un reguero blancuzco, como si se hubiera derramado sal. A eso, supe que la gente del interior le llama *queresa*, sobre todo cuando aparece en la carne asada que uno dejó sin guardar.

Y en efecto, me pareció ver, desde mi posición, que algunas hojas del malvón se habían llenado de una sustancia blancuzca que en ciertos lugares refulgía con los rayos del sol. El moscón se fue. La mañana, cerca ya del mediodía, volvió a su calma aparente; pero siempre, siempre, aun si los humanos están tranquilos, siempre hay algo que se empaña en el mal. Apareció un gorrioncito, gordo, con cara de sinvergüenza. Parecía un dibujo animado. Los gorriones, por lo general, no tienen una cara expresiva. Este sí. Una carita de niño depravado, con aquella sonrisa llena de dientes. Se fue derecho al malvón, derecho a aquellas hojas donde el moscón hembra había depositado con tanto trabajo aquella enormidad de huevecillos blancos y, ya instalado en esas hojas, empezó a mover las alas frenéticamente, y a revolcarse, sí, como quien da vueltas carnero o, mejor, como quien nada en tirabuzón debajo del agua, haciendo caer, o arrastrando hacia sí, todos los huevos del moscón. No sé si lo hizo para después ir y picotear el suelo, porque dejé de verlo y no supe qué pasó después, o si se los llevó entre las plumas para ir sirviéndoselos de allí con el pico, o si el destrozo lo hizo porque sí nomás. Lo único que puedo afirmar es que aquel gorrioncito monteideano tenía una expresión de sinvergüenza, como tantos chicos sucios que uno ve por la calle, y que estoy seguro de que él sabía que estaba haciendo un daño, y disfrutaba con ello.

\*\*\*

¿Era Marx quien decía que la historia se repite, sí, pero la segunda vez como comedia? Hay formas recientes de publicidad callejera que recuerdan a Hitler, pero esta vez tratando de vender una rifa, o una entrada para el circo.

Un chico gordo, de cuatro o cinco años, va tomado de la mano de quien es presumiblemente su madre, una mujer gorda, de lentes. Los veo venir hacia mí por la calle; van caminando en silencio, como sumidos en sus propios pensamientos, y esos pensamientos parecen agradables; hay un atisbo de sonrisa en la cara de ambos. Cuando están bastante cerca, la cara del chico se ilumina con lo que ahora es decididamente una sonrisa, y se dirige a la madre, con un énfasis adulto, con alegría pero al mismo tiempo con toda la seriedad que exigen los temas trascendentes; le pregunta:

—¿Hoy qué comemos, mami? —y en la mirada se le ve el brillo un tanto perverso de la anticipación del placer.

\*\*\*

Entro a un comercio donde venden artículos de limpieza y cosmética. Me atiende una linda joven rubia, de sonriente carita redonda. Le digo que quiero comprar repuestos para cierta marca de máquina de afeitar.

—¿Para dama o caballero? —pregunta.

Temo no haber oído bien. Sumido en el desconcierto, solo atino a murmurar «¿Cómo?», mientras examino sus facciones buscando alguna expresión orientadora. Pero ella conserva la sonrisa servicial y una clara mirada de profunda inocencia.

\*\*\*

Estábamos sentados a la mesa y Juan Ignacio, de unos ocho años, insistía con mucho tesón en que le contara una historia, o un chiste, o le planteara un acertijo, cosas que solían ser habituales en nuestros almuerzos de esa época. Como yo no tenía ganas, o había agotado mi repertorio, le respondí con impaciencia, mientras él tomaba un vaso de agua para llevarlo a los labios:

—Ignacio, ¿vos te creés que el mundo es un circo, y que está lleno de payasos para divertirte? —dije.

—Sí —respondió; luego bebió lentamente el agua que quedaba en el vaso—. Y vos sos uno de ellos —concluyó, mientras apoyaba el vaso en la mesa.

En la calle, un hombre grita «cigarro, cigarro» cerca de mi oído, y mientras me voy alejando sigue su especie de canto monótono con una voz taladrante. En medio del bochorno de la tarde de verano me hace pensar inevitablemente en las chicharras, en aquellos veranos que pasaba en medio de un bosque de pinos, cuando durante horas y horas, panza arriba, no se podía hacer otra cosa que oír de tanto en tanto el ruido inesperado, como un estallido, de las piñas que se abrían al sol, y ese canto de la chicharra, tan llamativo pero siempre idéntico a sí mismo, cuando parece que se da cuerda y se da cuerda hasta que al fin suelta un sonido muy prolongado, que uno nunca sabe bien cuándo termina porque se distrae. Después pensé: «Este hombre, en una vida anterior, debió de ser chicharra», y todavía oía su voz, y aunque no creo en vidas anteriores supe que en una vida anterior fue realmente chicharra, que también se llaman *cigarras*, y lo que ahora quiere es explicar que, antes, él fue cigarra, cigarra, y que ahora está contento porque volvió el verano.

Llego a mi casa y busco en mi viejo diccionario, y me dice que al cigarro se le llama así por el parecido que tiene con el cuerpo de la cigarra, parecido que yo no podría discutir porque hace muchos años que no veo una cigarra de cerca, desde aquella época remota en que mi tío Tiro las cazaba para mí, en un balneario donde se juntaban a veces muchos parientes, y me las ofrecía encerradas en una caja de fósfo-

ros. Siempre me asombró aquella habilidad; yo jamás pude detectar de dónde venía exactamente el sonido. Cada vez que me parecía haberlo descubierto, volvía a oírlo en otro lugar. Recién en este momento se me ocurre pensar que tal vez fueran varias cigarras que se turnaban; siempre creí que era una sola y que se divertía escondiéndose de mí. Y qué era lo que hacía yo con la chicharra que me regalaba mi tío, es algo que no puedo recordar ni imaginar. Es muy probable que no me animara a abrir la caja. Después de todo, tal vez adentro de aquellas cajas de fósforos nunca hubo chicharras, y de alguna manera mi tío me lo hacía creer, como aquel otro sujeto, un pintor amigo de mis padres, que me extraía caracoles de las orejas y hacía que me aparecieran monedas en los bolsillos. Sin embargo, recuerdo haber visto chicharras muy de cerca, y creo ver a mi tío sujetándolas con dos dedos. Unas alas transparentes y gruesas, como de mica, atravesadas por infinidad de nervaduras marrones.

Según el diccionario, también se llaman *chicharra* un taldro para agujerar el hierro, y un instrumento de sonido desagradable. En casa hay uno de estos, pero lo llamamos *portero eléctrico*.



Es, probablemente, el día más caluroso del año —aunque yo no confiaría mucho en este dato, porque casi todos los días del verano me parecen el día más caluroso del año—. Es, de cualquier manera, un día de calor agobiante. A la mañana me despertó el ruido de un martillo neumático, y no cerré la ventana porque aun con la ventana abierta me sentía en peligro de asfixia. Traté de integrar el martillo a los ensueños, imaginando o recordando cortometrajes que creaban sinfonías con los ruidos de la calle, y seguí durmiendo hasta pasado el mediodía; al final me levanté pero sin haber podido dormir todo lo que necesitaba, porque el calor me había mantenido despierto hasta las seis de la mañana. El calor presiona demasiado en el dormitorio, una de cuyas paredes recibe durante todo el día los rayos del sol y los conserva y los va soltando despacito durante toda la noche, y todavía no terminó de soltarlos cuando vuelve a salir el sol; me fui al living, más cerca del martillo neumático pero con algo parecido a un aire que circulaba. Intenté trabajar, responder correo, divertirme con programas de la computadora, y siempre el martillo neumático me desanimaba; solo conseguía fragmentos, cosas dichas a medias, pedazos rotos de mensajes en el correo electrónico. ¿Por qué no harán estos trabajos en invierno, cuando uno puede cerrar las ventanas? No solo por el ruido; entra también tierra, basura que el martillo neumático agita y hace volar, un polvillo

áspero que tapa las fosas nasales, seca la garganta y da mucha sed. Se me ocurrió que *alguien* estaría manejando esa máquina, y fui a mirar por la ventana. Sí, había dos obreros, uno con el martillo, otro con un pico. Al mismísimo rayo del sol. Calculé cuánto tendrían que pagarme para que yo aceptara hacer ese trabajo. Después me deprimí porque me di cuenta de que no tendría fuerzas ni para sostener el martillo neumático apagado (si es que *apagar* es la palabra correcta). Me imaginé sacudiéndome, trepidando, al rayo del sol de enero, con ese artefacto en las manos. No, no creo que nadie quiera pagarme nada, pero llegado el caso, ¿cuánto? Veinte mil dólares. ¿Estás seguro? Veinte, sí. ¿Por ocho horas? No, ocho no podría. Una hora. ¿Una hora? ¿Aguantarías una hora por veinte mil dólares? Tal vez. Pero quién sabe si después me podré recuperar. No; veinte mil es poco por una hora. Aunque estoy seguro de que ese obrero gana mucho menos. Sea como fuere, *alguien* debería pensar por un instante en mí. Alguien debería levantar la vista y ver mi pobre figura en la ventana, un hombre muy viejo y muy gordo, con una camiseta sin mangas, mirando el mundo con mucha pena. No, señor; hoy no vamos a trabajar en esto, paguen lo que paguen. Este es un trabajo para el invierno, para cuando ese pobre hombre de allí arriba pueda cerrar la ventana. ¡Caramba!, no me había dado cuenta, de lo contrario jamás le hubiera pedido que manejara el martillo neumático. Tiene razón: dejemos todo para el invierno. Los dirigentes de las empresas toman súbita consciencia de que lo importante es el Ser Humano, y se reúnen con sus empleados y sus obreros en un lugar fresco y bien ventilado, y cantan todos a coro himnos a la vida y al amor, pero suavemente, sin levantar demasiado la voz, no sea que vayan a molestarlo. A alguna hora, no sé a cuál, cesa el sonido del

martillo neumático; no sé a cuál hora porque sin duda me ha seguido sonando en los oídos y trepidando en el cerebro hasta mucho tiempo después de haber realmente cesado. Sé, en cambio, que a las nueve de la noche, después de no mucho rato de relativo silencio —un relativo silencio lleno de los habituales ruidos de los ómnibus y los autos, y el tarado de siempre en la moto con escape libre, ojalá choque contra una columna—, después de no mucho rato de silencio irrumpe violentamente el sonido agudo de una alarma. No la alarma histrérica de un automóvil, sino la alarma seria y vehemente de un comercio, un comercio que seguramente está en la misma cuadra de casa porque la alarma suena muy fuerte, y tal vez los ladrones que cometieron la torpeza de hacerla sonar están huyendo por las azoteas y de las azoteas a mi balcón no hay más que un paso: debo cerrar las ventanas del fondo, pero si las cierro dejará totalmente de correr ese aire que casi no corre ahora, aunque alienta en ráfagas ocasionales. Me robarán y me matarán. Pero no cerraré las ventanas. Tampoco cerraré las ventanas que dan a la calle, por donde entra el ruido de la alarma y me perfora los tímpanos. Como en la cabeza de Tom el gato, las ondas sonoras dibujan el contorno de una campana que me vibra en la cabeza, entre los oídos. Me voy para el fondo, a frenar a los ladrones que huyen, aunque ya no es mucho lo que puedo ver desde mi balcón con esta oscuridad. Las luces violáceas de la ciudad iluminan un cielo cargado de nubarrones. Los nubarrones hacen rebotar los rayos de luz de nuevo hacia la tierra y todo se hace más violáceo, brumoso. Todo asusta y da asco. Es el calor. Pronto el sonido de la alarma es ahogado por el de unas mangueras que vienen limpiando a presión el asfalto; todo vuelve a trepidar. Y luego viene y pasa lentamente, muy lentamente, durante

horas, un artefacto anticuado, como de una vieja película de ciencia ficción, detrás del cual hay más obreros, como si los obreros nunca descansaran, con la hora que es, manejando otras mangueras que arrojan asfalto hirviente sobre la calle. Hace semanas que trabajan en este plan de sacar el asfalto para volverlo a poner, siempre en momentos en que es imprescindible tener las ventanas abiertas. «Por lo menos» me digo, buscando alguna razón para vivir, «por lo menos hoy no hay mosquitos». Para qué me lo habré dicho.

Pienso: es el número 52 de *Irrupciones*, debería hacer algo especial, como festejo de cumpleaños. Un año, ya. Quién lo diría. Cómo pasa el tiempo. Parece fue ayer. Así es la vida... Sin embargo, ¿por qué debería señalarse un cumpleaños como algo especial? ¿Qué tiene de distinto de cualquier otro día? Está bien: entiendo que la tierra dio toda una vuelta y está más o menos en el mismo lugar, lo cual es llamativo. ¿En el mismo lugar de qué? En el mismo lugar del espacio, exactamente, o casi exactamente, porque la tierra es muy grande y el espacio también es muy grande, de modo que centímetro más o centímetro menos no debe de hacer mucha diferencia... pero quiero decir: ¿en el mismo lugar del espacio en relación a qué cosa? Al tiempo, hombre, al tiempo. Hace un año, la Tierra estaba en este mismo lugar del espacio con relación al Sol, aunque según tengo entendido, tanto la Tierra, como el Sol, como todo lo que hay en el espacio, está viajando, se está moviendo, y no sé si al moverse se lleva consigo al espacio, y entonces estamos siempre en el mismo pedazo de espacio, o si el espacio existe en forma independiente de los objetos que en él existen, no sé si me explico... Bueno, sí, hace un año estaba en el mismo lugar, aceptémoslo, sea como fuere; pero yo creo que es al revés, que pasó un año porque estamos en el mismo lugar. Ajá: ¿en el mismo lugar con respecto a qué cosa? Lo que decía recién, al tiempo. Pero la ilusión de tiempo es creada por el movi-

miento en el espacio; si no supiéramos por los almanaques que pasó un año, ¿cómo sabríamos que pasó un año solo por la posición de la Tierra? Muy simple; por la inclinación de los rayos del Sol. Hace un año los rayos del Sol llegaban exactamente hasta esta línea en el piso del escritorio, igual que hoy. No; me engaño; ahora recuerdo perfectamente que el Sol llegaba como hasta por acá. Entonces no pasó un año, pasó más tiempo. Sí, pasó más, porque si bien es el número 52, la columna no se publicó todas las semanas. ¿Cuántas no? Bueno, tendría que fijarme. Empezamos en el número, a ver el archivo en la computadora... *(aquí se interrumpe el texto: busco; me distraigo con otras cosas; controlo la casilla de correo electrónico, a ver si llegó algún mensaje; contesto con un breve chascarrillo a una amiga noctámbula; me doy cuenta de que no leí el periódico electrónico de la mañana... tampoco el de la noche. Leo algunas noticias. Mucho después recuerdo que tenía que buscar algo, pero no recuerdo qué. Pienso. Recuerdo. Busco. Encuentro.)* ...sí, empezamos en el número 75. El 5 de febrero. Sí, bastante más de un año. Pero de cualquier manera es un año, podríamos decir un año virtual, o un año realmente-real, un año de 52 semanas de *Irrupciones*; es un hecho concreto, hay 52 hojas de la revista que dicen «Irrupciones» con números correlativos, y esto, independientemente del almanaque o de los rayos del Sol en el piso del escritorio, es en sí mismo un año. Y punto. Pero... no es así, no es así: las cosas nunca son tan claras ni tan terminantes. Tengo anotado que el número 11 apareció dos veces, aunque eso después se corrigió por el sencillo expediente de eliminar el 13. Salió el 11, después el 11, después el 12, y después el 14. O sea que la cantidad no varió, porque el segundo 11 sería un 12, y el 12 un 13. Pero después... Sí: después vino el problema del 47. ¿Dónde será que se

originan estos problemas? En un principio yo vivía lleno de preocupación, retorciéndome las manos, porque enviaba las columnas por fax, un medio anticuado y ridículo. Eso significaba que durante los varios minutos en línea con la revista, la columna iba pasando lentamente, como por un largo tubo muy finito, casi podríamos decir letra por letra, expuesta a todos los accidentes posibles; quién sabe qué ruidos podrían entrar subrepticamente en la línea y modificar las palabras, volviendo el texto incomprensible o haciéndome decir exactamente lo contrario de lo que quería decir... aunque esto no sucedió por causa del fax, sino por intervención humana, en aquel número donde yo había escrito «nada menos que...» y pusieron, en vez, «nada más que...»; simplemente porque el fax imprimía en papel lo que enviaba, y alguien debía teclear nuevamente esas letras para introducir las en la computadora. Ahí aparecía la posibilidad del error humano, oportunidad que los humanos raramente desaprovechan. Ciertamente, yo podía tener mis errores. Es más: cometo errores con mucha frecuencia. Pero me cuidaba mucho, leía muchas veces el texto, se lo daba a leer a mi mujer para que opinara y, de paso, se fijara en las erratas. Yo sé que en la revista siempre están apurados, tienen que manejar tanto material semana a semana que no pueden tener el mismo cuidado que yo tengo, y entonces me preocupaba, sí, me preocupé hasta que en cierto momento, hace ya unos cuantos números, la revista se actualizó, y pude mandar las columnas por correo electrónico. Aquí se terminaron los problemas, pensé. Ahora, si hay un error, es un error mío, porque con el correo electrónico reciben el texto directamente en la computadora y nadie tiene por qué tocarlo. Simplemente lo acomodan en la página... Claro que, es cierto, sí: hay una etapa de corrección. El corrector puede

cambiar cosas que yo he escrito y mejorarlas notablemente, como aquella vez que escribí *tipiar* y me lo cambiaron por *tippear*, que suena mucho más fino, aunque *tippear* no figura en el diccionario y *tipiar* sí, pero uno no va a estar pidiéndole al corrector que se fije en el diccionario a cada momento; yo tampoco me fijo en el diccionario muy a menudo, y así es como un lector me hizo ver, hace poco, que había usado la inexistente palabra *palíndroma*, que suena como el diablo pero así se dice. En este caso, el corrector, o la correctora, respetó mi texto justo cuando no debía, pero la intención respetuosa siempre es digna de encomio. (Y también están los accidentes que ocurren fuera del texto, como por ejemplo en las dedicatorias; una dedicatoria puede desaparecer, o puede aparecer repetida número a número, siempre a la misma persona, lo cual crea un clima burlón, un tanto irónico, y esa persona abrumada a dedicatorias se deberá sentir muy incómoda, tal vez al punto de odiarme.) (Otro accidente es esa foto que ponen siempre, del tipo de lentes; no hay forma de hacer que la eliminen, o al menos de que se confundan y pongan otra, de otra persona quiero decir, lo que se diría un error constructivo.)

Así que empecé a retorcerme las manos nuevamente, pero para evitar el sufrimiento dejé de atisbar en los quioscos y no me enteraba de nada hasta que pasaba bastante tiempo y ya no me importaba tanto (dejo que se acumulen unos cuantos números y entonces los pido a la administración y los voy leyendo lentamente, y me entero con uno o dos meses de atraso de que hubo un recital al que me hubiera gustado ir o una exposición que me hubiera gustado ver, nada menos que Miró, o que no debí consumir justamente ese producto que estuve consumiendo porque perfora los riñones).

Sin embargo, a partir de esa idea que tuve de publicar mi dirección electrónica al pie de las *Irrupciones*, empecé a recibir una puntual información de todo lo que sucede en mi columna el mismo viernes de la aparición. Muy atentos lectores se toman la molestia de escribirme para decir «¿Por qué se saltó el número 47?» y yo corro al teléfono y pregunto por Lucia (se pronuncia *Luchía*) Calamaro: «Luchía, ¿por qué se saltaron el número 47?», le digo. «Ah. ¿Era el 47?», me dice. «A ver... sí, qué macana, ¿no?», agrega alegremente, porque Lucia rara vez no parece contenta. «Bueno, entiendo que ahora no se puede hacer nada, claro, pero por favor, para la próxima no sigas adelante con el 49; repetí el 48, o poné 47 aunque parezca que vamos para atrás, pero no dejes ese agujero...», le digo. Me dice: «Por supuesto, Mario, quedate tranquilo», y a la semana siguiente recibo un mensaje de lector: «En cuanto a *Irrupciones* 49...» «¿Cómo 49? ¡Luchíaaaaaaa!».

No fueron 52 semanas, sino... creo que 51, porque se saltó el 47 y después se siguió numerando en forma correlativa, de modo que la numeración que salió fue 46, 48, 49, 50, 51, y si hoy le pongo «52» a esto que estoy escribiendo, el agujero sigue allí, y la diferencia en mis archivos sigue creciendo, y tengo que seguir haciendo correcciones en esos archivos, del tipo «48=47, 49=48» para identificarlos y mantener cierta coherencia en el diagrama general de mi catálogo y en mi manera de percibir el universo.

Así que este es el número *real* 51, y ni por el almanaque, ni por los rayos del sol en el piso, ni por la numeración de las Irrupciones (¿con qué número saldrá finalmente esto, por Dios?), ni por ninguna clase de manifestación visible, esto es un cumpleaños. Y si lo fuera, de todos modos, ¿por qué festejar una raya en el piso, por qué esa costumbre de

elegir ciertas coincidencias, de la relación entre las posiciones de la Tierra y el Sol, o de números redondos, como 50 o 100 o 1000... o 2000, ya que estamos? Millones de cañitas voladoras estallando en los cielos. ¡Cuán pueriles podemos ser a veces!, cuán.

no autorizados Espero que al enfrentarme al Infinaunque más no fuera un instante antes de enfrentEstados realesLa verdadera consLo que debió haber sido la normPero ellos tampocoEllos tampMientras vigilan ellos tambMientras se ocupan de que se cumpla laMientras mantienen funcionanddo la aberrante sitMientras se ocupan ellos tampoco pueden accEllos no saben ni sabrán TampocoEllos tampoco llegan a enterarsQué estúpidosQué estupidezPero si no había más quPero si no hacía falta más qDónde, en qué preciso lugarEn qué momentoEn qué preciso instante del espacioiCuándDóndEn qué momento fue qCómo es posible quCómomo es que se pQué serie de accidentes desgrQué circunsQué espíritu pervQuiénSe pierde todo

\*\*\*

Desde el jardín del fondo, por encima de los alambrados, podía mirarse lejos; había un gran espacio lleno de cielo, con algunas nubes, y sobre algún trozo de tierra que me parecía sumamente distante veía tres árboles, unos árboles gigantes, probablemente muy enojados, porque se sacudían con tremenda furia, como si quisieran librarse de la esclavitud de las raíces, y se balanceaban de un lado a otro, como directores de orquesta en un *finale* apoteósico. Los contemplaba con admiración, disfrutando de ese miedo que

no era miedo, porque me sabía protegido, como disfrutaba de las tormentas con truenos y relámpagos y rayos allá en el balneario, también porque me sentía protegido, tal vez de un modo excesivamente confiado.

Aquellos árboles parecían verdaderamente gigantes enojados, y tal vez pudieran arrancarse de la tierra, y venir, furiosos, hacia aquí... Pero mi abuelo sabía cómo entenderse las con ellos. Mi abuelo era el que mataba las víboras que aparecían, de tanto en tanto, en ese jardín del fondo (solo trataban de atravesarlo, para pasar de un terreno vecino a otro terreno vecino; pero si mi madre veía una, gritaba y gritaba hasta que aparecía mi abuelo con alguna herramienta apropiada).

Furiosos o no, los árboles tenían una virtud: refrescaban a la gente, así como se refrescaba mi abuela, o mi tía la gorda, agitándose una pantalla en la cara, o cerca del escote. En aquel tiempo se usaban pantallas, es decir, un cartón con un paisaje impreso de un lado, y la propaganda de algún producto o de alguna tienda del otro, al que se le había adherido un manguito de madera mediante un par de broches. Se agarraba por el manguito y se agitaba para hacer viento. (No es que antes hiciera más calor que ahora; ahora hace más calor que antes. Pero antes las mujeres se abanicaban porque no trabajaban como ahora, y tenían tiempo libre, y podían darse cuenta de que sentían calor. También podían ocuparse un poco de los hijos.) Los árboles eran como esas pantallas, pero vivas; se agitaban a sí mismos, y producían el viento.

—¿Y cómo es que a veces hay viento donde no hay árboles? —le pregunté a mi abuelo. Mi abuelo se rio, y llamó a mi madre, que andaba cerca de allí.

—Se cree que el viento lo hacen los árboles —le contó a mi madre, divertido. Mi madre me dijo que no, que los

árboles no hacían viento, sino que el viento era lo que movía los árboles.

Eso me desquiciaba por completo la comprensión del universo. Y también me desquiciaba que mi abuelo se riera de mí, en vez de explicarme.

—Y entonces, ¿quién hace el viento? —clamé. Y no recuerdo si me contestaron o no, aunque sospecho que no, porque seguramente no sabían quién hacía el viento. Y el tema nunca me quedó claro, nunca me quedó nítido. Hoy mismo, puedo farfullar algunas palabras como «cambios de presión» o «masas de aire frías y calientes», pero en el fondo de mi alma, el viento sigue siendo un fenómeno inexplicado.

\*\*\*

no me importaba No debería importarme lo mejor desde el reflejo en el vidrio puedo llegar a Almacenes atiborrados Calles repletas de almacenes atiborrados Especialmente ese calle larga y sombría Qué diría ella si yo La mesa Esa mesa Una superficie pulida Mientras espero ¿serpiente que desencaja Es mejor por el otro lado: si conseguimos Una sola vez El cristal de la vitrina oficiando de Mostradores limpios Detrás del m El hombre de la cara p Ese nombre Se adhiere Destaca A través de los años Podríamos desarrollar esta hip Si no hoy tal vez mañana o, en todo caso, sentir el peso Sopesar Viene hacia mí ahora Ropas claras, alegres Colores combinados Títeres Tigres ¿Qué maldita importancia podría tener Y sin embargo Debería Deberíamos Debo Sin tener noción Hola Alguien allí ¿Hay algo Intolerable Cómo podríamos hacer par Tal vez el reflejo en el vidrio Demasiada luz Más tarde Y sin embargo ella parece no tener Cómo será Difícilmente Cómo tendr En estas ocasiones, lo que conviene Intolerable Tengo que buscar Deberían Ellos

quieren investigar Sobradamente Es imposible Pero me gustaría saber, me gustaría mucho saber cómo Solamente Es una peña Mejor la alfombra que Es una calle larga, larga y sombría Sugerencia de entierros Sorpresiva máscara Cartón Qué hacemos Qué diremos Cómo

Hace poco, había enviado a mis corresponsales de correo electrónico una circular, cuyo título (*subject* en la jerga del *e-mail*), era: «Caída del sistema». No sé bien qué significa en términos de computación eso de «caída del sistema», pero sé que cuando ocurre no funciona nada; es una catástrofe total. Bien. El mensaje decía:

«Me refiero a la caída del sistema nervioso; más precisamente, de *mi* sistema nervioso. Demasiadas horas de computadora. Demasiado correo electrónico. De modo que me tomo vacaciones; durante quince días no responderé a los mensajes».

Perfecto. Comenzaba a tratar de saborear las mieles de la recuperación, cuando irrumpe en el contestador telefónico la voz de Lucia Calamaro, de la revista *Posdata*:

—¡Mario! ¿Estás ahí? —grita alegremente—. Necesitamos con extrema urgencia que...

Esto ya había sucedido otras veces, y siempre había llegado zafarme. Le explicaba:

—Luchía, yo no soy periodista, no sé trabajar contra rreloj. Mi escritura es inspirada, necesita tiempo de maduración, no puedo imponerme los temas; necesito estar un tiempo a solas, por ejemplo en el silencio de la madrugada,

y esperar que las musas accedan, si ellas quieren, a descender graciosamente sobre mi espíritu...

Pero esta vez se trataba de un proyecto que, es cierto, se me había ocurrido a mí, aunque yo pensaba en largos plamos: ir acumulando materiales que me envían los lectores y, un día, juntarlos y publicarlos en un suplemento especial de *Irrupciones*. Se lo había comentado a Lucia, me había dicho que podría ser, y ahí habían quedado las cosas. Hasta esta súbita llamada.

Pensé en zafarme, como hago siempre, pero simultáneamente pensé en mis lectores corresponsales y en esos textos que habían ido poniendo en mis manos y que merecían compartirse, y en la importancia que para algunos de ellos podía tener que su trabajo y su nombre aparecieran en la revista, y me di cuenta de que no podía zafarme. (Una de esas corresponsales me escribió después: «*Estás teniendo una loable misión de difusión de creatiuidades e inteligencias anónimas, algo así como la Madre Teresa de las letras.*».)

La Madre Teresa de las letras le respondió entonces a Lucia Calamaro:

—Está bien. ¿Cuánto me van a pagar? —y resuelto el detalle, la otra pregunta clave—: ¿Para cuándo lo querés?

Para el martes. ¿Martes, cuál martes? Este, este martes. Y ahí el sistema nervioso caído tuvo que levantarse y correr al *e-mail*. Nueva circular a los lectores corresponsales: «Lucia quiere ver textos tuyos, pero además intimidades del correo propiamente dicho, fragmentos de mensajes... ¿Puedo contar contigo? Es urgente...». Y los mensajes van y vienen: circular, mensajes personales, casos particulares, corrección de mensajes (el correo electrónico no permite tildes ni palitos de la ñ, de modo que tengo que revisar cada palabra),



adaptación de algunos trozos para que puedan leerse de modo independiente del contexto original, pero respetando el estilo y la voluntad de significación del autor; y averiguar si el autor quiere firmar con su nombre, o con otro, o no firmar de ninguna manera... En fin, trabajo. Mucho trabajo.

Pido disculpas a los lectores que escriben y a los lectores que leen, por los errores y las omisiones que seguramente he cometido, en cada una de las etapas. Ahora vuelvo a mis vacaciones del *e-mail* y a esperar el descenso de las musas. Y puedo asegurar que Lucia Calamaro no me agarrará otra vez.

Hay un tren a punto de partir, pero yo no pienso viajar todavía. Estoy junto a un quiosco, una especie de sandwichería, más bien cuadrado, de aluminio, con una gran vidriera; en su interior hay una mesa, un mostrador y taburetes. Yo estoy en el andén, entre el último vagón del tren y el quiosco. De pronto el vagón comienza a llenarse de gente apresurada. Todos son jóvenes.

Viene también un hombre mayor, delgado y de bigotes que, según entiendo, vende cepillos. Debe subir al tren para un viaje no muy largo, ya que va vendiendo su mercadería en pequeñas localidades que habitualmente están separadas entre sí por trechos cortos. Le digo que si no se apura va a perder el tren, y que la próxima estación es Tarbes. Luego me doy cuenta de que le estoy dando una información falsa; no puede ser Tarbes porque Tarbes implicaría un viaje largo, y el hombre debe realizar un viaje corto. Le comunico mis dudas, y él me dice que de todos modos no tomará ese tren. «¡La que se va a armar!», exclama, entrando al quiosco y señalando hacia el vagón. Veo que, en efecto, ahora está lleno de estudiantes con carteles, en actitud de protesta. El tren se pone en marcha y, a medida que el último vagón se aleja, va dejando a la vista un edificio que hay detrás de las vías; y también el edificio está lleno de estudiantes en actitud de protesta. En seguida llegan coches militares armados a guerra y comienza un tiroteo. Hay unas ametralladoras neumáticas,

y veo también una manguera que presumiblemente lleva aire comprimido hasta uno de los coches militares. Los disparos semejan silbidos.

«¡Otra vez esto, no!», exclamo con profundo pesar. Me tiro en el piso del quiosco, debajo de una mesa, pero no me siento protegido de las balas. «Ya lo viví en mi país», exclamo, «¡qué cosa horrible tener que vivirlo otra vez aquí!» Hay, sin embargo, sobre el costado izquierdo, una presencia tranquilizadora, que no alcanzo a ver con nitidez porque la posición incómoda me impide girar la cabeza, pero cuyo influjo sí puedo percibir; me invita a la resignación. «Son cosas que pasan», dice. «Hay que vivirlas, soportarlas». La tensión se calma un poco, cesan los disparos, pero un vehículo militar sigue estacionado detrás del quiosco y yo estoy en la línea de fuego.

Termina de tranquilizarme la súbita llegada del Hombre Ecológico, un superhéroe. Tiene la asombrosa capacidad de disgregarse en multitud de pequeños personajes de color naranja, y también en naranjas o, en todo caso, pequeñas esferas de color naranja, que forman letras y números bailables, como proyectados en una pantalla cinematográfica. Por ese medio establece una comunicación con los militares y les avisa que allí hay gente desarmada, viajeros. Y como yo todavía no me quedo tranquilo, el Hombre Ecológico se reunifica en una única figura humana y me dice que tiene otros trucos para evitar que sucedan desgracias. Yo he salido de abajo de la mesa y lo veo ejecutar algunos de esos trucos mediante barajas españolas. Se trata de un juego parecido a la escoba de quince. Da vuelta algunas cartas sobre la mesa; una de ellas es el dos de oros. Suma cartas de distintos valores (que en realidad no totalizan quince) y levanta una baza. Por algún motivo, eso me deja completamente tranquilo.

Salimos de la estación hacia una calle. Ahora somos tres; uno de los otros dos es un viejo amigo, al tercero no lo conozco. Nos sentamos en la terraza de un café. Trato de sentirme feliz, distendido. Busco elementos familiares; veo pasar un tranvía. Lo señalo como un elemento exótico, pero ellos me dicen que es exactamente igual a los tranvías mon-tevideanos. Reconozco que tienen razón. Lo mismo va sucediendo con otros elementos que señalo. Finalmente destaco la pureza del aire que se respira.

El peligro continúa. Por la avenida junto al café siguen pasando camiones y tanques de guerra. No nos amenazan de un modo directo, pero nos inquieta la tensión que hay en el ambiente. Seguimos caminando. A medida que avanzamos, aunque nada varía, nos parece estar en París, en Buenos Aires, en Punta del Este. Al llegar a una esquina, insisto en señalar que ese lugar me es conocido; que ahora está cambiado, pero lo conozco. Es una esquina donde se ha levantado un edificio ocupado por una fábrica cuyo nombre es El Aro de Fuego. Salen chispas por la ventana y se ven algunas llamas en el interior. Señalo, contra la opinión de los otros dos, que ese lugar «ha cambiado positivamente, ha progresado».

En esa esquina decidimos doblar a la derecha para evitar la proximidad del paso incesante de camiones y tanques. Sin embargo, los camiones y los tanques dan vuelta a la esquina junto con nosotros. Yo termino de reconocer el lugar y le digo a mis amigos que sé cómo salir rápidamente de esa incómoda situación en que estamos; hay un camino de arena, una calle sin terminar, que nos llevará a un lugar conocido y seguro. Aunque mis amigos no dan mayor crédito a mis palabras, iniciamos una carrera por esa calle arenada. Hay una cuesta que se me hace muy difícil de subir. «En

un tiempo podía hacerlo», les digo; ahora no me parece posible. Sin embargo llego sin mayor esfuerzo a la parte más alta, donde el camino finaliza en la parte superior de un muro de poco más de un metro de alto. Desde allí saltamos con gran facilidad hacia una calle perpendicular, una avenida que todos conocemos, y al saltar descubrimos a un hombre medio desnudo, durmiendo junto al murito. Tiene la cabeza pelada. «Casi lo pisamos», comento con aprehensión. «Y tiene cara de sabio», dice el tercero de nosotros. Nos detenemos a mirarlo con cierto respeto, y con simpatía. Mi amigo hace uno de sus típicos chistes; dice que debe de ser un sabio con una fórmula en la cabeza, y que sería horrible si se despertara enojado y nos gritara: «¿por qué me patean la fórmula?».

Seguimos alegremente por la avenida, que pronto se transforma en unos médanos próximos al mar.

(1975)

A la entrada del parque, cerca de los portones entrejados, hay un banco de listones de madera, con respaldo, y en él hay instalada una pareja más bien joven, él un hombre robusto, ella una rubia menuda y de aspecto frágil. Están conversando animadamente, tal vez discutiendo —aunque esto no lo podría jurar, por más importantes que pudieran ser mis declaraciones, pues muy bien podría tratarse de vehemencia entusiasta. No alcanzo a oír las palabras, ni tampoco, en ese momento, tengo interés en escucharlas.

Habíamos llegado al parque cuando las sombras ya eran muy largas; paseamos hasta que comienza lentamente a oscurecer. Todavía hay luz en el cielo, pero esa luz siempre fuga rápidamente; se ve adensarse la oscuridad minuto a minuto. Es hora de irse.

Nos acercamos a la salida, y en el banco sigue estando la pareja pero, ahora, ella parece muerta. Se ha acostado a lo largo del banco y apoya la cabeza en las rodillas del hombre, no de un modo natural, sino en una posición que parece un tanto forzada; en realidad, lo que apoya es la nuca, y la cabeza cae, floja, apuntando hacia al suelo. Me hace pensar en un cuello quebrado. La piel del rostro ha perdido todo rastro de color; ahora es de un blanco llamativo. No puedo detectar ningún movimiento del pecho que sugiera respiración ni puedo descubrir palpitación alguna en las arterias de la garganta.

—Está muerta —le digo a mi mujer, tratando de que no se note la excitación que me producen esas cosas, como le producirían a cualquier otro vicioso lector de novelas policiales; mi voz suena calma, reposada, quitándole trascendencia al tema, porque tampoco quiero provocar un escándalo; a veces las mujeres se ponen a gritar en el momento menos conveniente—. Y él la mató —agrego, con acento de convicción.

Si ella hubiera muerto de cualquier clase de muerte natural súbita, o incluso como consecuencia de un accidente, él no estaría ahora tratando de disimular, esperando que la noche caiga por completo para buscar el amparo de la oscuridad y deshacerse del cadáver o, más probablemente, dejar el cadáver allí, en el banco, y escaparse sin ser notado.

—Mañana lo vas a leer en el diario —insisto, ligeramente molesto, porque mi mujer muestra una total indiferencia hacia mi hallazgo—. Te digo que está muerta —ahora estamos fuera del parque, caminando hacia el auto estacionado en la vereda de enfrente, y puedo hablar con mayor libertad—. Tiene la cara blanca, y la garganta no le late. Y tiene el pescuezo roto.

El auto está ubicado en una recta imaginaria que atraviesa el portón y pasa también por el aquel banco. Abro la portezuela de mi lado y, antes de subir, vuelvo la cabeza en dirección al banco para dar un último vistazo a la escena macabra y fijar un poco mejor la descripción del asesino, a quien no observé con todo el detenimiento imprescindible en estos casos, porque estaba fascinado con el cadáver de la rubia.

Veo que en el banco, el hombre y la mujer están sentados como la primera vez que los vimos, ambos con las nalgas apoyadas en los listones, uno junto al otro, ambos nueva-

mente conversando con animación; como para despejar cualquier incertidumbre, la rubia hace enérgicos ademanes con los brazos.

A mi mujer no le dije nada, porque suele considerar un triunfo personal suyo cada vez que admito que me equivoqué; nunca llegué a saber si al día siguiente buscó la noticia en el diario.

\*\*\*

Cuando se habla de los factores que en nuestra sociedad desencadenan la violencia, nunca me enteré de que mencionaran uno que creo esencial: la esclavitud.



Este dibujo irrumpió en mi computadora. No es la primera vez que me sucede, ni me sucedió exclusivamente en computadoras, pero hacía tiempo que no me sucedía, y me sorprendió; yo solo estaba tratando de probar un programa nuevo de dibujo que había instalado. Y dibujé, o se me dibujó, esto.

Consulté con mi corresponsal Rodolfo, que algo sabe de artes plásticas. «¿Te parece que puede ser publicado?», le pregunté por correo electrónico, en una de esas madrugadas.

«¡PUEDE!», contestó, así, con energía. Y añadió: «Si le hubieras agregado unas pinceladitas de azul y solo una de amarillo, podrías haber dicho que estudiaste con Miró. Aunque así como está, parece la representación gráfica de *Crímen* y *castigo* (siempre pensé que el crimen hay que representarlo con rojo, y el castigo con negro). Lo mismo se podría decir de *Macbeth* (sangre en las manos y oscuridad en el alma)».

Y todavía le quedaba algo por decir: «Se esperan nuevos envíos para corroborar que no se trata de una chiripa, y para ver si te agenciamos *un bon marchand*».

Yo le expliqué que todo lo mío es chiripa, tanto lo que dibujo como lo que escribo. Escribiendo tengo más oficio porque me enseñaron a escribir en la escuela, pero en lo que se refiere estrictamente al manejo de esos imponderables que hacen al *Arte*, soy en todos los casos un aficionado que queda siempre totalmente en manos de la inspiración. Que viene a ser otra manera de decir *chiripa*.

Mi mujer coincidió dramáticamente con Rodolfo en lo que sería la interpretación psicológica del dibujo (*Crímen* y *castigo*, manos tintas en sangre, oscuridad en el alma); coincidió antes de conocer su opinión. Pero no pensó en términos artísticos; solo preguntó: «¿No te preocupa haber dibujado eso?».

Y yo pensé que no, que no me preocupa. Me preocupa cuando paso mucho tiempo consumiéndolo, sin producir. Pero no me preocupa el significado psicológico de nada de lo que hago, ya que todo tiene significado, y todos los significados que puedan encontrarse darían para preocuparse si uno es de lo que se preocupan por esas cosas, porque nada de lo que está oculto en lo profundo del alma es, digamos, liviano.

Juan Ignacio, en cambio, cuando le mostré el dibujo se rio y lo encontró parecido a un bicho.

\*\*\*

Por mi parte, desde un primer momento sentí que ese dibujo era una especie de autorretrato, o más bien *autorre-diografía*. Mi ser profundo acusando una herida. Lo que veo es, de cualquier manera, alguien que se tapa la cara con una mano para no ver algo, pero el ojo se hace más visible que la mano, y la herida, eso rojo que no se quiere ver, se hace más visible que el ojo.

\*\*\*

Sin embargo, todo eso que se ve, es lo que se ve, y no lo que está dibujado. Lo que está dibujado no se sabe qué es, nadie lo sabrá, nunca, del todo. Por eso tenía que dibujar en lugar de escribir, creo yo: para ir un poco más allá de las palabras, un poco más allá de los conceptos, para intentar poner a la vista algo que no es accesible a las palabras ni a los conceptos.

Hace algunos años, y si saco la cuenta son más de los que pienso, mi amigo Lizán y yo estuvimos autografiando libros en la feria del libro bonaerense; el nuestro era un libro de historietas, del cual Lizán había hecho los dibujos y yo los guiones. Por un error de programación, esa misma noche y en el *stand* de la misma editorial estaba presente nada menos que Fontanarrosa. Y él sí que firmaba libros; no diré que sin parar, pero indudablemente a muy buen ritmo. Lizán y yo, en toda la noche, firmamos dos autógrafos cada uno; en ambos casos a pura pérdida del editor, que en un extraño ataque de piedad se sintió obligado a regalar dos ejemplares, uno a su sobrinita y el otro a un amigo de él, con el compromiso de que nos pidieran una firma. Tal vez pensó que nos estábamos deprimiendo, aunque en realidad yo más bien estaba asustado, porque esos lugares tan enormes, con tanta gente y tanto bullicio, me remueven toda clase de fobias. En esos casos trato de limitar el campo perceptivo, y me imagino que a Lizán le pasaría algo similar porque ambos estuvimos bastante quietos, charlando entre nosotros dentro del cubículo de Ediciones de la Flor, sin aventurarnos mucho por el resto de la feria. Tengo un vago recuerdo de haber dado una vuelta cautelosa por una especie de avenida periférica, tratando de no perder de vista en ningún momento el *stand*. Demasiado brillo, demasiada luz, demasiados objetos, demasiada gente, demasiado lustroso

el piso monolítico, demasiados sonidos a través de parlantes, demasiados demasiados. Todo lo contrario de lo que uno piensa cuando piensa en un libro, o por lo menos de lo que yo pienso cuando pienso en un libro.

\*\*\*

Pensar en un libro es para mí lo más parecido a pensar en una mujer, quiero decir, en una mujer sexualmente atractiva. De inmediato se crea una necesidad territorial, la necesidad de un espacio privado que no pueda ser invadido. La relación con el libro se da a través de una especie de trance, del mismo modo que la relación sexual; uno deja caer su yo habitual para permitir que su ser interior entre en contacto con alguien ajeno y se pueda producir el intercambio de ese algo que solo puedo llamar *almas*. En cualquier caso, el placer no es la finalidad, sino el medio; el placer es lo que engatusa al yo para rendirlo y permitir la expansión de un yo más profundo.

\*\*\*

En el libro hay varias cosas que se suman, y que no es posible encontrar en el bullicio de una feria del libro (aunque sí en el bullicio de una feria con menos pretensiones, como la de Tristán Narvaja). En las ferias están los Libros Caros, los Bellos Objetos que uno desearía llevarse a su casa para mirarlos y mirarlos, y que yo no me atrevería quizás a abrir porque tengo la pésima costumbre de destrozar los libros que leo. Abro un libro nuevo y de inmediato lo hago crujir. Hasta que no oigo el ¡crac! de la goma del lomo que se quiebra, no puedo sentirlo totalmente como libro; toda-

vía es un objeto, es decir, algo inerte. A partir del momento en que cruje, el libro, como ser animado, se vuelve posible. Después intervienen otros factores como, por ejemplo, la habilidad del autor para engancharme. Y a veces, muchas veces, también importa el olor.

Tengo unas novelas policiales que leo y releo y releo y vuelvo a releer. Hasta hace un tiempo siempre me olvidaba de quién era el asesino, y podía releer tranquilo sintiendo la misma emoción de la primera vez. Ahora, con tantas repeticiones, ya no se me borran tan fácilmente; y en esta última relectura, la actual, no solo me acuerdo de quién es el asesino sino también de la mayor parte de los detalles. Y sin embargo, sigo releiendo. No a cualquier autor, eh; no a cualquiera. Un Chandler, por ejemplo, siempre tiene algo nuevo que decir. Lo mismo un Rex Stout. O un Chester Himes. Y un pésimo escritor, pésimo desde el punto de vista del arte narrativo, como Erle Stanley Gardner, tiene tal habilidad para urdir argumentos complicados e interesantes que también se me aparece como novedoso, aunque el grueso de la trama esté nitidamente impreso en mi memoria. Con todo, creo que no sería capaz de releerlos tantas veces si no fuera por el olor del libro viejo. Que no es el mismo olor del papel viejo; es el papel, más la goma, más la tinta. Más otro pequeño elemento cuya existencia desconocía hasta hace muy poco.

\*\*\*

La adicción a los libros viejos me viene desde la infancia y era apenas un muchacho cuando instalé un negocio de compra y venta de libros con el que conviví diez años. En relación con esto hay un sueño recurrente, que no sueño muy a menudo pero a través de los años no me abandona; es uno de los

sueños más intensos, más vívidos y más angustiados. Pienso en él como en un sueño placentero, porque deseo volver a soñarlo, pero no es placentero; hay un placer que prometo, y se le acerca bastante, pero siempre me defrauda. Si quiero volver a soñarlo es con la esperanza de que «esta vez, sí» lo alcance.

En algún lugar, a una distancia no muy grande de mi casa, cualquiera sea la casa donde esté viviendo en esa etapa de mi vida, hay una feria callejera donde se venden libros antiguos. Lo que recuerdo de estos sueños comienza mientras me dirijo hacia allí, a veces caminando, a veces en ómnibus. No conozco la dirección exacta pero hay un recorrido que sé de memoria, como un circuito impreso aplicable a cualquier lugar geográfico. En cierto momento hay un desplazamiento por una línea curva, que en las imágenes visuales se corresponde con el comienzo de una calle que se abre separándose de una avenida importante. En seguida me encuentro en un territorio no familiar, apenas en el comienzo de una zona que no me es familiar, y es allí donde está la feria. (Una sola vez, el mismo sueño se dio no con respecto a una feria sino a un lugar cerrado, como una bodega o un sótano, adjunto a un supermercado que al mismo tiempo tenía algo de hospital.) Veo los puestos de la feria desde lejos; veo caballetes con tablas cubiertas por montones de libros, y son libros especiales, libros viejos, cantidad de libros maravillosos. Se trata de aventuras folletinescas o de historietas, o de seriales detectivescas, colecciones completas de algún personaje popular. Es en este punto del sueño donde mejor visualizo esos volúmenes, objetos de un vivo deseo, aunque no puedo individualizar nombres de héroes o de autores. Esas aventuras del sueño tienen una ambigua cualidad, algo clásico y algo nuevo; son nuevas para mí porque no las he leído, aunque conozco sus referencias; o solo he leído una

ínfima parte de lo que se ha publicado, y allí está, muy cerca de mí, la colección completa.

Naturalmente, cuando me voy acercando surgen dificultades para llegar; hay lugares por donde el paso es imposible, porque hay otros feriantes que exhiben objetos que en otra oportunidad podrían llamarme mucho la atención, por lo antiguos y pintorescos, como grandes fonógrafos, pero que en ese momento de vivo deseo no son más que un obstáculo odioso. O, si no, cuando llego al lugar correcto, ya el feriante está terminando de encajonar los libros, porque es la hora de irse. O accedo, sí, a algunos ejemplares, pero al verlos de cerca no son los mismos que había visto de lejos, no son aquellas célebres aventuras clásicas y desconocidas, sino más bien imitaciones de las aventuras originales. Las que yo quiero están en otro puesto, que también es por algún motivo inaccesible. Finalmente, frustrado, me alejo de allí si es que pude llegar, o me pierdo al tratar de acceder a él dando un rodeo; de un modo o de otro, siempre termino caminando por una gran avenida, buscando una parada de ómnibus para volver a casa. Tampoco encuentro, nunca, el ómnibus adecuado. O no puedo tomar ninguno, y sigo caminando y me despierto angustiado porque me perdí, o tomo un ómnibus que me es familiar y en medio del viaje altera el recorrido habitual y también me pierdo y me despierto angustiado. Pero lo que domina al despertar no es el pánico de una pesadilla, sino la nostalgia de un paraíso perdido.

\*\*\*

Hongos alucinógenos. Eso es lo que, según leí recientemente, se genera en los libros viejos. Pequeños hongos alucinógenos. Microscópicos, desde luego, igual que los



ácaros que con ellos conviven entre esas páginas amarillentas. Al parecer, uno respira cerca de los libros y «viaja». Como efectos secundarios se producirían trastornos respiratorios y, probablemente, cerebrales.

Esa teoría de los hongos alucinógenos me convence. Mi sueño recurrente se explica de una manera perfecta. También explica por qué tantas veces me he quedado leyendo una novela hasta el final. No soy un adicto a las letras, como buenamente creía, sino más bien a una especie de LSD.

\*\*\*

Es como si el famoso doctor Fu Man Chu actuara desde adentro de esas páginas amarillentas. Fu Man Chu es el fundador de la Si Fan, una poderosa organización que tiene el cometido de destruir a Occidente, contra la cual lucha incansablemente Neyland-Smith. El siniestro doctor, de quien se dice que es inmortal, maneja drogas y venenos, remedios y todo tipo de armas biológicas como, por ejemplo, unos hongos gigantes, de crecimiento vertiginoso, que alguna vez protegieron su huida: los hongos no solo impiden el paso con su desarrollo instantáneo, sino que también malduran rápidamente y explotan en infinidad de esporas que se expanden como un humo verdoso y polvoriento, e intoxican a quienes lo respiran. No puedo evitar la imagen de un pequeño Fu Man Chu moviéndose entre las letras de una novela de la serie Amarilla de la editorial Tor, sembrando microscópicos hongos alucinógenos en esa parte del libro donde se unen los cuadermillos.

¿Son drogas distintas, la lectura de novelas de misterio y las toxinas de los hongos microscópicos? ¿O el acto de leer habrá sido siempre, desde que se creó la imprenta, un acto

mucho más complejo de lo que se creía? ¿Leer a Raymond Chandler en la pantalla de una computadora produce el mismo efecto que leerlo en un libro de papel? De lo que no tengo dudas es de que NO da lo mismo leerlo en un libro nuevo o en un libro viejo.

\*\*\*

De modo que Ray Bradbury tenía razón, y en un futuro ahora mucho más cercano es posible que verdaderamente los bomberos se ocupen de quemar libros, en lugar de apagar incendios. Sería la contribución de los bomberos a la lucha contra la droga. Hermanos adictos, vayamos preparando escondites ingeniosos para nuestras bibliotecas.